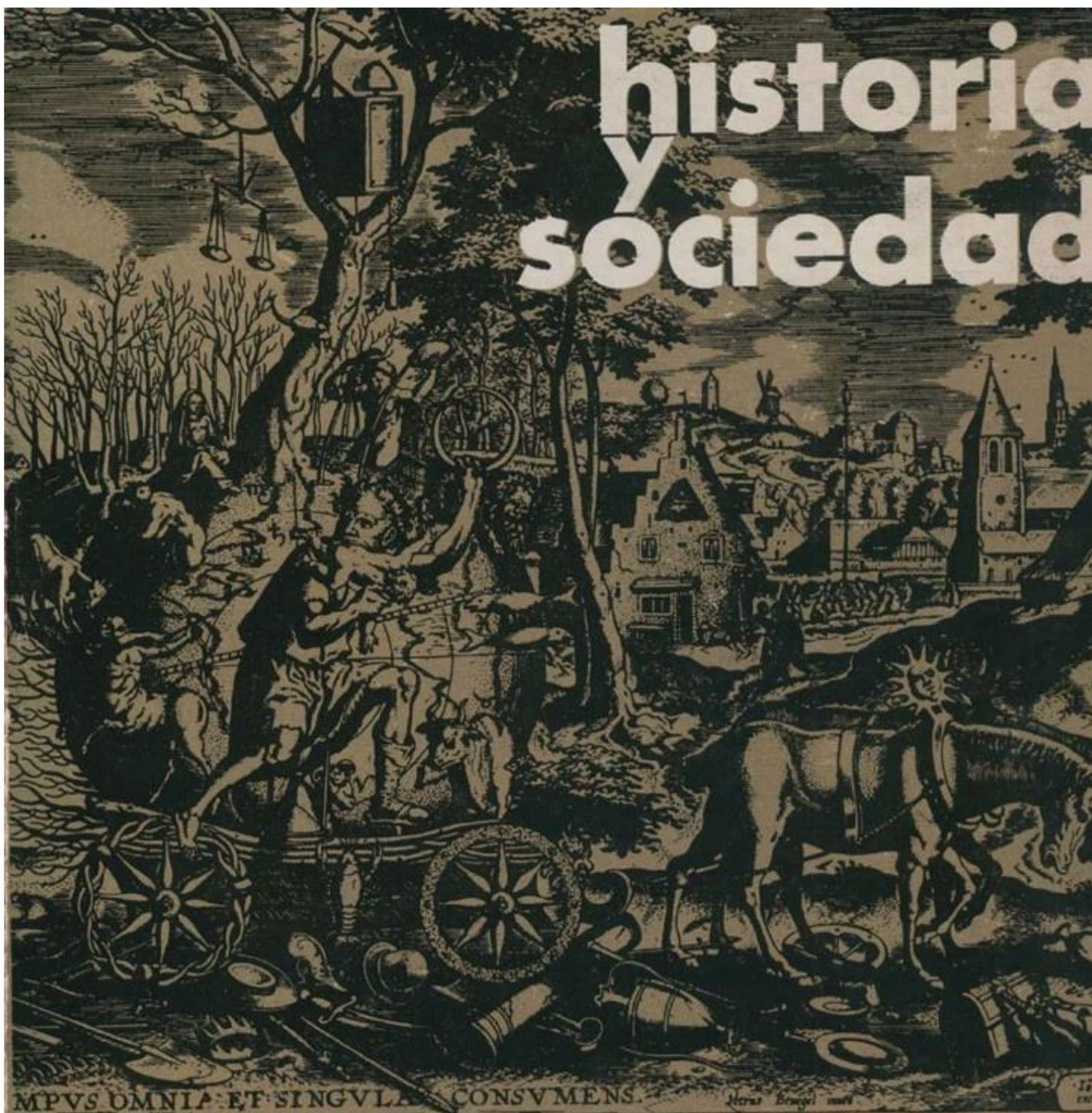


historia y sociedad



1

KON: El neopositivismo y la historia

IVANOV: Sublevaciones populares mexicanas

ALPEROVICH: Historiografía soviética latinoamericanista

SUMARIO

- 1 *Editorial*
- 5 *El neopositivismo y las cuestiones de la lógica en la ciencia histórica*
por I. Kon
- 33 *Sublevaciones populares mexicanas de la segunda mitad del siglo XVII*
por G. Ivanov
- 69 *El estudio de la historia de los países de América Latina en la URSS (1956-1963)*
por M. S. Alperovich
- 87 *La ideología del colonialismo*
por Nelson Werneck
- 91 LA CRITICA
La enajenación de la historia
Los marxistas
La economía política de Oskar Lange
La ciencia en la historia de México
Pedagogía y marxismo

historia y sociedad

REVISTA CONTINENTAL DE HUMANISMO MODERNO

nº 1, febrero de 1965 / Aparece cada tres meses

Redactores: Enrique Semo, director;
Roger Bartra, Boris Rosen, Froylán Manjarrez.

Dirección: Ediciones Historia y Sociedad.
Nicolás San Juan 846-3, México 12, D. F.

Precio: en el país, \$ 12.00; en el extranjero, Dls. 1.50;
número atrasado, \$ 20.00

Registro en trámite

SUMARIO

1. Editorial.....	1
2. El neopositivismo y las cuestiones de la lógica en la ciencia histórica. Por I. Kon.....	5
3. Sublevaciones populares mexicanas de la segunda mitad del siglo XVII. Por G. Ivanov.....	44
4. el estudio de la historia de los países de América Latina en la URSS (1956-1963). Por M. S. Alperovich.....	71
5. La ideología del colonialismo. Por. Nelson Werneck.....	108
6. La crítica.....	111
La enajenación de la historia	
Los marxistas	
La economía política de Oskar Lange	
La ciencia en la historia de México	
Pedagogía y Marxismo	

Editorial

¿Una revista más dedicada a los problemas sociales de América Latina? Esperamos que no. Si los editores no estuvieran convencidos que existen aspectos descuidados en el estudio de la realidad latinoamericana; corrientes de pensamiento cuya expresión es hostilizada; inquietudes no satisfechas en el amplio público, HISTORIA Y SOCIEDAD no hubiera nacido.

América Latina vive una época de transformaciones violentas y de revoluciones. La esencia de nuestro presente, en todas las esferas, es el cambio acelerado y multifacético. Masas que hasta ayer se encontraban en el umbral de la vida política, irrumpen en ella con vigor y le imprimen un nuevo giro. Fuerzas que encabezaban las luchas por la independencia nacional se amilanan pasando a segundo plano y nuevas ocupan su lugar. Formas de gobierno predominantes durante decenios se descomponen con rapidez. Relaciones de propiedad arcaicas crujen bajo las presiones sociales. El imperialismo, viejo enemigo, batido y enervado, se disfraza, busca feudos inexplorados y trata de enfrentarse a la atracción creciente del socialismo y sus logros.

En este mundo en flujo constante crece de día en día el interés por la historia. No es casualidad que las obras históricas cuenten con la preferencia del amplio público lector, ni es fortuito que el economista, buscando soluciones a los problemas de nuestro continente, abandone, cada día con más frecuencia, las platitudes de la praxeología para hurgar en el origen y evolución de las instituciones contemporáneas. El carácter histórico, pasajero de las estructuras actuales, se hace obvio aún ahí donde los cambios no se han materializado, imprimiendo su sello en la visión que del futuro inmediato se forman millones de latinoamericanos.

HISTORIA Y SOCIEDAD quisiera recoger este reto. Contribuir en forma modesta a la presentación de materiales que abordan los temas históricos y sociales en función del mundo cambiante, sin más compromisos que las exigencias de la ciencia.

HISTORIA Y SOCIEDAD es una revista marxista y se propone ante todo servir de palestra a los pensadores de esta tendencia, frecuentemente excluidos de las páginas de las revistas oficiales. Consideramos que el pensamiento marxista es por esencia dinámico. Su mérito principal, es que está basado en el movimiento que conforma su método y constituye uno de sus temas principales de estudio. Cuanto más rápido es el proceso de transformación, más alta es la exigencia que pesa sobre los pensadores marxistas, quienes deben redoblar sus esfuerzos para descartar lo que ya no es aplicable, adaptar categorías básicas a nuevas condiciones y formular concepciones para explicar problemas nuevos.

El socialismo, fuerza ascendente y liberadora, no necesita de apologías: le basta la verdad, y ésta sólo puede alcanzarse por medio de la más amplia discusión y la búsqueda tenaz de soluciones. No contribuiríamos a ese proceso, si HISTORIA Y SOCIEDAD se limitara a publicar exclusivamente materiales afines a las ideas de los editores. Creemos en la polémica entre marxistas y entre marxistas y no marxistas. El único criterio que guiará la selección de los ensayos será el respeto a los hechos y la presentación competente y honesta de éstos.

Una buena parte de la revista será dedicada a la publicación de estudios realizados en los países socialistas, de preferencia sobre temas latinoamericanos. Dejaremos que el lector decida si Yacobson tenía razón, cuando al referirse a la historiografía soviética iberoamericanista, decía que “difícilmente contribuye por sí misma a proporcionar un correcto conocimiento o incluso una mejor comprensión general de las naciones latinoamericanas”¹. Nosotros creemos que la historia de América Latina no puede ya escribirse sin tomar en cuenta la historiografía

latinoamericanista de los países socialistas y sus interpretaciones. Sin embargo, debido a las barreras idiomáticas y a la acción de fuerzas interesadas en que esta corriente no se conozca en nuestros países, ignoramos la mayor parte de los estudios que la componen.

Para suplir esta deficiencia hemos escogido para nuestro primer número, tres estudios representativos del pensamiento histórico soviético, inéditos en español. El primero de ellos, "el neopositivismo y las cuestiones de la lógica de la ciencia histórica" es un artículo de I. S. Kon, autor conocido del público y de habla española por su importante obra *El idealismo filosófico y la crisis del pensamiento histórico*.² El ensayo aborda uno de los problemas más discutidos por los historiadores contemporáneos, el de la relación entre historia, filosofía y lógica. Confronta una de las teorías en boga, la del autor de *La sociedad abierta y sus enemigos*³ con la concepción marxista del problema.

El segundo, es un estudio sobre las rebeliones indígenas en la Nueva España, en el siglo XVII. Su intención es la de demostrar que las luchas populares contra el sistema colonial no cesaron después de la conquista y que expresándose en formas diferentes, continuaron durante todo el siglo XVII. Basándose en fuentes de segunda mano, el artículo proporciona una descripción de esas luchas cuya importancia y significado ha sido frecuentemente subestimado por historiadores de la Colonia que consideran a las masas como un factor pasivo de la historia.

El artículo bibliográfico *Estudio de la historia de los países de la América Latina en la URSS (1956-1963)*, escrito por M. S. Alperovich, autor bien conocido por el público latinoamericano⁴ viene a completar el panorama bibliográfico proporcionado por la obra de Manfred Kossok, reproducida en el libro de Juan Ortega y Medina, *Historia soviética iberoamericanista*⁵.

Invitamos al lector al comentario y la polémica de estos materiales y brindamos las páginas de HISTORIA Y SOCIEDAD a todo estudio serio que con ese propósito se presente.

¹ (XII Editor) Cfr. Warren Schiff "An east survey concerning recent historical writings on Latin America" en "The Hisp. Amer. Reviv XLI (1960) 70-71 p.

² I. S. Kon, **El idealismo filosófico y la crisis del pensamiento histórico**. Buenos Aires, 1962.

³ K. R. Popper **The open society and its enemies**, London, 1952.

⁴ M. S. Alperovich, B. T. Rudenko, **La revolución Mexicana de 1910-17 y la política de los Estados Unidos**, México, 1960.

⁵ Juan Ortega y Medina **Historiografía soviética iberoamericanista. (1945-1960)**. México, 1961.

El neopositivismo y las cuestiones de la lógica en la ciencia histórica

Por I. Kon

La Conferencia de historiadores de la URSS, celebrada a fines del año pasado, planteó con énfasis la necesidad de elaborar los problemas teórico-metodológicos de la ciencia histórica y de la crítica de las concepciones idealistas burguesas en esta esfera. Para que este trabajo sea fructífero se precisa la más estrecha colaboración de los historiadores y filósofos que, como se indicó en la Conferencia, hasta ahora trabajan disociados.

Muy diversas son las tareas de la filosofía con respecto a la historia. Como ciencia que estudia las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento humano, la filosofía ayuda al historiador a comprender teóricamente la estructura de la vida social, a esclarecer la correlación, en el proceso histórico, de la necesidad y la casualidad, de las condiciones objetivas y la actividad consciente de las personalidades históricas (aspecto ontológico); investiga los rasgos específicos del conocimiento de la historia y dilucida su lugar en el sistema general del conocimiento científico (aspecto gnoseológico); pertrecha al historiador con una comprensión correcta de los métodos de la investigación de la historia y su correlación (aspecto metodológico); analiza las formas lógicas y los procedimientos de una explicación histórica (aspecto lógico). En cualquier concepción integral de la filosofía de la historia están presentes, como regla, todos estos aspectos. Empero su correlación puede variar. El interés por el aspecto ontológico, por la dinámica y estructura del proceso histórico, apareció bastante antes que otros aspectos del problema en la evolución histórica de la filosofía de la historia. Aunque en los sistemas de filosofía de la historia del período de la Ilustración no sólo se planteaban

cuestiones ontológicas, sino también gnoseológicas y lógico-metodológicas¹, éstas ocupaban un lugar subordinado y se consideraban de un modo incidental, mezcladas con otras cuestiones. Lo dicho se refiere también a la mayoría de las concepciones filosófico-históricas burguesas del siglo XIX. Aunque crecía sin cesar el interés por las cuestiones de la teoría del conocimiento en la historia, estas cuestiones se planteaban preferentemente en el marco de sistemas filosóficos más generales; más que investigar los rasgos específicos lógico-gnoseológicos de la historiografía que existía realmente, los filósofos construían una especie de historia ideal tal como debía haber sido a la luz de los postulados filosóficos dados.

En los últimos años, bajo la influencia directa del positivismo lógico, ha cambiado la situación. Si en el pasado predominaban en la filosofía burguesa de la historia los trabajos de índole filosófica general que planteaban la cuestión del carácter específico del conocimiento de la historia en general, de la correlación entre la historia y la actualidad, etc. en los últimos años su atención se ha centrado en las **cuestiones** de la lógica en la explicación de la historia².

La filosofía, certifica Pietro Rossi, ya no pretende proponer un modelo a la investigación histórica y ofrecerle una garantía absoluta de seguridad, sino se dedica “al estudio de las reglas inherentes a la labor historiográfica, esto es, o al análisis del procedimiento explicativo propio de la indagación histórica o al análisis de las peculiaridades características del lenguaje historiográfico”³. Es verdad que esta tendencia, como ya se indicaba en la reseña del libro de Rossi⁴, no es típica de toda la filosofía burguesa contemporánea de la historia sino solo de su ala positivista. Sin embargo, se desarrolló con bastante rapidez. ¿A qué obedece este fenómeno, por qué la problemática lógica, que en el pasado no ocupaba lugar importante en la filosofía de la historia, eclipsa ahora otros muchos problemas? Para responder a esta pregunta tendremos que remitirnos a la historia.

En la filosofía burguesa de la segunda mitad del siglo XIX existían dos tendencias fundamentales en relación con la historia. La primera estaba representada por el positivismo y la segunda por las tendencias filosóficas francamente idealistas (neokantismo, “filosofía de la vida”, etc.)

El positivismo de Comte, Spencer y Mill, desarrollándose en polémica con las tradiciones de la historiografía romántica, subraya en todo momento la unidad del conocimiento científico y la necesidad de convertir la historia en una ciencia tan rigurosa como las ciencias naturales. Criticando el descripticismo rudimentario de la historiografía tradicional, oponiéndose a que el proceso histórico quedase reducido a la actividad casual de los “grandes hombres”, demostrando la posibilidad y necesidad de las amplias sintetizaciones relativas a la vida social, el positivismo del siglo XIX ejerció una influencia benéfica sobre la ciencia histórica de aquel tiempo, contribuyendo al paso de la historia narrativo-descriptiva de determinados acontecimientos al estudio de la compleja evolución de los procesos y relaciones económico-sociales.

Mas, sin hablar ya de la inconsistencia de sus premisas filosóficas⁵, los positivistas concebían de un modo sumamente simplista y erróneo la naturaleza y las tareas del conocimiento de la historia.

En busca de las leyes “eternas e inmutables” los positivistas hacían caso omiso de la diversidad concreta del proceso histórico, supeditando la historia a la sociología abstracta. No se mencionaba siquiera el carácter específico lógico o gnoseológico de la ciencia de la historia. Los positivistas consideraban a la historia simplemente como un depósito de “material en bruto”, que la sociología debía sintetizar; o como una ciencia “subdesarrollada” cuyos rasgos específicos se explicaban precisamente por su falta de desarrollo.

Semejante actitud hacia la ciencia histórica era típica también de la mayoría de los filósofos positivistas posteriores. V. I. Lenin decía en **Materialismo y**

empiriocriticismo que “el positivismo en general y el machismo en particular se dedicaban mucho más a una sutil falsificación de la gnoseología, haciéndose pasar por materialismo, ocultando el idealismo tras una terminología pretendidamente materialista, y prestaban relativamente poca atención a la filosofía de la historia”⁶.

El menosprecio por la historia alcanzó su apogeo en el positivismo lógico de los socios del llamado Círculo Vienés del que formaban parte en, los años veinte y comienzos de los años treinta, M. Schlick, O. Neurat, R. Carnap y otros. Estos filósofos se plantearon la tarea de crear una sola “ciencia unificada”, que incluyese tanto las ciencias naturales como las sociales, y proclamaron como el único objetivo de la ciencia la descripción de lo “inmediatamente dado” y como única forma lógica posible de la ciencia la forma que tiene la física moderna (“fiscalismo”). Carnap y sus correligionarios consideraban como el único medio de comprobar las suposiciones de la ciencia la confrontación de las correspondientes manifestaciones con la experiencia sensorial directa del sujeto al que se refiere. Pero, por el mismo carácter específico de la materia de investigación, el historiador no puede confrontar sus deducciones con la “experiencia directa”; se funda en los datos de la experiencia indirecta, de la experiencia de otras personas que no se puede expresar como simple acta monovalente. De ahí los neopositivistas deducían que la historia en general no podía ser una ciencia y que sus sintetizaciones se encontraban al margen de la alternativa de lo verdadero y lo falso. Los juicios históricos no son juicios del hecho, sino juicios de apreciación. Como observa el conocido sociólogo neopositivista norteamericano G. Lundberg, “en vigor de la selección efectuada al escribir la historia, gran parte de su material histórico tiene dudoso valor para los fines científicos”⁷.

El positivismo, que comienza proclamando el principio de la objetividad del conocimiento científico, termina negando la historia como ciencia. No sólo hace a un lado los caracteres metodológicos específicos de la ciencia, subordinándolos a la

sociología abstracta, sino también estructura esta última como una disciplina no histórica.

La concepción positivista de la historia forzosamente tenía que entrar en clamorosa contradicción con la práctica de la indagación histórica, lo que suscitó numerosas críticas. Sin embargo, en la filosofía burguesa de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del siglo XX la tesis del carácter específico del conocimiento histórico la formulaban sobre todo las tendencias francamente idealistas, para las cuales la idea del carácter específico de la historia era, en primer término, un instrumento de lucha contra el determinismo y la comprensión materialista de la historia como proceso histórico-natural. De ahí los múltiples intentos, so pretexto de precisar el "carácter específico" del conocimiento histórico en general, de apartar por completo las ciencias naturales de las ciencias sociales y desacreditar la aplicación de los métodos científicos en éstas últimas. Y. Dilthey deduce la individualización de los fenómenos, típica de la historia, de la contraposición ontológica del espíritu y la naturaleza; ve el carácter específico del conocimiento histórico no en la explicación causal, sino en la "comprensión" intuitiva. B. Croce y R. D. Collingwood deducen las peculiaridades del conocimiento histórico a partir de la comprensión hegeliana de la historia como historia del espíritu. Los neokantianos W. Windelband y H. Rickert intentan deslindar la historia y las ciencias naturales, partiendo de sus peculiaridades lógico-metodológicas, alegando que a la historia le es inherente un procedimiento individualizador particular en la formación de conceptos. Todas estas concepciones, dado su carácter idealista, elevaban a la categoría de lo absoluto algunos rasgos del conocimiento histórico, ofreciendo un cuadro general deformado⁸. En tales trabajos, los rasgos metodológicos específicos de la investigación histórica no se deducían mediante el análisis de los verdaderos métodos utilizados por los historiadores, sino que se deducían de determinados postulados filosóficos generales, hasta en Rickert, a quien

a primera vista interesa exclusivamente la parte metodológica del asunto, la metodología y la lógica ocupan un lugar subordinado con respecto a la filosofía de los valores. En la historia domina el método ideográfico, dice Rickert. Pero esto se debe a que en el desarrollo histórico nos encontramos con fenómenos culturales y éstos últimos representan una objetivación de determinados valores. En cambio, los propios valores están por encima de la historia, son suprahistóricos; por eso los criterios de selección de los hechos históricos se encuentran al margen de la historia misma y la metodología de la historia presupone la filosofía de los valores. El propio Rickert subraya que no dilucida relaciones mutuas de las verdaderas ciencias naturales y de la verdadera historia, sino únicamente los diversos caminos de formación del concepto limitándose “principalmente a establecer los dos polos extremos de la actividad científica entre los cuales se encuentran hasta cierto grado todas las ciencias empíricas”⁹. Esto es cierto con mayor motivo por lo que respecta a Dilthey, Groce, Collingwood y otros en quienes la descripción de la práctica historiográfica existente se mezcla a cada paso con manifestaciones acerca de cómo debe ser la ciencia histórica y a qué debe dedicarse. Todo este “historicismo” idealista tenía una tendencia marcadamente antimarxista.

Así pues, ni la noción de la historia como disciplina auxiliar de la sociología, noción propia del viejo positivismo, ni las interpretaciones idealistas del carácter específico del conocimiento histórico transmiten su verdadera naturaleza. Eso lo reconocen hoy no sólo los marxistas, sino también muchos científicos burgueses, los historiadores ante todo, que no pueden hacer caso omiso de la práctica de la investigación histórica.

Este atolladero en el que se ha metido la filosofía idealista de la historia es el que impulsa a los filósofos burgueses a readaptarse. Al trasladar la cuestión de la naturaleza del conocimiento histórico de la esfera de la filosofía a la esfera de la lógica intentan ocultar el idealismo inmanente a sus concepciones y hallar nuevos

caminos y medios para combatir el marxismo. ¿Para qué plantear los complicados problemas de la esencia del conocimiento histórico, de las bases de su objetividad y otros por el estilo, relacionados con la gran tradición filosófica?, razonan los adeptos de la tendencia “analítica” en la filosofía burguesa. ¿No será mejor limitarse al análisis lógico de los conceptos y procedimientos explicativos que utilizan efectivamente los historiadores? No “prescribir” lo que debe ser la ciencia histórica, sino “describir” las formas ya existentes de la explicación histórica, así es cómo formulan ellos las tareas de la filosofía respecto a la historia¹⁰.

¿Qué se oculta tras esta tendencia? Naturalmente, es innegable que el estudio crítico de la lógica de la indagación histórica, tal como se expone en las obras escritas por historiadores profesionales, puede ser muy útil y permite comprender más profunda y concretamente los rasgos específicos del conocimiento histórico. Pero una cosa es lo justificado del aspecto lógico de la filosofía de la historia y otra muy distinta la suplantación de la filosofía por la lógica. Pero eso es precisamente lo que les sucede a los “analíticos lógicos”, que se imaginan que dando de lado la problemática ontológica y gnoseológica, se sitúan así “por encima” de la contradicción entre el materialismo y el idealismo. Esta noción no pasa de ser una mezquina ilusión. No se puede polemizar acerca de la lógica de la explicación histórica sin precisar con propiedad de lo que se trata: de la explicación del proceso histórico como un todo o de la explicación de un sólo acontecimiento aislado, Pero la solución de este problema presupone ya la existencia en el científico de una concepción general histórico-filosófica. Además, el análisis de las operaciones lógicas efectuadas por los historiadores, aun- que ofrece determinado interés, no puede ser de por sí un argumento decisivo en la discusión filosófica puesta que la lógica de la explicación histórica refleja las opiniones filosóficas del historiador y no es igual en los diferentes autores. El historiador que considera el desarrollo social como obra de los “grandes hombres” no explica los acontecimientos como lo hace,

por ejemplo, el partidario del determinismo geográfico. Por eso, la alusión a la "práctica de la explicación histórica" no sirve de mucho. Las discusiones sobre la lógica de la explicación histórica, en esencia, continúan bajo nuevas formas las viejas discusiones filosóficas sobre la naturaleza de la historia y del método histórico.

En principio, el análisis lógico de la indagación histórica puede efectuarse desde distintas posiciones filosóficas. Sin embargo, desde el punto de vista histórico esta problemática está íntimamente ligada a la filosofía del positivismo lógico, cuyos representantes fueron los primeros que intentaron en los años cuarenta construir un esquema lógico de la explicación histórica. Este esquema, que obtuvo la denominación de "teoría de la ley envolvente" (covering law theory) fue elaborado paralelamente por el filósofo inglés Karl Popper y por el filósofo norteamericano Carl Hempel y por eso es llamada a menudo esquema de Popper-Hempel.

Popper y Hempel renunciaron a ciertos enunciados extremos, en particular al "fiscalismo" del Círculo Vienés. Sin embargo, consideran que el procedimiento lógico de la explicación causal en todas las ciencias, tanto naturales como sociales, debe ser el mismo. En cada explicación causal, escribe Popper, existen obligatoriamente dos elementos: por un lado, una especie de ley universal y, por otro, la descripción de las condiciones específicas en que transcurre el proceso dado, que pueden ser denominadas condiciones de partida. Por ejemplo, podemos decir que hemos dado la explicación causal de la rotura del hilo si hemos encontrado que este hilo podía resistir un peso de una libra y le hemos colgado un objeto que pesa dos libras. Al analizar esta explicación causal descubriremos en ella dos partes integrantes distintas. En primer lugar, una hipótesis conocida, que tiene el carácter de ley universal de la naturaleza (en este caso dicha ley se definiría poco más o menos así: "Si determinado hilo es sometido a una tensión que supera la tensión máxima propia de este hilo, se romperá"). En segundo lugar, ciertas afirmaciones específicas (condiciones de partida) que describen el proceso especial que nos

interesa (en este caso podemos obtener dos afirmaciones: la carga máxima característica de este hilo con la cual puede romperse es igual a una libra" y "el peso suspendido a este hilo era de dos libras").

Estos dos aspectos diferentes de juicios nos dan en su conjunto la explicación causal completa. De la ley universal (1) nosotros podemos deducir mediante las condiciones de partida (2) la siguiente conclusión específica: "este hilo se romperá". Las condiciones de partida (o más exactamente la situación reflejada en ellas) se llaman comúnmente causa del acontecimiento en cuestión y el pronóstico (o más bien el acontecimiento que describimos como pronóstico) se llama consecuencia. Por ejemplo, podemos decir que el haber colgado un peso de dos libras a un hilo capaz de resistir sólo una libra fue la causa de la rotura del hilo¹¹.

Este esquema de la explicación causal, publicado por primera vez en 1942, en el artículo. "**Las funciones de las leyes generales en la historia**" es incluido posteriormente en casi todas las antologías de filosofía de la ciencia, Hempel lo hizo extensivo también a la historia. Toda explicación científica, según Hempel, presupone que 1) el acontecimiento explicado debe ser incluido en la clase de acontecimientos homogéneos; 2) debe referirse a alguna ley general que muestre la ligazón permanente de este grupo de acontecimientos con otros grupos de acontecimientos que son condiciones de la realización de los primeros. En caso de que esta hipótesis general sea efectivamente una ley universal, el acontecimiento explicado, conociendo sus condiciones iniciales, se puede deducir lógicamente de esta ley. Pero en la historia encontramos más a menudo "leyes" difusas tomadas de lo conciencia ordinaria que únicamente se sobrentienden; o encontramos tendencias que nos hablan sólo de la probabilidad (y no de la necesidad) del proceso. Por eso, concluye Hempel, la historia en la mayoría de los casos no nos da una explicación rigurosa, en el sentido de la posibilidad de deducir el acontecimiento de las leyes universales, sino una especie de "esbozo explicativo". "Este esbozo consiste en una

indicación más o menos vaga de la ley y de las condiciones iniciales, que se consideran como esenciales, y para convertir este esbozo en una explicación amplia es preciso "rellenarlo". Este relleno exige continuar la indagación empírica cuya orientación indica el esbozo"¹².

Popper fundamentó ampliamente esta concepción en sus libros **Miseria del historicismo y La sociedad abierta y sus enemigos**. Naturalmente, dice Popper, en la indagación histórica, como en cualquier otra, la descripción de los hechos presupone ya la existencia de cierto punto de vista teórico y la explicación es imposible sin utilizar determinadas "leyes universales". Sin embargo, subraya, en la "física "el punto de vista" lo da por lo común la teoría física que se puede comprobar mediante el descubrimiento de nuevos hechos"¹³. Pero en la historia la cosa es distinta. Las leyes cuya existencia presupone tácitamente el historiador son tan triviales que no tienen de por sí prácticamente ningún interés y no pueden introducir un determinado sistema en el objeto de la indignación.

Sin embargo, el historiador no puede prescindir de este "punto de vista" que expresa la orientación de sus intereses. De ahí, supone Popper, las diferentes "interpretaciones" de la historia a la luz de las cuales el desarrollo histórico aparece ora como producto de la actividad de los grandes hombres, ora como resultado de los procesos económicos ora como consecuencia de los cambios en los sentimientos religiosos. Pero estas "interpretaciones" generales se diferencian por principio de las teorías científicas porque no tienen carácter empírico. Los hechos que utiliza el historiador son limitados y no pueden ser reproducidos a nuestro deseo. Además, estos mismos hechos fueron reunidos según determinado punto de vista preconcebido. Y como no hay otros hechos, ninguna teoría histórica, como regla, puede ser comprobada. De ahí la multiplicidad inevitable de "interpretaciones" y la ausencia de la verdad objetiva en la historia.

Popper hace la salvedad de que no todas las interpretaciones históricas tienen el mismo valor, y es cierto que unas explican mejor los hechos y otras lo hacen peor. Por eso, incluso en la esfera de la interpretación histórica, es posible un “progreso bastante considerable”¹⁴. Pero no puede haber teoría científica del desarrollo histórico y la historia siempre se escribirá de nuevo, ya que cada nueva generación plantea ante ella nuevos problemas. Resumiendo: no puede haber historia del “pasado tal como fue en realidad”; puede haber sólo distintas interpretaciones históricas con la particularidad de que ninguna de ellas es definitiva y cada generación tiene derecho a crear su propia interpretación¹⁵.

La teoría de la “ley envolvente”, examinada simplemente como esquema lógico, tiene al parecer, algunos lados fuertes. Subraya la existencia de un nexo interno entre la descripción y la explicación, aclara que en cualquier explicación histórica, hasta en la más “individual”, existen algunas sintetizaciones ocultas, implícitas. De este modo, fija la atención en el estudio del aparato conceptual del pensamiento histórico, en el análisis de las sintetizaciones que utiliza el historiador, consciente o inconscientemente. La explicación histórica se considera en esta ley a la luz de la lógica general de la explicación científica, aunque las deducciones del propio Popper resulten respecto a la historia más bien negativas. Algunos partidarios de la “ley envolvente” (por ejemplo, Hempel) se manifiestan con agudeza contra el intuitivismo y el irracionalismo en la teoría del conocimiento histórico.

Sin embargo, estos méritos son, en grado considerable, aparentes. La teoría de la ley “envolvente” no es simplemente un esquema lógico; descansa en determinadas premisas filosóficas y precisamente la inconsistencia de estas premisas la hace errónea e inaplicable tanto al conocimiento histórico como al conocimiento científico general.

El primer defecto del esquema es la interpretación idealista subjetiva de las categorías en que se basa la explicación científica. Popper y Hempel reconocen que explicar el fenómeno significa revelar sus causas o deducirlo de determinada ley general. Pero interpretan las mismas categorías de la causa y de la ley, repitiendo a Hume, no como expresión de la ligazón necesaria que existe objetivamente entre los fenómenos, sino como simple construcción lógica. Popper no opera con verdaderas leyes científicas, sino con simples juicios generales que están a menudo al nivel de los truismos. Según Popper, la explicación científica en la vida social, lo mismo que en la naturaleza, exige la referencia del fenómeno explicado a una determinada ley general. Pero, al propio tiempo, niega categóricamente que exista nada determinado en la vida social. "El futuro depende de nosotros mismos y nosotros no dependemos de ninguna necesidad histórica"¹⁶, esa es su tesis fundamental. En eso asienta también sus objeciones contra el "historicismo", el cual reconoce la posibilidad de la previsión científica en la vida social, y su tesis sobre la imposibilidad de la teoría de la historia. La aplicación de la "lógica de la explicación científica" a la historia lleva a Popper solamente a la deducción de que la historia no es ni puede ser ciencia.

La interpretación subjetivista del concepto de ley científica es completada por los teóricos de la "ley envolvente" con una comprensión bastante simple de la naturaleza de las sintetizaciones científicas en general. El fenomenalismo, en que descansa la filosofía positivista de la ciencia, considera al mundo como un conjunto de fenómenos absolutamente equivalentes tras los cuales no hay ninguna esencia. Por eso, al hablar del papel de la sintetización en la indagación histórica, los neopositivistas tienen en cuenta no la sintetización a la que se eleva el pensamiento teórico como resultado del descubrimiento de la esencia del proceso estudiado, sino tan sólo la sintetización empírica elemental realizada mediante la comparación de diferentes objetos y fenómenos y la selección de sus síntomas semejantes y diferentes.

Pero tal sintetización empírica, siendo necesaria, es insuficiente a todas luces para los fines de la indagación científica. El esclarecimiento de lo general en los fenómenos mediante la comparación no nos dice todavía hasta qué punto es esencial. Este general puede ser también un conjunto de síntomas externos. Pero la tarea de la ciencia estriba precisamente en destacar lo esencial, lo necesario, en descubrir la estructura interna del proceso. Esto se consigue no sólo estableciendo las dependencias empíricas entre los hechos observados, sino también mediante la formación de nuevas abstracciones científicas, que no se dan directamente en la observación y no son una simple combinación de los datos empíricos"¹⁷. La sintetización empírica de los datos estadísticos sobre las fluctuaciones de los precios no conduce todavía de por sí al científico a la ley del valor.

Deteniéndose en el plano de la simple sintetización empírica, no penetrando en la esencia de los fenómenos, el científico no puede pasar de una clasificación más o menos formal de los fenómenos, lo que a su vez sirve para refrendar las nociones en boga sobre el "poco contenido" de las abstracciones históricas, con que especulan los defensores del "ideografismo". No es fortuito que el propio Popper, reconociendo cuan inevitable es que el historiador utilice ciertas "leyes envolventes" para explicar los hechos, subraye al propio tiempo que, desde su punto de vista "no puede haber leyes históricas. La sintetización pertenece simplemente a otro círculo de intereses que debe ser rigurosamente deslindado del interés por los acontecimientos específicos y por su explicación causal, que es el objeto de la historia"¹⁸. Esto acerca su punto de vista al ideografismo de la escuela de Baden del neokantismo alemán y Popper se remite directamente en este aspecto a Max Weber, viendo en él "la anticipación más próxima" de sus propias opiniones¹⁹, aunque tampoco está de acuerdo con la concepción Weberiana de la causalidad (Weber afirmaba, como Rickert, que la explicación causal individual prescinde en absoluto de las leyes generales).

Más característico aun es el parentesco espiritual de Popper con F. von Hayek. Popper alude reiteradamente a Hayek y hasta subraya que sin su ayuda no habría visto la luz **La sociedad abierta y sus enemigos**²⁰. Pero Hayek es un franco irracionalista. Su libro **La contrarrevolución de la ciencia**, dirigido contra el “objetivismo”, el “colectivismo metodológico” y el “historicismo”, contiene todo un programa de refutación de los métodos científicos en las ciencias sociales. Condena sin rodeos el “cientificismo”. Pero cuando llega al “historicismo”, Hayek hace esta observación: “Poco puedo añadir al magistral análisis del historicismo hecho por mi amigo Karl Popper... a excepción de que a mi juicio su responsabilidad recae en el mismo grado que sobre Platón y Hegel, sobre Comte y el positivismo”²¹.

La errónea comprensión de la naturaleza de la ley de la sintetización científica origina errores también en la teoría de la explicación científica. El esquema de Popper-Hempel es equivocado no porque traslada a la historia el tipo de explicación causal que existe en las ciencias naturales (como les reprochan con mayor frecuencia los defensores del idiografismo y del intuitivismo), sino porque modela equivocadamente la misma explicación científica general. Popper y Hempel consideran erróneamente que la explicación científica es la simple deducción del fenómeno particular extraída de la ley general mediante condiciones únicas. Pero la cosa es bastante más complicada²². No sólo en la historia, sino incluso en los fenómenos más simples de la naturaleza es imposible deducir el fenómeno único con toda su diversidad extrayéndolo de cualquier ley general. Cada fenómeno, cada hecho tiene infinidad de aspectos y relaciones y para explicarlo es preciso utilizar no una ley, sino todo un conjunto de leyes cada una de las cuales nos explica un aspecto determinado del fenómeno estudiado. A su vez, las tesis teóricas se comprueban no por sí mismas, mediante la confrontación directa del postulado aislado con los datos empíricos, sino en el conjunto del sistema teórico íntegro.

De la ley del valor no se puede deducir lógicamente los precios actuales de las manzanas en uno u otro mercado rural; ninguna ley general puede abarcar todas las condiciones empíricas. Pero esta ley explica la esencia de la formación de los precios y en este sentido es necesaria para comprender el proceso del cambio. La ley de la desigualdad del desarrollo económico y político en la época imperialista no da por sí sola una explicación completa del surgimiento de la primera guerra mundial; es necesario tener en cuenta, además, las diversas condiciones concretas de los acontecimientos. Pero esta ley explica las causas generales del surgimiento de las guerras en la época imperialista.

Así pues, la explicación de un acontecimiento específico resulta un proceso más complicado y multifacético de lo que se supone a la luz de la teoría de la “ley envolvente”, y la función de las leyes generales es más complicada aquí que el papel de la proposición mayor en el silogismo. Aunque el esquema de la “explicación a través de la ley”, elaborado por Popper y Hempel, es aceptado con diferentes variaciones por muchos filósofos anglo-norteamericanos²³, es blanco de críticas cada vez más acervas. Según reconoce P. Gardiner, uno de los defensores de esta teoría, en los últimos años la mayoría de los filósofos de la tendencia “analítica” subrayan las peculiaridades específicas de la historia sin tratar de encuadrar la indagación histórica en el marco de la lógica general del conocimiento científico elaborado sobre el material de las ciencias naturales²⁴. Utilizando los métodos del análisis lógico-lingüístico, elaborados por el neopositivismo, estos autores rechazan al propio tiempo la tesis de la identidad de la naturaleza lógica en la explicación histórica y las ciencias naturales; rehabilitan axiomas y métodos repudiados por sus colegas mayores.

El primer paso importante en este sentido lo dio el mencionado filósofo de Oxford P. Gardiner en su libro **La naturaleza de la explicación histórica**²⁵: habiéndose planteado como objetivo analizar por métodos semánticos la lógica de

la explicación histórica, Gardiner adopta en conjunto el modelo de la explicación causal de Popper-Hempel. Sin embargo, aplicado a la historia, indica Gardiner (y ese es uno de sus enunciados principales), este esquema es un tanto artificioso y simplificado.

La “explicación científica”, subraya el filósofo de Oxford, no es la única forma de la explicación causal. Además de la ciencia existe el “sentido común” de cada día. Cuando el sentido común dice que la pulmonía se debió a que el hombre permaneció demasiado tiempo expuesto al frío y la ciencia médica afirma que la pulmonía se debió a factores como la existencia de pneumococos y a la predisposición física del paciente, no puede decirse que una de estas explicaciones causales sea cierta y la otra errónea. “Aquí no existe contradicción, simplemente la palabra “causa” se utiliza de distinto modo en diferentes casos”²⁶. El sentido común, naturalmente, no posee la exactitud de la ciencia. No se guía por consideraciones teóricas, sino prácticas. Así el fósforo actúa como causa del incendio, aunque, claro está, puede provocar el incendio sólo si existen determinadas condiciones, Pero es necesaria tanto la explicación científica de los fenómenos como la sencilla y corriente.

Al definir su visión de la naturaleza de la explicación científica, Gardiner lucha en dos frentes. Por un lado rechaza el enfoque de la historia como ciencia. Por otro lado critica la concepción de la “autonomía de la historia” de Croce y Collingwood, que deduce las peculiaridades metodológicas de la indagación histórica extrayéndolas de la contraposición ontológica del mundo de la historia al mundo de la naturaleza. En la crítica tanto del sociologismo idealista abstracto como de la factografía de la historiografía empírica, Gardiner expresa no pocos pensamientos justos e interesantes.

Gardiner busca la solución de las viejas antinomias del pensamiento histórico en la vía del análisis semántico. Analicemos el significado de los términos históricos y todo quedará claro, tal es su método. Todo estriba, dice, en lo que se entienda por

explicación histórica. Esta puede ser de doble género: en unos casos el historiador explica el acontecimiento mediante ciertas leyes generales; esto será una explicación en los términos de “causas” y “consecuencias”. En otros casos explica los acontecimientos guiándose por la “lógica de la situación”, “en los términos de lo que sería razonable emprender en tales y cuales circunstancias, teniendo en cuenta tales y cuales objetivos”; esto será una explicación en los términos de “propósitos” y “planes”²⁷. Ambos tipos de explicación son igualmente legítimos. No existe contradicción entre la afirmación: “Alemania desencadenó la guerra en 1914 porque su Gobierno consideró ventajoso empezar la guerra antes de que estuviesen preparados sus adversarios” y la afirmación de que “la causa de la primera guerra mundial fue la agudización de las contradicciones internas del sistema capitalista mundial”, La contradicción entre la comprensión de la historia como ciencia y su reducción a la descripción de lo único se debe, a juicio de Gardiner, sólo a la vaguedad de la terminología histórica. “El mundo es uno, pero los recursos de que nos servimos para hablar de él son diferentes. Y el hecho de que en unos casos preferimos describirlo así y no de otro modo depende de nuestros fines”²⁸.

Gardiner no niega que el historiador utilice conceptos generales, pero intenta establecer la diferencia de principio entre las “sintetizaciones históricas” y los conceptos científicos.

Además de la explicación a través de la ley, adoptada por el esquema de Popper-Hempel, el historiador, según Gardiner, utiliza ampliamente un elemento subjetivo: la llamada “explicación a través del motivo”. Al igual que el detective que intenta descubrir el crimen cometido, el historiador substituye mentalmente al criminal supuesto y deseando comprender los motivos de una u otra personalidad histórica, recurre inevitablemente a la imaginación: se figura las posibilidades que existieron en la situación creada y trata de comprender por qué la personalidad que nos interesa actuó precisamente así y no de otro modo. Gardiner reconoce la

legitimidad de esta operación del pensamiento, pero critica con razón su interpretación idealista según la cual “esta comprensión se considera como equivalente a convertirse en la persona cuyos actos se explican por este procedimiento. Pues podemos discutir acerca de tales interpretaciones: podemos decir que son convincentes, verosímiles, forzadas o absurdas”²⁹. Los argumentos que utilizamos para ello descansan en nuestra propia experiencia o en la experiencia conocida de otras personas y, por lo tanto, en este proceso de “comprensión” no hay nada misterioso.

Mas, al rechazar los “extremismos” del idealismo, Gardiner, imitando a G. Ryle³⁰, afirma que la explicación de los actos humanos en los “términos de los pensamientos, deseos y planes” se diferencia por principio de la explicación de los mismos actos en los “términos de la reacción al medio” y es independiente de éste último³¹: “Ahora debe ser claro para nosotros – escribe – que el conflicto que, como suponen, existe entre las interpretaciones materialistas e idealista de la historia es ilusorio”³². Gardiner intenta reducir el antagonismo de principio entre el materialismo y el idealismo tan sólo a la diferente utilización de la palabra “explicar”.

En esencia, Gardiner sale por los fueros de la vieja dicotomía de Dilthey, de la “explicación” y la “comprensión”, trasladándola falsamente de la esfera de la metafísica y la ontología a la esfera de la lógica. Esta tendencia es sintomática en grado sumo. Mientras que Gardiner, todavía se atiene, aunque con salvedades, a la teoría de Popper-Hempel según la cual en la explicación histórica existe cierta “ley implícita”³³, la mayoría de los filósofos anglo-norteamericanos contemporáneos, que se ocupan de los problemas de la lógica del conocimiento histórico, rechazan de plano este esquema, acercándose cada vez más a las teorías “ideográficas”³⁴.

El filósofo canadiense William Dray, profesor de la Universidad de Toronto, en su libro **Las leyes y la explicación en la historia**, hizo una amplia crítica de la teoría de la explicación histórica de Popper-Hempel.

Dray señala que el esquema de Popper-Hempel no corresponde a la verdadera estructura de la explicación histórica. Cuando Gardiner reconoce que además de la “explicación a través de la ley” es posible también “la explicación a través del objetivo”, rechaza la universalidad del esquema positivista. Los positivistas consideran a la explicación como un procedimiento de lógica formal, pero en realidad es pragmático y significa para distintas personas en distintas épocas algo completamente diferente. En las indagaciones históricas se encuentran – desde el punto de vista lógico – las más diversas formas de explicación.

Las supuestas “leyes envolventes” en que intentan fundamentar la explicación histórica Popper y Hempel son, además de triviales, sumamente vagas. La explicación histórica: “Luis XIV murió impopular, pues aplicó una política que no respondía a los intereses nacionales de Francia”, se apoya, según los positivistas, en la “ley” sobrentendida de que “los gobernantes que echan en el olvido los intereses de sus súbditos se hacen impopulares”. Pero eso no ocurre siempre. Por lo tanto, para fundamentar este juicio hay que recurrir a otra ley más general. En definitiva resulta que “si la ley propuesta (candidate law) se ahonda en los lugares comunes, pierde su interés metodológico; pero si desciende de la estratósfera se hace posible negarla sin cambiar la explicación”³⁵. Así pues, entre la ley general postulada y la explicación histórica existe el necesario nexo lógico y el partidario de la teoría de la “ley envolvente” se encuentra ante el dilema: “Si debilita el nexo entre la ley y la explicación, entonces la ley, de la que se dice que da fuerza a la explicación, lógicamente no se precisa. Y si debilita la misma ley, es discutible que tenga la fuerza explicativa exigida por la lógica”³⁶.

Los positivistas suponen que el acontecimiento puede considerarse explicado solamente una vez encuadrado en una regla general. Pero para explicar por qué era patituerto un caballero determinado de la Edad Media no es preciso que todos los caballeros fueran patituertos. Del mismo modo, el simple conocimiento de que todos los caballeros medievales eran patituertos no explica por qué tenían las piernas torcidas Sir Brian³⁷. La explicación causal de un acontecimiento aislado es perfectamente posible sin hacer uso de la ley. “La suciedad provoca enfermedades”, es un razonamiento causal. Pero la palabra suciedad, clara de por sí, no contiene ninguna teoría³⁸. En general, lo que interesa al historiador no es la ley, ni las cualidades generales de la clase de fenómenos, sino el fenómeno dado como tal. “Él no se pregunta: ¿Qué es lo que en general causa el fenómeno tipo Y?; pregunta: ¿Cuál es la causa de este Y? Y pregunta esto en relación con Y que se encuentra en determinada situación³⁹. Para el historiador la simple constatación del suceso según la forma “esto fue así y así” es ya una explicación sin hacerse siquiera las preguntas de “por qué” y “cómo”⁴⁰.

Dray, por lo tanto, permaneciendo en el marco de la lógica y de la metodología, de hecho fundamenta el “método individualizador” de la escuela del neokantismo de Baden, aunque no mencione en ninguna parte a Rickert ni a Weber. Luego, apoyándose en Oakshott y Collingwood, rehabilita en grado considerable el intuitivismo histórico-filosófico.

¿Qué puede decirse de esta tendencia? Los adversarios de la teoría de la “ley envolvente” han puesto al desnudo acertadamente su carácter metafísico y limitado. Intentando no tanto construir la lógica ideal de la ciencia, como analizar los verdaderos métodos de la explicación utilizados por los historiadores, han revelado aquí un cuadro más complejo que el que se imaginaba el pensamiento filosófico abstracto. Pero, en conjunto, las posiciones de este grupo de autores son profundamente conservadoras.

Ante todo, prestemos atención a la orientación general de la evolución de la concepción neopositivista del conocimiento histórico.

Los filósofos neopositivistas consideraban desde el comienzo mismo a la lógica y a la metodología de la ciencia desgajadas de su contenido material. Esto conducía, por un lado, al subjetivismo, y, por otro, al burdo mecanicismo y al naturalismo, que se desentienden de la diferencia en la estructura metodológica de las ciencias naturales y sociales. Pero la teoría del conocimiento histórico no se puede construir haciendo a un lado la teoría del desarrollo histórico. Popper habla de la ley como de un elemento lógico necesario de la explicación histórica, pero niega categóricamente la existencia de leyes objetivas del desarrollo social. Esto le lleva al relativismo y a la negación de la posibilidad de crear una teoría científica del proceso histórico. Pero si en el proceso histórico no existen leyes objetivas, si la sintetización científica de la experiencia histórica es imposible, entonces la "explicación histórica" se reduce prácticamente a explicar acontecimientos aislados, considerados en su carácter casual y singular. Pero esta explicación puede ser también pragmática y no necesitar las leyes generales. Por eso, Gardiner reduce la esfera de la "explicación causal" (comprendida en el espíritu de la teoría de Popper) y subraya el significado independiente de la "explicación a través del motivo". Otros autores, en particular Dray, van aún más lejos, desechando totalmente la teoría de la "ley envolvente".

Hablando en propiedad, Dray ya no es neopositivista en el pleno sentido de la palabra. Toma de los positivistas solamente el mismo método del análisis lógico, pero por el contenido su teoría es más bien un equivalente lógico de las concepciones francamente idealistas del conocimiento histórico (ideografismo neokantiano "comprensión" de Dilthey, etc.). Los postulados idealistas desacreditados hace tiempo aparecen ahora como deducciones "neutrales" del "análisis lógico" y la lucha contra la comprensión de la historia como proceso histórico natural se traslada de la esfera de la ontología a la esfera de la lógica. Gardiner escribe sin rodeos que el

desarrollo de esta orientación de las indagaciones es esencial "para enjuiciar teorías de la historia como la marxista, en las que ocupa un lugar importante la idea de que existen determinantes principales del cambio histórico" y que intentan revelar los mecanismos (workings) internos del proceso histórico"⁴¹. Así se aclara que el análisis lógico "neutral" tiene una orientación ideológica netamente definida reforzando el antimarxismo "teórico". En la lucha contra el marxismo, Karl Popper y sus adversarios —los analíticos de Oxford— se muestran todos unánimes. Los "analíticos lógicos" se presentan como únicos representantes del empirismo científico" y cualquier otro enfoque del problema de la historia es tildado de "especulativo". Pero esta contraposición no se funda en la nada, El desarrollo de la sociedad, tanto en conjunto como en sus partes, es un proceso histórico. Por eso, la indagación empírica debe ser en primer término la indagación de este proceso histórico. El análisis del lenguaje de las obras históricas desde el punto de vista de la lógica formal no puede sustituir al análisis dialéctico de la realidad histórica. Los "filósofos lingüistas" y en particular los analíticos de Oxford no ven, tras los problemas del lenguaje de las obras de historia, los problemas de la realidad histórica, lo cual les impide resolver correctamente incluso las cuestiones que ellos mismos plantean. En la reseña de recopilación **Theories of History**, Hans Meyerhof indica con toda razón que "el hecho de aceptar que el lenguaje de la historia se puede analizar separado de la realidad histórica" es de por sí metafísico y no resiste la crítica⁴². La estructura "lógica" del lenguaje y las formas de explicación de la historia son profundamente históricas. Si en el siglo XVIII la historia se escribía de distinto modo que ahora, eso se explica por las peculiaridades del desarrollo histórico. Según sea el carácter de la sociedad o la clase en cuestión, cambia el objeto de investigación y también el sentido de los conceptos y formas de explicación histórica empleados; por lo tanto, no hay que suplantar los problemas históricos por los de lingüística y lógica ni tampoco resolver los segundos independientemente de los primeros.

Como indicaba con razón el filósofo italiano Paolo Rossi a propósito de la concepción de Gardiner, tal enfoque "arriesga convertir la posibilidad de la colaboración entre el historiador y el metodólogo en registro pasivo por el último de las expresiones del lenguaje empleadas por el historiador"⁴³. Y no se trata tan sólo de la "pasividad" del filósofo sino que adopta como norma los métodos explicativos de la historiografía idealista.

Dray, por ejemplo, se apoya en la experiencia de los conocidos historiadores ingleses G. Butterfield y G. Trevelyan. Pero estos historiadores no ocultan sus opiniones idealistas. Está claro de antemano que el "análisis lógico" de sus trabajos conducirá a la deducción de que en la "explicación histórica" predominan las alusiones a las circunstancias individuales y las influencias ideológicas y no las "leyes objetivas". Pero este análisis en su parte descriptiva sólo será justo para los historiadores de esta tendencia. De él no se pueden deducir normas generales de lógica histórica. Sin embargo, Dray considera esta tendencia como la más típica. Así pues, la "prescripción" se oculta tras una "descripción" pseudo objetiva.

Mas dejemos por ahora el aspecto filosófico del asunto y veamos hasta qué punto es convincente el análisis lógico de la explicación histórica dado por Dray.

Lo primero que llama la atención es la tendencia a suplantarse la explicación científica por la descripción de los hechos. Dento escribe sin rodeos que la historia científica, en esencia, no se diferencia en nada de la crónica habitual; que la simple descripción de los hechos históricos contiene ya su explicación. Esto es absolutamente inexacto, tanto por lo que se refiere a la ciencia en general como por lo que se refiere a la ciencia histórica en particular.

Es indudable que la descripción científica del proceso incluye ya cierto aspecto teórico. El científico no registra simplemente el torrente de impresiones, sino separa los procesos específicos que le interesan en relación con la tarea científica planteada, los sintetiza en forma de conceptos admitidos en la ciencia, etc. Sin

embargo, incluso en ciencias donde el aparato de los conceptos está mucho mejor elaborado que en la historia y donde, por lo tanto, la descripción es más rigurosa, ésta no sustituye de ninguna manera a la explicación⁴⁴. Ante todo, la explicación no rebasa los límites del registro de los hechos establecidos experimentalmente o de sus conjuntos en el aspecto en que son dados por la experiencia. En segundo lugar, aunque la descripción se efectúe habitualmente según un sistema determinado no se propone como tarea inmediata investigar los vínculos necesarios, esenciales y lógicos entre los fenómenos y los presenta sólo como situados en un mismo plano. Por eso es imposible deducir directamente de la descripción un pronóstico científico.

Si eso ocurre en las ciencias exactas, es tanto más cierto para la historia. La descripción histórica en su forma elemental es ante todo el establecimiento de la sucesión de los acontecimientos en el tiempo. Pero la sencilla ligazón cronológica de los acontecimientos todavía no explica nada. La narración tipo: "28 de julio de 1914. Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia. El 30 de julio Rusia declaró la movilización general. El 1 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia y el 3 de agosto a Francia. La declaración británica de guerra aconteció el 14 de agosto de 1914", contiene ya, naturalmente, cierta sintetización ya que registra la sucesión con que fueron entrando en la guerra distintos Estados. Pero no revela en absoluto la ligazón interna de estos acontecimientos, sin hablar ya de su esencia.⁴⁵

Explicar el hecho significa descubrir su esencia, establecer el nexo interno entre el hecho explicado y otros hechos y enunciados de la ciencia cuya certeza ya ha sido demostrada.

Los partidarios de la "ley envolvente" conocen solamente un tipo de explicación científica: la "explicación a través de la ley". Sus adversarios han demostrado convincentemente que en historia este tipo de explicación no es predominante. Pero de ello han deducido que la historia en general no se puede

considerar como ciencia, que tiene no sólo su propia gnoseología, sino también su propia lógica.

Efectivamente, son diversos los tipos lógicos de la explicación histórica. Además de la explicación a través de la ley, de que hablan Popper y Hempel, y de la "explicación a través del motivo", a que se refiere Gardiner, existe toda una serie de procedimientos explicativos: la analogía, la explicación causal sin remitirse a la ley general, la explicación funcional, etc. Sin embargo, distan mucho de ser equivalentes. Hablar de la explicación histórica en general, sin tener en cuenta el objeto concreto de la explicación, carece de sentido. Los distintos tipos de explicación corresponden a distintos aspectos de los procesos estudiados y por esto tienen distinto "peso específico". Cómo explica el historiador tal o cual proceso depende ante todo de lo que quiera concretamente explicar.

Tomemos la forma más antigua y elemental de la explicación histórica: la "explicación a través del motivo". Como la historia de la sociedad la hacen los hombres dotados de conciencia y que persiguen determinados fines, la ciencia histórica no puede abstraerse de este aspecto del asunto. ¿Para qué promulgó Bismarck sus "leyes de excepción"? Quería aplastar el movimiento socialdemócrata. ¿Por qué regresó precipitadamente Bonaparte a Francia de la expedición egipcia? Porque quería disolver el Directorio y tomar el Poder en sus manos. Explicaciones de este tipo se encuentran constantemente en las obras de historia, incluso las marxistas, y son perfectamente legítimas. Pero, ¿qué es aquí el objeto de la explicación? Solamente las fuerzas subjetivas que impulsaban a los personajes históricos. Cuando se intenta explicar por este procedimiento algo más amplio, por ejemplo, todo un proceso histórico o incluso un acontecimiento aislado, este procedimiento de explicación resulta insuficiente. La referencia a la ambición de Bonaparte puede ser suficiente para explicar su conducta. Pero para explicar el 18 brumario es insuficiente. Aquí hay que tener en cuenta no sólo los motivos de los

personajes actuantes, sino también la lógica objetiva de las relaciones de clase en el momento dado.

Como decía Engels, "la historia se desarrolla de tal modo, que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante —el acontecimiento histórico—, que, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido"⁴⁶.

El intento de extender la "explicación a través del motivo" a una esfera más amplia origina inevitablemente la confusión. Eso es precisamente lo que le sucede a Dray. Comprende que no se puede explicar un acontecimiento histórico complejo por los motivos subjetivos de un solo hombre. Sin embargo, a su juicio, el acontecimiento complejo se puede explicar por la conjugación de los objetivos conscientes de infinidad de individuos que han tomado parte en él. Por ejemplo, "la explicación histórica de la propagación de la civilización europea en América... incluirá una minuciosa investigación, principalmente desde el punto de vista de los objetivos conscientes (**in rational terms**), acciones y motivos de un sinnúmero de individuos y grupos: de los jesuitas franceses y de los puritanos ingleses, de Colón, de Colbert, Raleigh y Felipe II, de los traficantes en pieles, de los exploradores, de los buscadores de oro, de los campesinos hambrientos de tierra y de muchísimos más". Todo esto, en suma da la explicación del fenómeno en su conjunto. Por lo que se refiere a la explicación del mismo fenómeno por medio de las "teorías del proceso histórico", según Dray, "no sería característico de la historiografía corriente. Y yo no

veo motivos para estigmatizar un fenómeno más característico como uno menos "profundo"⁴⁷.

¿Qué puede decirse de este razonamiento? En primer lugar, si se supedita la explicación de un acontecimiento histórico importante a nuestra comprensión de los objetivos conscientes de todos o por lo menos de la mayoría de sus partícipes, se llegará forzosamente a deducciones bastante pesimistas acerca de la cognoscibilidad del pasado histórico, puesto que fueron muchísimos los participantes y sólo podemos hacer conjeturas sobre los objetivos de muchos de ellos. En segundo lugar, incluso el conocimiento exhaustivo de los objetivos y aspiraciones de los personajes históricos no nos explica por qué uno de ellos triunfa y otros sufrían la derrota y a qué se debe el resultado final que, como regla, no coincide con ningún plan individual. En tercer lugar, hay que aclarar lo que condicionó estos mismos objetivos, aspiraciones, etc. Todo esto puede hacerse sólo sobre la base de una "teoría del proceso histórico" que, tras de lo casual y único, vea determinada ley de desarrollo.

La "explicación a través del motivo" es necesaria, por lo tanto, para comprender los fines subjetivos y propósitos de los personajes históricos partícipes de los acontecimientos de la historia. Pero no tiene carácter analítico científico y no puede utilizarse para explicar acontecimientos y procesos históricos de conjunto.

En el conocimiento de la historia desempeña un papel esencial la analogía. Al tropezar con fenómenos históricos muy diversos, el historiador debe clasificarlos y destacar mediante la comparación sus rasgos específicos generales. En este aspecto la simple analogía posee ya determinada fuerza explicativa. En esencial, la analogía es la forma más simple de la sintetización histórica y todas las "lecciones de la historia", a que se refería la historia pragmática del siglo XVIII y comienzos del XIX, no son otra cosa que analogías históricas. La simple confrontación del acontecimiento y los fenómenos estudiados con otros acontecimientos y fenómenos

del mismo género da ya mucho para su conocimiento. El arqueólogo al descubrir un montículo que por la forma le recuerda los túmulos escitas que él conoce, tiene derecho a suponer que también en este caso se trata de un túmulo. La referencia a un precedente, a situaciones análogas que se dieron en el pasado, se utiliza también a menudo para explicar los acontecimientos históricos. Por ejemplo, la historia de la preparación y el establecimiento de la dictadura fascista en Alemania permiten comprender muchas cosas también de la situación actual en la RFA, con el aplastamiento de la democracia, la militarización, etc. que la caracterizan. Naturalmente la simple deducción de un fenómeno parcial aplicándola a otro es irregular desde el punto de vista lógico. Pero el conocimiento de la historia es acumulativo. Si hemos visto muchos fenómenos semejantes, la referencia del fenómeno dado a otro del mismo tipo no será arbitraria y tendrá toda la fuerza explicativa propia de la inducción incompleta en general.

Sin embargo, aquí es necesario la cautela. La semejanza externa es engañosa. La cerámica de las excavaciones arqueológicas tiene mucho de común con los objetos modernos artísticos y domésticos, pero sobre la base de esta semejanza es difícil hacer deducciones históricas valiosas. El peligro de la seducción por las analogías apartadas de la historia concreta lo demuestra elocuentemente el libro **Estudio de la historia** de A. Toynbee, que por síntomas puramente externos compara fenómenos tan diferentes por principio como la rebelión de Mahdi en el Sudán a fines del siglo XIX y la rebelión de los Macabeos en la antigua Judea, la actividad de Pedro I y la actividad del faraón Afnathon, etc. Cualquier analogía será valiosa y legítima en caso de que estén rigurosamente determinados sus límites: en qué condiciones y en qué aspectos pueden considerarse los fenómenos como idénticos. Esto presupone que el fenómeno no se examina aisladamente, sino en el contexto de determinado sistema social y época histórica.

Actúa en primer plano el análisis funcional, que permite aclarar el nexo estable existente entre los distintos elementos del fenómeno estudiado y su estructura. El análisis funcional cala mucho más hondo que la simple analogía. Cuando, por ejemplo, el arqueólogo soviético S. A. Semiónov estableció mediante una serie de experimentos de qué modo se utilizaban muchas herramientas de piedra, esto dio a la ciencia mucho más que su simple tipología sobre la base de los síntomas externos. La determinación de las funciones del fenómeno dado en el sistema social como conjunto, es un elemento necesario de la explicación histórica. No se puede, por ejemplo, comprender la esencia de tal o cual doctrina política sin aclarar su papel ideológico funcional: a qué grupo social beneficia esta doctrina y qué intereses representa. El historiador tropieza con el análisis funcional en todas partes donde se trata de la acción recíproca de fenómenos y elementos en el marco de cierto conjunto social, ya sea el problema de la correlación de la coerción extraeconómica y de la propiedad feudal de la tierra o el del papel de las ideas religiosas en las primeras revoluciones burguesas.

Sin embargo, también esta explicación es incompleta, parcial. La explicación funcional muestra el nexo recíproco de determinado conjunto social y de sus elementos, pero es imposible deducir de ella la línea del desarrollo histórico, con los zigzags y casualidades que le son inherentes. El análisis funcional revela la acción recíproca de los fenómenos, pero deja en la sombra sus vinculaciones causales dinámicas. Más, como indicaba V. I. Lenin en los Cuadernos filosóficos, "la acción recíproca sola es una frase vacía"⁴⁸. El apasionamiento unilateral por la explicación funcional degenera fácilmente en teología objetiva, que interpreta las funciones sociales como algo inmanente. Esto se ve con claridad en el ejemplo de la escuela estructural funcional de la sociología burguesa contemporánea⁴⁹.

Como la historia presupone la reproducción del proceso de desarrollo es natural que el modo específico más extendido de la explicación histórica sea la

explicación genética. Esclarecer el origen del fenómeno o acontecimiento estudiado, descubrir las causas que han determinado su aparición eso es lo que interesa en primer término al historiador. El proceso de establecimiento de los nexos causales de un fenómeno individual dado no puede, naturalmente, reducirse a indicar las leyes generales que nunca se presentan cuando suceden acontecimientos o fenómenos de esta tipo. La referencia a la ley de la desigualdad del desarrollo económico y político en la época del imperialismo es insuficiente para explicar por qué la primera guerra mundial estalló precisamente en agosto de 1914 y por qué la correlación de fuerzas de los campos beligerantes fue esa y no otra. Para explicar esto, es preciso reproducir todo el conjunto de las condiciones que precedieron al acontecimiento, incluirlo en determinado conjunto íntegro. Rickert llamó a este procedimiento de explicación, "inclusión" en oposición al método de "supeditación", de basar el hecho aislado en la ley general, propia de las ciencias teóricas. La aparente sencillez de este método indujo más de una vez al error tanto a los historiadores como a los filósofos, empezando por Rickert y terminando por Dray. Como a primera vista la explicación causal en la historia es la explicación del acontecimiento único por un conjunto individual de condiciones, Rickert, y tras él otros muchos filósofos e historiadores, afirma que esta explicación prescinde en absoluto de premisas teóricas y leyes científicas, que aquí actúa la "causalidad individual". Pero esta idea es profundamente errónea. Ante todo, si se abstrae de los nexos necesarios y lógicos que cimentan los fenómenos históricos dispersos en determinados conjuntos, el historiador no puede determinar cuáles de los fenómenos precedentes debe utilizar para explicar el proceso que le interesa. Cualquier acontecimiento está relacionado con infinidad de otros acontecimientos y fenómenos. ¿Cómo destacar las causas principales y decisivas entre la infinidad de condiciones de las cuales dependían solamente los rasgos secundarios y auxiliares del acontecimiento? La teoría de la "causalidad individual" lleva inevitablemente al

escepticismo debido a que la cadena de nexos de causa y efecto se pierde en lo infinito.

La "inclusión" del acontecimiento o fenómeno dado en un conjunto más general, pero igualmente individual puede ser suficiente para explicar un acontecimiento o episodio aislado, de contornos claramente dibujados. Pero la indagación histórica no se limita a la descripción de episodios aislados, aspira a reproducir el mismo proceso de desarrollo. Es una tarea muchísimo más complicada que no se puede cumplir sin una serie de premisas teóricas.

¿Qué significa reproducir la historia del objeto como un sistema?

Significa, en primer lugar, que el objeto se reproduce no en sus componentes aislados, sino como sistema íntegro que posee determinada estructura. En segundo lugar, en la investigación histórica se reproduce el proceso, es decir, todo el conjunto de nexos históricos existentes entre los componentes del objeto, dispuestos consecutivamente en el tiempo y no relacionados exteriormente unos con otros. En tercer lugar, se reproduce no simplemente el cambio del proceso en el tiempo, sino el proceso de desarrollo del objeto, es decir, el proceso de los cambios cualitativos, de los cambios en la estructura del sistema en conjunto. En cuarto lugar, se reproduce el proceso de desarrollo lógico: por eso, el historiador debe revelar y reproducir no sólo una serie de estados históricos cualitativamente diferentes del objeto, sino también las mismas leyes del paso de un estado histórico a otro⁵⁰.

Por ejemplo, es imposible imaginarse la historia del capitalismo estudiando aisladamente sus fuerzas productivas, su técnica, las relaciones de propiedad que le son inherentes, la estructura de clase de la sociedad y su ideología. Aunque todos estos fenómenos poseen una independencia relativa, son, ante todo, elementos del capitalismo como sistema social y solamente pueden ser comprendidos en su relación interna. Esta relación recíproca del conjunto histórico de fenómenos se refleja en el concepto de la formación económico-social.

El capitalismo no sólo incluye numerosos elementos diferentes, sino se presenta también como una serie de estados históricos cualitativamente distintos. El capitalismo monopolista de Estado se diferencia esencialmente del capitalismo premonopolista y el capitalismo en sazón se diferencia del capitalismo de la época de la acumulación inicial. La misión del historiador consiste en reproducir estas situaciones históricas no como fenómenos aislados e independientes, sino como fases específicas del desarrollo del capitalismo que surgen una de otra y, en el plano genético, se hallan recíprocamente vinculadas. Sólo en este caso obtendremos un cuadro del proceso y no una simple descripción de algunos de sus momentos. Aquí la diferencia es análoga a la que existe entre una película y una serie de fotografías. La película consta de secuencias aisladas, cada una de las cuales registra un momento aislado, lo mismo que la fotografía; pero muestra también el propio proceso, el paso de una situación a otra, cosa que la fotografía no puede reflejar.

Prosigamos. El capitalismo, como cualquier otro fenómeno, cambia continuamente. Pero estos cambios no son equivalentes. Unos tienen carácter cuantitativo, otros tienen carácter cualitativo. El historiador que ve sólo los aspectos parciales no repara, en general, en el nacimiento de lo nuevo. Eso fue lo que les ocurrió a los historiadores burgueses británicos que, habiendo constatado que la continuidad del desarrollo económico-social en Inglaterra no se interrumpió y que los cambios en la vida de los hombres se producían paulatinamente, niegan sobre esta base el hecho mismo de la revolución industrial. Empero, pese a las afirmaciones de los historiadores y sociólogos burgueses contemporáneos que intentan sustituir el concepto de "desarrollo y progreso histórico" por el huerco concepto de "cambio social", el desarrollo y el cambio no son una misma cosa. El "cambio" es la categoría general, más abstracta, que registra lo que tiene de común y es propio de cualquier proceso: la existencia de diferencias en un mismo objeto tomado en dos puntos distintos en el tiempo. Por el contrario, el desarrollo

caracteriza sólo el cambio lógico, espontáneo e íntegro en el estado del sistema, la modificación de la estructura interna del objeto. Eso no es un simple cambio cuantitativo, sino un cambio cualitativo. Precisamente en estos límites cualitativos descansan la periodización científica de la historia.

Pero si el desarrollo es un proceso lógico, el historiador no puede reproducirlo sin descubrir las mismas leyes que rigen este proceso y determinan el carácter del paso de un estadio histórico, a otro. La historia del capitalismo incluye también la historia de la modificación de sus leyes. Por ejemplo, no se puede explicar el paso del capitalismo premonopolista al monopolista sin descubrir los síntomas y leyes fundamentales del imperialismo, sin mostrar aunque no sea más que el papel de la mencionada ley de desarrollo desigual.

Siendo la misión del historiador, como lo es, reproducir el complicado proceso lógico, el científico no puede, como indica con razón B. A. Grushin, seguir simplemente la historia externa, empírica del objeto. Para reproducir el proceso de desarrollo de cualquier sistema es necesario, ante todo, precisar: 1) qué se desarrolla, 2) en qué se desarrolla. Y esto, quiéralo o no el historiador, tenga o no conciencia de ello, presupone ciertas premisas teóricas. Así la historia conduce necesariamente a la teoría y la explicación genética a la explicación a través de la ley o del conjunto de leyes.

Los autores burgueses que se oponen a la idea del desarrollo lógico-histórico dicen que la explicación del hecho singular a través de la ley deja pendiente la cuestión de la realidad de la misma ley utilizada para esta explicación. Si se explica el hecho invocando una ley histórica, no queda claro por qué en general actúa en las circunstancias dadas esta ley o tendencia. Pero esta dificultad no es insuperable. Cualquier ley no sólo en la historia, sino también en las ciencias naturales establece cómo transcurre determinado proceso. De este modo, la ley explica determinado conjunto de hechos en los que está presente este proceso. Pero ninguna ley se explica

a sí misma. Para explicar la existencia de esta ley es preciso apelar a otra ley más general. Así, la ley del desarrollo desigual nos explica muchos rasgos del imperialismo que dimanar de la desigualdad de su desarrollo, pero si queremos saber por qué en la época del imperialismo se acrecienta su desigualdad, tendremos que recurrir a procesos más generales (tener en cuenta, por ejemplo, que la industrialización, sobre una base técnica más elevada, siempre transcurre más rápidamente, etc.). Este es el proceso normal de profundización del conocimiento científico y su naturaleza lógica es igual por principio en todas las ciencias.

Por lo tanto, la explicación histórica tiene distintas formas y el papel de la teoría en estas explicaciones también es diferente. Pero estas explicaciones no son equivalentes y no se pueden aplicar a todos los objetos. La explicación histórica será satisfactoria únicamente en caso de que su forma lógica corresponda al carácter y al contenido del proceso que ha de ser explicado. Cómo explicará el historiador uno u otro fenómeno dependerá del carácter de su metodología y de los rasgos específicos del objeto de investigación y de la dimensión en que se examina este objeto.

La complejidad de los problemas gnoseológicos y lógicos de la ciencia histórica refleja la complejidad y lo contradictorio de su objeto y la realidad histórica. Por un lado, la historia es un proceso lógico, histórico-natural. Por otro, Carlos Marx hablaba de la historia como de un drama histórico universal en el que los hombres son al mismo tiempo actores y autores. La ciencia teórica de la sociedad estudia el primer aspecto del asunto, haciendo abstracción de las casualidades y zigzags relacionados con las peculiaridades de los participantes concretos del proceso histórico. En cambio, el historiador tiene que tratar ambos lados. Esto hace su labor particularmente complicada. En la medida en que se ocupa de reproducir los procesos y las relaciones económico-sociales opera en lo fundamental con conceptos teórico-científicos y su lógica se diferencia poco de la lógica del sociólogo o economista. Pero cuando el historiador centra la atención en un acontecimiento, en

un complicado entrelazamiento de personas, pasiones y emociones, el conocimiento histórico se asemeja al conocimiento artístico. A. V. Guliga tiene toda la razón cuando dice que "la sintetización histórica es una especie de síntesis de la comprensión teórica y artística del mundo"⁵¹. No se trata, naturalmente, de transformar la indagación histórica en novela histórica ni de renunciar al principio de la objetividad científica, como propagan los defensores de la teoría burguesa de la historia como arte. El quid de la cuestión estriba en que el proceso de desarticulación del objeto y autopsia de su esencia como una serie de abstracciones, propio del conocimiento teórico, se completa en la historia con la síntesis sensorial concreta característica del arte, en la que lo general, lo típico aparece no en abstracto, sino con su envoltura individual. ¿Qué modo de conocimiento predomina en las indagaciones históricas? A esta pregunta no se puede dar una respuesta general. Hasta la aparición del marxismo y el surgimiento de la historia económico-social contemporánea en la historiografía burguesa, dominaba indivisiblemente el método ideográfico, que no veía en la historia nada excepto el choque de pasiones humanas y opiniones. Tal enfoque de la historia la hace completamente acientífica. La simple intuición y los datos psicológicos tomados del conocimiento pueden bastar para reproducir el drama personal de un hombre aislado, pero es indudable que no bastan para descubrir el drama histórico que tiene por protagonista no sólo a individuos, sino también a clases y pueblos enteros (sin hablar ya del descubrimiento de las leyes del proceso histórico). Pero, al propio tiempo, la historia no se puede reducir sólo al estudio de las estructuras sociales impersonales y de los fenómenos masivos.

El nivel de la abstracción científica en la indagación histórica se determina, por un lado, por el objeto de la investigación y, por otro, por las dimensiones de la indagación. El grado máximo de generalización teórica del material se consigue, como regla, en la esfera de la historia económica. El investigador de la historia de las

relaciones económicas no estudia acontecimientos aislados, sino determinado conjunto de relaciones sociales y procesos masivos. Aquí, como en la indagación histórica, "se trata de las personas en tanto son encarnación de categorías económicas y portadoras de determinadas relaciones e intereses de clase". Desde este punto de vista al individuo no se le puede "considerar responsable de las condiciones de las cuales es un producto en el sentido social, por mucho que se eleve sobre ellas subjetivamente"⁵².

Mucho más complicado es lo que ocurre en la esfera de la historia política o la historia de la cultura. F. Engels escribió: "cuanto más alejado esté de lo económico el campo concreto de lo que investigamos y más se acerque a lo ideológico puramente abstracto, más casualidades advertiremos en su desarrollo, más zigzagueos presentará su curva. Pero si traza usted el eje medio de la curva, verá que, cuanto más largo sea el período que estudia, más paralelamente discurre este eje al eje del desarrollo económico"⁵³.

Esto imprime su sello también sobre la lógica de la ciencia histórica. Claro está, también en la historia política la atención del científico se concentra en las tendencias rectoras, en el movimiento de las grandes masas y clases y los acontecimientos aislados se consideran sólo como manifestación de estas tendencias. Pero soslayar los rasgos específicos de estos acontecimientos y no revelar la peculiaridad de los hombres que encabezan el movimiento en la etapa dada significaría esquematizar la historia.

Al examinar el problema de la abstracción en la ciencia histórica y el grado en que la ciencia histórica es capaz de hacer sintetizaciones teóricas, no hay que olvidar tampoco la magnitud de la investigación. Una cosa es el libro que abarque la historia universal o la historia de una formación entera y otra la investigación de un solo acontecimiento, de una biografía, etc. Cada historia revela ciertas leyes, pero su magnitud es distinta. Un trabajo de historia universal no puede por menos que dar

sintetizaciones de índole sociológica general (las leyes que regulan el proceso histórico en conjunto, los rasgos específicos de algunas formaciones, etc.) que no se pueden esperar de la indagación especial dedicada a un problema parcial.

La historia de la disgregación de una familia campesina revela determinada ley de desarrollo social y se puede y se debe utilizar en la exposición. Pero únicamente explica la deducción a que ha llegado el científico por la vía analítica. ¿Por qué se toma precisamente este caso y no otro que evidencie la conservación de las costumbres patriarcales? Porque el historiador considera típico precisamente el primer caso. ¿Y por qué lo considera así? Porque se deduce de infinidad de datos estadísticos. Y si el historiador quiere reproducir el proceso de ruina del campesino puede demostrarlo solamente esgrimiendo datos estadísticos. Sólo el análisis cuantitativo impersonal mostrará el grado de propagación y tipificación del proceso que, examinado por el lado subjetivo, aparece como una tragedia humana. El carácter del problema decide de antemano los procedimientos para resolverlo y la fundamentación de la deducción.

Otra cosa es la historia de la cultura, la literatura y el arte. Igual que en la historia económico-social está justificada la utilización de los detalles; también en la historia del espíritu humano está justificada la utilización de los recursos estadísticos y otros métodos de observación masiva. La estadística de la propagación de la instrucción y el establecimiento de las correlaciones funcionales entre la estructura social y el carácter de las ideas dominantes no se diferencian por principio de métodos análogos utilizados en la investigación de las relaciones económico-sociales.

Claro está, entre la historia económico-social, comprendida como historia de los procesos masivos y de las relaciones sociales impersonales, y la historia de la cultura comprendida como autoconciencia del género humano no existe una muralla china. Cualquier fenómeno histórico puede ser considerado como proceso

y como drama con las diferencias que de ahí se deducen en la metodología de la investigación y la lógica de la explicación. Queremos destacar sólo dos polos extremos a los cuales se orienta el pensamiento histórico. Pero es éste un problema esencial que exige serio estudio especial.

La "estética de la historia" a cuya creación exhorta A. V. Guliga⁵⁴ tal vez no sea necesaria: si acaso habrá que dar a esta palabra cierto sentido completamente especial. Lo que es verdaderamente necesario es elaborar a fondo la teoría del conocimiento histórico. ¿Cómo se escribe la historia? ¿Cuáles son las peculiaridades concretas de la formación de los conceptos históricos y de la explicación histórica? ¿Qué correlación existe entre la historia y la teoría en general y en el marco de la indagación especial en particular? ¿Cómo se modifican las formas y los procedimientos de la explicación histórica en dependencia del objeto de la investigación? Todas estas y otras muchas cuestiones ofrecen hoy vivísimo interés práctico.

¹ Esto se muestra, por ejemplo, en el libro de G. Shpet. **La historia como problema de lógica. Indagaciones críticas y metodológicas**, I parte. Moscú, 1916.

² Es sintomático, por ejemplo, que de los 13 artículos, publicados en el primer tomo de la revista internacional de filosofía de la historia **History and Theory**, 9 estén dedicados por entero o parcialmente a los problemas lógico-metodológicos.

³ P. Rossi. **Storia e storicismo nella filosofia contemporanea**. Milano, 1960, pág. 483.

⁴ Véase **Problemas de Historia**, 1962 No. 9.

⁵ Véase más detalladamente en I. S. Narski. **Ensayos de historia del positivismo**. Moscú, 1960.

⁶ V. I. Lenin. **Obras**, 4ª edición, t 14, pag. 316.

⁷ G. Lundberg. **Social Research**. New York, 1942, pág. 117.

⁸ Véase sobre esta cuestión I. S. Kon. **El idealismo filosófico y la crisis del pateamiento histórico burgués**. Moscú, 1959.

⁹ H. Rickert. **Ciencia cultural y ciencia natural**. Espasa-Calpe, Argentina, S.A. Col. Austral No. 347. 1952.

¹⁰ Véase **Theories of History**. Ed. With introduction and commentary by R. Gardiner. Glencoe, 1959, pág. 268.; Véase una crítica más detallada de la filosofía del análisis lógico en A. F. Beshasvili. **El método de análisis en la filosofía burguesa contemporánea**. Tbilisi, 1960.

¹¹ Véase K.R. Popper. **The Open Society and its Enemies**. V. II. Rev. ed., London 1952, pág. 262. El razonamiento citado reproduce la concepción formulada por Popper en su libro **Logik der Forschung**, Wien, 1955.

¹² C. C. Hempel. "The Function of General Laws in History". **Theories of History**, pág. 351.

¹³ K. Popper. **Op. cit.**, vol. II, pág. 261.

¹⁴ **Ibid.**, pág. 206.

¹⁵ **Ibid.**, pág. 268.

¹⁶ **Ibid.**, vol. I, pág. 3.

- ¹⁷ Véase P. V. Tavanetg, V. S. Shviriov. "Algunos problemas de la lógica del conocimiento científico" **Problemas de filosofía**, 1962, N° 10, pág. 17.
- ¹⁸ K. Popper, **Op. cit.**, vol. II, pág. 264.
- ¹⁹ **Ibid.**, pág. 364.
- ²⁰ **Ibid.**, vol. I., pág. XI.
- ²¹ F. A. Hayek. **The Counter-Revolution of Science**. Glencoe, 1952, pág. 199.
- ²² M. Bungue. **Causalidad**. Moscú, 1962, págs. 328-329.
- ²³ Véase: E. Kaufman: **Methodology of the Social Sciences**. New York, 1944; M. White: "Historical Explanation", **Theories of History**, pp. 356-72; E. Nagel: "Some Issues in the Logic of Historical Analysis", **Theories of History**, pp. 373-84; I. Pitt: "Generalizations in Historical explanations", **The Journal of Philosophy**, Vol. LVI, No. 13, June 18, 1959. pp. 578-86; Q. Gibson: **The Logic of Social Inquiry**. London, 1960; C.B. Joynt y N. Rescher: "The Problem of Uniqueness in History", **History and Theory**, Vol. I, No. 2, pp. 150-62.
- ²⁴ **Theories of History**, pág. 273.
- ²⁵ P. Gardiner. **The Nature of Historical Explanation**. Oxford, 1952.
- ²⁶ **Ibid.**, pág. 11.
- ²⁷ **Ibid.**, pág. 50.
- ²⁸ **Ibid.**, pág. 61.
- ²⁹ **Ibid.**, pág., 132.
- ³⁰ G. Ryle. **The concept of Mind**. London, 1949, pág. 113.
- ³¹ E. Gardiner. **Op. cit.**, pág. 139.
- ³² **Ibid.**, pág. 136.
- ³³ Bajo la influencia de la crítica el propio Gardiner reconoce que la doctrina de la "ley envolvente" es demasiado vaga y no tiene en cuenta la diversidad de la práctica historiográfica. (**Theories of History**).
- ³⁴ W. H. Walsh. **Philosophy of History an Introduction**. New York, 1960.
- ³⁵ W. Dray. **Laws and Explanation in History**. Oxford, 1960, pág. 29.
- ³⁶ **Ibid.**, págs. 31-32.
- ³⁷ **Ibid.**, pág. 62.
- ³⁸ **Ibid.**, pág. 91.
- ³⁹ **Ibid.**, págs. 103-104.
- ⁴⁰ W. Dray. "Explaining What" in History. **Theories of History**, pág. 403.
- ⁴¹ **Theories of History**, pág. 272.
- ⁴² **History and Theory**, vol. I, No. 1, pág. 96.
- ⁴³ "La natura della spiegazione storiografica nel pensiero di R. Gardiner" **Rivista critica di storia della filosofia**, an. X, fasc. 2, marzo-aprile 1955, pág. 179.
- ⁴⁴ E. P. Nikitin. "La naturaleza de la explicación científica y el positivismo contemporáneo." **Problemas de filosofía**, 1962, No. 8, págs. 96-107.
- ⁴⁵ C. B. Joynt and N. Rescher. **Op. cit.**, **History and Theory**, vol. I, No. 2 pág. 160.
- ⁴⁶ Carta de Engels a J. Bloch desde Londres con fecha 21-22 de septiembre de 1890. Carlos Marx y Federico Engels. **Obras escogidas** en dos tomos. Ed. Lenguas Extranjeras. Moscú. Tomo II, p. 521.
- ⁴⁷ W. Dray. **Laws and Explanation in History**, pág. 142.
- ⁴⁸ V. I. Lenin, **Cuadernos filosóficos**. Ediciones Estudio, Argentina, 1963.
- ⁴⁹ I. S. Kon "A propósito del objeto de la sociología. Breve ensayo histórico". Recopilación **Problemas de sociología marxista**. Leningrado, 1962.
- ⁵⁰ BB. A. Grushin. **Ensayos de lógica de la investigación histórica**. Moscú, 1961, pág. 18.
- ⁵¹ **Problemas de filosofía**, 1962, No. 9, pág. 37.
- ⁵² C. Marx. **El capital**, t. I, Moscú, 1955, pág. 8.
- ⁵³ Carta de Engels a H. Starkenburg desde Londres con fecha 25 de enero de 1894. Carlos Marx y Federico Engels. **Obras Escogidas en dos tomos**, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú; tomo II, p. 540.
- ⁵⁴ **Problemas de filosofía**, 1962, No. 9, pág. 38.

Sublevaciones populares mexicanas de la segunda mitad del siglo XVII

Por G. Ivanov

El primero en derrumbarse en los tiempos modernos fue el sistema colonial español, así como fueron los pueblos de sus colonias americanas los primeros en lograr su independencia, a comienzos del siglo XIX. A pesar de ser éste un acontecimiento importante y complejo, que atrae desde hace tiempo la atención de los historiadores, hasta estos momentos apenas si se han escrito obras que traten de las luchas de los trabajadores (de los indios esclavizados, de los negros esclavos, de los pobres de las ciudades) contra la opresión colonial y el papel que desempeñaron en la conquista de la independencia nacional. Se ha llegado a decir —véase a González Obregón, historiador conservador mexicano— que Hernán Cortés y sus compañeros de armas fueron los primeros en luchar por la independencia de México¹. Menospreciando el impulso y la trascendencia de la acción de las masas populares contra el yugo colonial, González Obregón y otros historiadores conservadores han proclamado partidarios de las ideas de la independencia mexicana a los conquistadores españoles y a sus descendientes, los latifundistas mexicanos.

Los historiadores liberal-burgueses atribuyen a la "clase media", por regla general, los laureles fundamentales de la conquista de la independencia, mientras que los trabajadores, según ellos, sólo fueron capaces de una oposición pasiva. Así, el notable historiador Riva Palacio ha dicho: "La raza indígena comenzó por presentar resistencia enérgica, contentóse luego con la inercia y la abstención y llegó por último a entregarse dócilmente al gobierno de los conquistadores"².

En los últimos decenios los historiadores mexicanos han comenzado a mostrar cierto interés por la lucha de los indios contra el yugo español. Están en publicación varios documentos y se han escrito varias obras sobre algunas acciones de los indios contra los colonizadores³.

En la ciencia histórica soviética ha comenzado a estudiarse también la lucha abnegada de los trabajadores de la América Latina, de México en particular, contra la opresión feudal y colonial. Mencionaremos sólo los trabajos de gran valor de V. U. Miroshevski y M. S. Alperovich titulados "Ensayos acerca de la historia moderna y contemporánea de México"⁴.

Los autores se proponen dar a conocer las actividades de mayor importancia de los trabajadores de México en la lucha contra la opresión colonial durante la segunda mitad y a fines del siglo XVII, a base de los materiales existentes y no utilizados hasta el momento en nuestra literatura histórica.

El fraile y científico Vázquez de Espinosa, que a comienzos del siglo XVII visitara a Perú y México, escribía con orgullo que en los dominios del rey español jamás se pone el Sol y en las 70 mil iglesias que hay en dichos dominios, se oficia misa durante toda la jornada⁵.

Sin embargo, cuando se escribieron estas líneas, el poderío de los Habsburgos españoles, que todavía mantenía apariencias de grandeza, ya iniciaba su decadencia.

Debilitada por la crisis interna y por las guerras, España no estaba en condiciones de defender sus colonias contra los ataques de los corsarios ingleses, franceses y holandeses. En mayo de 1683, una escuadra corsaria francesa compuesta de 15 barcos tomó Veracruz, puerto principal de México, llevándose rehenes y 1300 esclavos. En 1685, los piratas atacaron nuevamente Campeche, apoderándose de 200 indios. Al año siguiente efectuaron un nuevo desembarco en la misma zona. En vista de que las autoridades españolas eran incapaces de organizar la resistencia armada contra los piratas, la población local india tuvo que hacerlo por su cuenta. Los guerreros indios lucharon con valentía contra los corsarios⁶.

Las autoridades españolas se vieron obligadas, a fin de cuentas, a armar a los indios, a los mulatos e incluso a los esclavos negros, para luchar contra el enemigo exterior.

Cada nueva invasión victoriosa de los enemigos, rebajaba la autoridad de los colonizadores ante los ojos de la población india. Tanto la monstruosa esclavización y la brutal exterminación de los indios, llevada a cabo por los colonizadores españoles, como las enfermedades y epidemias, traídas por los europeos en los siglos XVI-XVII, condujeron a

una considerable disminución de la población aborigen. Algunos investigadores aseguran que durante los siglos XVI-XVII la población de México disminuyó de 5 a 10 veces⁷.

Con la desaparición de los indios se perdía la fuerza de trabajo fundamental en las minas y en los latifundios, la masa principal de contribuyentes y la mayor parte de los creyentes, hecho que inquietaba seriamente a las autoridades españolas, a los colonizadores locales y al clero.

A comienzos del siglo XVII, los dueños de las minas de la mayor región minera e industrial, la de Pachuca, dirigieron al virrey una alarmante carta en la cual le daban a conocer la aguda necesidad que tenían de mano de obra para sus empresas. Si en cierto tiempo en las minas de Pachuca trabajaron 1,200 indios permanentemente, a principios del siglo XVII laboraban solamente 350⁸. A pesar de los 230 indios que el virrey designara en las poblaciones vecinas para las minas de Pachuca, en 1661 en dichas minas quedaron tan sólo 19 personas⁹. En 1670 los dueños de las minas se dirigieron nuevamente al virrey para comunicarle que las minas se arruinaban por falta de mano de obra y que incluso se habían escapado los obreros asalariados que antes vivían junto a las minas. La situación de la región de Pachuca no era exclusiva puesto que también llegaban quejas análogas de los dueños de otras minas¹⁰. La situación catastrófica de la fuerza de trabajo obligó a las autoridades españolas a tomar algunas medidas destinadas a proteger la vida de los indios: En 1622, Gálvez, virrey de Nueva España, hizo proclamar unas instrucciones en las que se indicaba cómo había de tratarse a los indios. El virrey exigió de los terratenientes y sus servidores que trataran a los indios conforme a los requerimientos de la ley, en la que se prohibía que se les martirizara o matara, llamándoles la atención acerca del "menoscabo y disminución en que han venido y vienen los indios" y de que éstos "huyen y dejan sus casas y pueblos y mueren muchos"¹¹. El virrey amenazó multar a los culpables de violación de dicha disposición pero a pesar de las peticiones, e incluso de las amenazas del virrey, la situación de los indios no cambió en nada.

Hacia mediados del siglo XVII, la enorme mayoría de los indios mexicanos continuaba viviendo en sus pueblos y dedicándose a la agricultura. Parte de la población india se había separado ya de las comunidades y adherido a las minas, haciendas y

monasterios, o bien se había trasladado a las ciudades, donde se ganaban la vida mediante la artesanía, el pequeño comercio y con más frecuencia, el trabajo no calificado, etc.¹²

Los pueblos indios constaban, por regla general, de varios cientos o miles de habitantes. La propiedad comunal de la tierra correspondía a la estructura económica de estos pueblos. La mayor parte de la tierra labrada era trabajada por familias particulares, la otra —el llamado ejido— quedaba en manos de la comunidad para pastos comunes, pastoreo, etc. La comunidad retenía el derecho de conservar también para sí una parte de las tierras laborables. Cada miembro de la comunidad estaba obligado a trabajar una parte determinada de esta tierra, pero la ganancia obtenida pasaba a disposición de la comunidad. Algunos pueblos tenían, también como propiedad comunal, rebaños de ganado, talleres, albergues, etc.¹².

Las ganancias obtenidas de los bienes comunales eran utilizadas en el pago de los impuestos, en el mantenimiento de los funcionarios (gobernador, alcalde, etc.) y del cura, así como en la compra de los objetos del culto religioso de la iglesia local, etc.

En la comunidad india se destacaban dos grupos sociales primordiales: los **principales** (la nobleza) y los **manuales** (pobres y humildes).

Los **principales**, poseedores de grandes cantidades de tierra y ganado, explotaban a los simples miembros de la comunidad, recurriendo frecuentemente a la más brutal violencia¹³. Es así como los **principales** obligaban en algunos lugares a los simples de la comunidad a laborar sus tierras, construir sus casas, etc. gratuitamente. Para salvarse de las violencias de los principales, los indios se veían obligados con frecuencia a abandonar sus pueblos natales¹⁴.

Entre los principales se formaba poco a poco la capa feudal que cada vez más se colocaba por encima de los simples miembros de las comunidades.

En los pueblos indios, los caciques ocupaban una posición dominante dentro de la capa que se feudalizaba; sus privilegios y su poderío fueron confirmados por la legislación española. Además de estar liberados de toda obligación, los caciques recibían en beneficio una parte de los impuestos de la población. Los habitantes de los pueblos estaban obligados a laborar y sembrar los maizales del cacique en forma gratuita. Los caciques aprovechaban

también el trabajo de los indios para los servicios domésticos. Algunos caciques eran dueños de considerables extensiones de tierra y de grandes rebaños de ganado. Sus haciendas eran mantenidas a base de la explotación de los arrendatarios dependientes y de los peones. Algunos de los caciques poseían minas y talleres.

Sin embargo, a pesar de la situación privilegiada de los caciques, éstos no siempre se libraban de las arbitrariedades y opresión de las autoridades españolas, de la iglesia y de determinados colonizadores. Por eso, algunos caciques anhelaban el restablecimiento de las costumbres tradicionales existentes antes de la conquista de los españoles. Entre dichos caciques se destacaron dirigentes de las sublevaciones populares contra el yugo colonial.

Las autoridades españolas denominaron oficialmente "repúblicas" a los pueblos indios, sobrentendiendo con ello su autonomía administrativa, funcionarios elegidos y participación de los indios en la resolución de los asuntos comunales. Sin embargo, por lo general, éstas eran "repúblicas" aristocráticas, en ellas el poder pertenecía a la capa rica y noble de la población. A pesar de que se realizaban elecciones en el pueblo, habitualmente resultaban siempre elegidas las mismas personas entre los caciques y principales, que ocupaban año tras año los puestos de gobernadores.

Hasta fines del siglo XVII, la forma de los dueños de las minas, de los contratistas, de los terratenientes, etc. Conforme a las instrucciones del virrey, cada indio apto para el trabajo estaba obligado a trabajar en el "repartimiento" durante tres o cuatro semanas al año. Sin embargo, tanto los dueños de las minas, como las autoridades locales —que estaban vendidas a aquéllos—, retenían arbitrariamente a los indios en dichas minas.

Durante el siglo XVII se hizo inaguantable el "repartimiento", debido a que la duración del tiempo de servicio había aumentado en dos y más veces. Las condiciones de trabajo se habían hecho muy penosas. A fin de que los indios no se escapasen, los vigilantes les quitaban los alimentos que habían traído de sus casas y el vestuario, y por la noche los encerraban. Según las leyes, a los indios les correspondía por el trabajo de uno a uno y medio reales al día y medio real por cada día de camino desde su pueblo hasta la mina. Estas sumas no representaban en sí un salario, ya que su monto era determinado por las mismas

autoridades españolas. En realidad, los indios no podían disponer por cuenta propia del dinero que se les debía pagar.

Además, los dueños de las minas, con diversos pretextos, descontaban una parte considerable del salario de los indios para sí y otra para las autoridades locales indias y los curas.

En la agricultura, durante el siglo XVII, el repartimiento fue cediendo poco a poco ante otra forma de explotación, el peonaje.

"En algunos países, sobre todo en México —escribía Marx— ... la esclavitud aparece disfrazada bajo la forma **de peonaje**. Mediante anticipos que han de rescatarse trabajando y que se trasplantan de generación en generación, el peón, y no sólo él sino también su familia pasa a ser, de hecho, propiedad de otras personas y de sus familias¹⁵.

En 1642, el virrey Palafox y Mendoza proclamó una disposición, a petición de los grandes terratenientes, conforme a la cual se prohibía a los peones indios abandonar a su patrón hasta no haber pagado con su trabajo la totalidad de la deuda¹⁶.

Los latifundistas y los dueños de las minas y talleres empleaban todo tipo de artimañas, engaños y violencias para imponerle al indio préstamos en dinero, vestimentas o víveres, convirtiéndole de esta manera en deudor y luego en esclavo de su deuda¹⁷.

Era dura, sobre todo, la explotación de los peones, que junto a los esclavos y presidiarios trabajaban en los talleres, empresas de tipo precapitalista basadas en el trabajo forzado. A los trabajadores se les permitía salir del taller escoltados, y tan sólo los días de fiesta, para asistir a misa. Por la noche, a dichos trabajadores les ponían esposas.

Incluso un virrey, Montesclaros, denunció el trabajo en demasía y la introducción de los encarcelamientos, el hambre y la paga insatisfactoria que padecían los indios en los talleres.

Entre aquellas condiciones, crueles, insaciables y brutales explotadores, el grupo más odiado por los indios estaba constituido por los funcionarios españoles, encabezados por el virrey y el clero.

A la oficina del virrey llegaban constantemente las trágicas quejas de los indios acerca de las arbitrariedades de los alcaldes mayores y de los servidores eclesiásticos.

La lucha de los indios contra la opresión colonial y contra la explotación feudal y esclavista, no cesó ni un momento durante los 300 años que duró el dominio de los colonizadores españoles en México.

La fuga de los indios de las minas, haciendas, etc. hacia regiones inaccesibles para los españoles, era la forma más común de resistencia masiva contra los colonizadores. Los indios y negros mataban a los crueles patronos, a los vigilantes, a los funcionarios, a los gobernadores, etc.

La resistencia tenaz y cotidiana a los colonizadores iba preparando el terreno para acciones más activas y resueltas, que frecuentemente tomaban forma de levantamientos armados.

A mediados del siglo XVII, la provincia de Nueva Vizcaya fue uno de los focos activos de la lucha armada contra los colonizadores. Estos últimos habían puesto en explotación en dicha región una gran cantidad de minas de oro y plata y transformando las tierras arrebatadas a los aborígenes en haciendas y estancias. Los indios eran encerrados en las llamadas misiones, donde se les sometía a la cristianización obligatoria, haciéndoles trabajar para los padres-misioneros. La Iglesia servía de destacamento de vanguardia a los colonizadores. En las minas de Parral y en otros centros de extracción de metales preciosos, los indios sufrían una cruel explotación.

Un contemporáneo decía: ... "Estos (los indios, G. I.) van por dos meses y al fin de ellos, piden la paga de su trabajo; la respuesta es que si la han de trabajar otros dos meses, u otro por lo menos, y si no, que no quieren pagarles y si acaso les pagan, es en ropa, a tan subidos precios, que todo el trabajo de un indio al cabo de dos meses es ocho varas de sayal"¹⁸.

En marzo de 1645 estalló una sublevación de los indios canchos, en la misión de San Juan de los Canchos. Los indios, armados de arcos y lanzas, se dirigieron contra el gobernador Don José; sin embargo, éste logró refugiarse en la iglesia bajo la protección de los monjes misioneros. Los indios, indignados, mataron a los monjes y quemaron la iglesia con el gobernador dentro. Seguidamente, saquearon la hacienda vecina y se llevaron el

ganado. Poco tiempo después, la sublevación abarcaba seis pueblos más. A los sublevados, se unieron los indios conchos que trabajaban en las minas de Parral¹⁹.

En la segunda mitad del año 1648 se levantaron los indios tarahumaras (al norte de Parral). En la lucha contra los españoles, los indios tarahumaras aplicaban una inteligente táctica guerrillera, empleando hábilmente argucias militares. Un día, Fajardo, gobernador de la Nueva Vizcaya, logró cercar con sus tropas el campamento de los indios extendido en la cima de una colina rocosa. En vista de que llegaba la noche, Fajardo decidió aplazar el asalto para la mañana siguiente. Durante toda la noche se oyeron el ladrido de los perros y el balar de las ovejas y se divisó el centelleo del fuego de las hogueras en el campamento de los indios; sin embargo, por la mañana los españoles encontraron en dicho campamento tan sólo hogueras apagadas y algunos perros y ovejas atadas a los árboles. Hasta el último indio había abandonado el campamento, engañando con habilidad a los centinelas españoles²⁰.

Fajardo, impotente contra la táctica guerrillera de los indios, ordenó aplastar las siembras, destruyó 5 mil fanegas de maíz encontradas en las aldeas indias y quemó 300 casas. Parte de los sublevados pactó con los colonizadores y la otra continuó luchando. En 1650, los sublevados derrotaron al destacamento de Fajardo, hiriendo a este último.

Fue de gran importancia, sobre todo, la rebelión de los indios tarahumaras en 1652. La sublevación se hallaba encabezada por el cacique Gabriel Teporame (el leñador), encarnizado enemigo de los colonizadores españoles y hábil jefe militar²¹.

Teporame supo unir a los tarahumaras e inspirarles confianza en la victoria. Según las palabras de un contemporáneo, los indios se reunían alrededor de Teporame "con rara presteza y voluntad como si vinieran a ganar un Jubileo plenísimo, que por tal tenían al verse libres de los españoles"²².

Los indios atacaron a Villa Apilar, el punto de apoyo principal de los colonizadores. Después que los indios hubieron tomado las murallas de la ciudad, los españoles se vieron obligados a ocultarse en las casas de piedra del interior de la fortaleza. Sin embargo, los indios, con los agudos palos de madera utilizados generalmente en la plantación del maíz, agujerearon las paredes de las casas. Una vez perforadas las paredes, los indios lanzaban al interior alquitrán ardiente. Obligados a abandonar las casas en llamas, los españoles

fueron exterminados y el comandante de la fortaleza ahorcado. Al cura lo mataron a flechazos colgándolo después en una cruz.

Después de Villa Aguilar, los indios se apoderaron de ocho puntos poblados más, quemando las iglesias y destruyendo las haciendas de los terratenientes españoles.

Para luchar contra la sublevación, los españoles recurrieron nuevamente al aniquilamiento de las viviendas, de las provisiones de alimentación, de las siembras, y utilizaron también las contradicciones entre algunos pueblos y entre los caciques. Los colonizadores lograron ahogar con gran dificultad los focos principales de la sublevación. En 1653 fue preso Teporame. Los vencedores no lograron que renegase de su causa: lo único que lamentaba era el fracaso de la sublevación. Antes de morir, Teporame rechazó rotundamente la confesión y la comunión.

Al ocupar con sus tropas la zona rebelde, los españoles la dividieron en cinco distritos militares, poniendo a la cabeza de cada uno al cacique indio que había demostrado lealtad a los colonizadores.

A pesar de la derrota de Teporame, los tarahumaras, amantes de la libertad, no renunciaron durante mucho tiempo a la lucha armada. Durante toda la segunda mitad del siglo XVII atacaron sin cesar villas y haciendas españolas, llevándose los convoyes y el ganado. Un contemporáneo español escribió acerca de "la guerra ordinaria en que está esta tierra"²³.

Mientras los colonizadores españoles restablecían su dominación en el norte del país, quebrantada por las sublevaciones de los tarahumaras, en el obispado de Oaxaca, al sur de México, maduraba una sublevación india mucho más peligrosa.

Vázquez de Espinosa y Bernabé Cobo, que visitaran el obispado en la primera mitad del siglo XVII, opinaron que ésta era una de las posesiones españolas en América más beneficiosas y prósperas. A principios del siglo XVII, el obispado contaba con 350 pueblos indios, con más de 300 estancias (fincas de ganado) y con una población masculina contribuyente de 150 mil personas. El trabajo de los indios se empleaba en las minas donde se extraía plata, oro, piedras preciosas, estaño y cobre; en las empresas de producción de

azúcar, de seda y de chocolate; en las haciendas y estancias. En el territorio del obispado había 120 monasterios y misiones que pertenecían a la orden de los dominicos²⁴.

El poder administrativo y jurídico de los 12 distritos del obispado estaba concentrado en manos de 12 alcaldes mayores, los cuales gozaban de derechos ilimitados respecto a la vida, la libertad y los bienes de cualquier indio.

Un contemporáneo escribía sobre "las continuas y ordinarias molestias y vejaciones que les hacían y les hacen habitualmente los alcaldes mayores... despojándolos de sus bienes y de sus pobres chozas"²⁵. Los indios, desesperados, —continúa— huyen a las montañas, abandonando a sus esposas e hijos, sus bienes y siembras; otros prefieren la muerte a la esclavitud. Alonso Cuevas Dávalos, el obispo de Oaxaca, reconoció en carta al virrey que "ni los esclavos de Argel, ni las opresiones de los más crueles tiranos, han igualado a las que estos miserables indios estaban padeciendo, y los más de estas Provincias"²⁶.

Los primeros en iniciar la lucha fueron los indios de la provincia de Tehuantepec. El motivo directo de la sublevación fue la cruel explotación que dichos indios sufrían del alcalde mayor Juan de Avellán.

No contento con los 20 mil pesos en oro de impuesto, Avellán exigió que los indios hiciesen mensualmente para él 1,500 mantas (una de las mercaderías más solicitadas). Un poblado compuesto tan sólo por 60 hogares, estaba obligado a suministrarle 110 mantas mensualmente²⁷.

Para poder cumplir con el tributo, los indios, con sus mujeres y niños, tenían que trabajar por las noches. Por no cumplir la norma y por la menor negligencia en la calidad de los artículos preparados, además de ser azotado el indio culpable, lo era también el cacique o gobernador de dicho pueblo. Fue así como a causa de una paliza murió el cacique del pueblo, Tequiztlán. Esto hizo que los caciques y principales, junto con los simples indios, tomaran parte en la preparación de la sublevación.

El 22 de marzo de 1660, miles de indios, de los pueblos situados en los alrededores de Tehuantepec, se reunieron en dicha ciudad, so pretexto de una fiesta religiosa, y ocuparon todas las calles y plazas y las cimas de las colinas que dominaban la ciudad²⁸. Los indios utilizaban por costumbre el fuego en calidad de medio de lucha e incendiaron las

dependencias gubernamentales. Al salir corriendo de la casa en llamas, Juan de Avellán espada en mano, intentó abrirse camino hacia el monasterio, pero lo mataron. El gobernador de Tehuantepec, al que los indios intentaran ahorcar, se escapó con la soga al cuello corriendo hasta el monasterio, donde fue protegido por los monjes. Allí mismo encontraron refugio la esposa del alcalde y sus tres hijos pequeños. A estos últimos los indios no los tocaron. Las acciones de los indios eran claras, se realizaban con rapidez, decisión y a base de un plan. El dinero, los 40 mosquetes y otros bienes guardados en el edificio gubernamental, fueron trasladados por los sublevados a la casa perteneciente a la comuna de Tehuantepec. Allí fue llevada también la bandera española, arrastrada por los indios por el suelo en señal de su victoria. Inmediatamente se formó una tropa de 500 personas, sin contar aquellos que hacían guardia en las calles y plazas²⁹. Las decisiones importantes se tomaban a base de discusiones colectivas. El mismo día fueron elegidos los organismos autónomos de administración, a la cabeza de los cuales se colocó al indio Marcos de Figueroa, quien anteriormente fuera gobernador.

Un español, contemporáneo de la sublevación, escribía con asombro e involuntaria admiración que los indios "en un plazo de cinco horas, poco más o menos, hicieron, obraron y dispusieron lo que parece imposible en fuerzas humanas"³⁰. Los contemporáneos recalcaban también la extraordinaria y activa participación de las mujeres en la sublevación.

Los sublevados mandaron cartas a los habitantes de los pueblos vecinos y a los de los centros administrativos de otras provincias, inclusive a los muy alejados, invitándolos a matar a los españoles y a tomar el poder en sus manos.

La sublevación se extendió rápidamente por toda la provincia, abarcando cerca de 200 poblados³¹ y luego a las provincias vecinas de Nexapa, Villa Alta, Ixtepec y parte de la provincia de Jalapa.

Nexapa, ciudad rodeada de plantaciones de caña de azúcar, era uno de los centros de producción de azúcar. Cerca de ella se encontraban minas. Los indios de Nexapa, atormentados por la cruel explotación y arbitrariedad de los colonizadores, decidieron seguir el ejemplo de los habitantes de Tehuantepec. Tomaron una decisión: comenzar la sublevación el 27 de mayo (1660), liquidar al alcalde mayor, a los eclesiásticos y a otros

españoles. El dueño de la mina se enteró de que se preparaba la sublevación y avisó al alcalde mayor. El alcalde, con toda la población española de la ciudad, se ocultó en el monasterio.

Una tropa compuesta de 50 españoles y mulatos armados, reunida por el amo de la mina Machuca y una tropa de caballería de Oaxaca, que contaba con 80 jinetes, se pusieron en camino para ayudar a los cercados. Aunque se logró romper el cerco del monasterio, el alcalde y los otros españoles se vieron obligados a escapar de Nexapa. Nexapa y toda la provincia habían sido liberados del dominio español.

Pronto la sublevación abarcó la provincia de Ixtepec. Los indios echaron al alcalde mayor de la provincia y confiscaron sus bienes. En el pueblo Teococuilco, las indias, bajo la dirección de Ana Cajona, expulsaron al corregidor, rompieron las puertas de la cárcel y libertaron a los prisioneros³².

Los indios castigaban con severidad a aquellos gobernadores y caciques que apoyaban a los españoles. En el pueblo de Nisiche, los indios desnudaron, encadenaron y exhibieron por la aldea, montado en un burro de carga, a Illescas, el gobernador local, por haber actuado contra la sublevación. Después, el gobernador fue desterrado y sus bienes confiscados³³.

La sublevación abarcó también la provincia de Villa Alta, situada en las montañas. Los indios declararon "que no querían pagar tributo, ni ser cristianos, ni seguir nuestra ley"³⁴. Los indios reunieron todas sus fuerzas, bajo la dirección del cacique Melchor de Avila, y tomaron, en combate, la ciudad de Villa Alta, centro de la provincia. En la sublevación tomaron parte más de 20 pueblos; pronto toda la provincia fue liberada del dominio español. Para la defensa contra los colonizadores españoles, los indios formaron tropas armadas de flechas y lanzas.

Como resultado de la sublevación, en el verano de 1660 el dominio español fue liquidado en el territorio de cuatro provincias. Cerca de Oaxaca los indios tomaron por la fuerza los pastizales que antes usurpaban los terratenientes ganaderos españoles, y quemaron los corrales construidos por ellos para el ganado³⁵.

La victoria entusiasmó a los indios, haciendo que desapareciese el sentimiento secular de humillación que experimentarían ante los conquistadores españoles. Los indios dijeron abiertamente a los españoles que no reconocían su poder y que en lo sucesivo eran ellos, los españoles, los que debían someterse.

Desde el momento de la liquidación del dominio español, comienza el período más interesante de la sublevación y, al mismo tiempo, menos reflejado en los documentos.

En el territorio de la provincia de Tehuantepec, la autonomía de los indios duró un año entero; en otras provincias un tiempo más corto. Los españoles escapaban de la región abarcada por la sublevación o se escondían tras las paredes de los monasterios. Las autoridades elegidas por los indios tomaban decisiones acerca de la confiscación de los bienes de los terratenientes españoles, alcaldes mayores, etc. Después de la victoria de la sublevación, las autoridades indias de Tehuantepec ordenaron al pueblo de Santa María Petapa confiscar las tierras y los bienes del terrateniente Astudillo y quemar su casa³⁶.

Las fuentes que tenemos a nuestra disposición, nos dan a conocer muy poco, desgraciadamente, acerca de las medidas sociales y económicas de los sublevados. Los caciques, gobernadores, alcaldes indios, parte de los cuales encabezaban la lucha armada contra los colonizadores, después de la victoria de la sublevación no sólo conservaron su poder, sino que evidentemente lo ampliaron. Sin embargo, las decisiones de importancia se tomaban colectivamente. En el pueblo Chicomuchil, los habitantes se reunían en consejo dos veces diariamente, por la mañana y por la tarde. Los caciques y gobernadores que actuaban a favor de los colonizadores españoles eran sometidos a duros castigos, incluso condenados a pena de muerte, confiscándoseles todos sus bienes.

El objetivo principal de la sublevación, tal como lo concebían los mismos indios, tenía por fin acabar para siempre con el dominio español, librarse de los impuestos y cargas establecidos por los españoles, de la opresión del clero católico y del cristianismo en general. Los indios querían vivir bajo sus propias leyes y costumbres.

Los indios lograron con relativa facilidad y sin graves pérdidas, obtener la victoria en el territorio de las cuatro provincias. Las autoridades españolas no estaban en absoluto preparadas para la lucha contra la sublevación. Los sublevados disponían de numerosas

tropas pertrechadas de armas blancas, escopetas, etc. cogidas a los españoles. En Nexapa, por ejemplo, después de ahogada la sublevación, fueron confiscados a los indios más de 400 mosquetes. Según los datos del obispo de Oaxaca, posiblemente aumentados, tan sólo la provincia de Tehuantepec contaba con más de 10 mil indios armados, poseedores de más de mil mosquetas³⁷. Al disponer, al principio de la sublevación, de una gran supremacía de fuerzas, los indios pudieron haber emprendido con éxito la marcha hacia Oaxaca y aún más lejos, hacia el norte. Pero no se aprovechó esta posibilidad. No se emprendió ni una sola acción conjunta contra los colonizadores, a pesar de la activa correspondencia existente a través de correos extraordinarios, y del intercambio entre los cuatro centros de la sublevación. El particularismo, rasgo característico de las sublevaciones campesinas de cualquier país, en las condiciones de México se vio acentuado por las diferencias entre las tribus y de idioma.

Después de la victoria de la sublevación, dentro de las comunidades indias se inició una lucha entre los indios pobres y los jefes indios, parte de los cuales se manifestaba activamente a favor de los colonizadores.

Aprovechando la tregua, las autoridades españolas preparaban sus fuerzas para aplastar la sublevación. Se formaron destacamentos especiales de mercenarios; los dueños de las minas y los hacendados pusieron a disposición de las autoridades españolas sus destacamentos armados compuestos de guardias y criados.

Hacia la región sublevada partió el mismo obispo de Oaxaca, Cuevas Dávalos, acompañado de una gran escolta. Este llamó a los dirigentes de la sublevación a entregar las armas, prometiéndoles perdón y hasta clemencia por parte del rey español. Entre los cabecillas indios, los deseos de conciliación eran tan fuertes, que el obispo llegó a convencer a los representantes de las autoridades indias de que éstas reuniesen y entregasen las armas españolas cogidas durante la sublevación.

Una vez que el obispo de Oaxaca logró sembrar el desconcierto y la confusión entre los sublevados, en mayo de 1661 partió hacia la zona, con el propósito de liquidar la sublevación, un destacamento armado, encabezado por un renombrado dignatario, el oidor Montemayor, de Cuenca.

Montemayor, sátrapa cruel e hipócrita, comenzó por dirigirse a los jefes de la sublevación con un mensaje lleno de "amor paternal"; "Hijos —escribía él— deseo mucho llegar a consolaros y comenzar a dar satisfacción a vuestros trabajos y a lo mucho que habéis padecido"³⁸. Los dirigentes de la sublevación, creyendo en las promesas, salieron al encuentro del oidor para recibirlo, a 11 leguas de Tehuantepec, pero por orden del mismo fueron inmediatamente arrestados. Al propio tiempo, cumpliendo orden anteriormente dada, fueron detenidos en otras provincias los dirigentes de la sublevación.

Comenzó una cruel represión. Tan sólo en Tehuantepec se dictaron doce sentencias de muerte. Uno de los dirigentes de la sublevación fue condenado a ser descuartizado y expuestas las partes de su cuerpo en los caminos que circundaban la ciudad. Un número considerable de los participantes en la sublevación entre ellos cinco mujeres, fueron condenadas a trabajos forzados en las minas y talleres. Magdalena-María (La minera), una de las dirigentes de la sublevación, fue brutalmente condenada a que se le cortase una mano, se le diesen 10 latigazos y se le rapase el cabello, sentenciándola a cadena perpetua. No menos crueles fueron las cadenas impuestas a los participantes de la sublevación en otras provincias.

Después de haber sido ejecutadas las sentencias, Montemayor, en nombre del rey de España Felipe IV, anunció con solemnidad el "perdón" para los participantes de la sublevación. A la cabeza de las comunidades indias fueron puestos los caciques y principales que durante el período de la sublevación se mantuvieron fieles a los colonizadores españoles.

Las sublevaciones de los años 1660- 1661, aunque derrotadas a consecuencia de los errores de sus dirigentes y las tendencias conciliadoras de los cabecillas indios, mostró claramente la debilidad de las posiciones de los colonizadores y las posibilidades reales de que disponían los indios de liberarse de la operación colonial.

Las repercusiones de la sublevación de los años 1660-1661 no se acallaron durante muchos años en el obispado de Oaxaca.

Es así como en 1662, los habitantes de Tonalá, Ipatepeque y otros pueblos al noroeste de Oaxaca se negaron a trabajar en las minas, oponiendo una resuelta resistencia al alto

funcionario español que administraba el repartimiento³⁹. La sublevación fue encabezada, por Lázaro, indio inquieto y rebelde, según lo caracterizan los documentos oficiales españoles.

En el año 1681, en la ciudad de Oaxaca, capital de obispado, tuvo lugar un importante levantamiento de los pobres de la ciudad provocado por el aumento de las exigencias tributarias. La sublevación fue ahogada por el virrey Cerda. Durante los últimos dos decenios del siglo XVII, el dominio español fue sacudido por una gran insurrección de las tribus y naciones indias de Nuevo México.

La colonización de Nuevo México venía llevándose a cabo con toda actividad desde principios del siglo XVII. En la segunda mitad del siglo XVII, los colonizadores poseían en estos lugares numerosas haciendas y estancias, sobre todo en el valle del Río Grande, al norte de la ciudad de Santa Fe, capital de Nuevo México. En Nuevo México se mantenía firme el sistema de encomenderos. Los encomenderos, que generalmente vivían en Santa Fe, además de cobrar los impuestos a los indios, los obligaban a labrar sus campos, a apacentar sus rebaños, etc⁴⁰. Los indios de Nuevo México se diferenciaban del resto de los indios mexicanos por determinadas particularidades en su sistema de vida. Una parte vivía en las casas comunales del pueblo, construidas de piedra y ladrillo, de tres a siete pisos y centenares de habitaciones. Los pisos bajos no tenían ni ventanas ni puertas y sólo era posible penetrar a la casa por medio de escaleras de mano, hechas de madera. En caso de peligro las escaleras se retiraban y la casa con sus sólidas paredes se convertía en una fortaleza. Los pueblos mayores estaban formados por unas cuantas casas grandes.

A mediados de los años 60, los indios de Nuevo México comenzaron a preparar un nuevo levantamiento contra los colonizadores españoles. El centro desde el cual se dirigía la insurrección, encabezada por el indio Pope, se encontraba en el pueblo Taos, compuesto de enormes casas comunales (dos de estas casas, de 5 pisos, se conservan hasta nuestros días).

El 10 de agosto de 1680 los indios asestaron un serio golpe a los colonizadores españoles al mismo tiempo en diversos puntos de la provincia. Ya en los primeros días de la sublevación, habían muerto de 400 a 500 españoles⁴¹. Los indios no dejaban piedra sobre

piedra de las iglesias y monasterios, destruían o quemaban las haciendas y estancias españolas.

Al cercar a Santa Fe, la ciudad principal de la provincia, los sublevados exigieron que los españoles abandonasen inmediatamente Nuevo México, amenazando con exterminar a aquellos que se quedasen en tierra india. Los colonizadores tuvieron que aceptar estas condiciones y los indios se instalaron en Santa Fe. En el plazo de unos cuantos días se logró la liberación total de Nuevo México del dominio español. Para recuperarlo, los colonizadores necesitaron 12 años.

En invierno del año 1681, el gobernador de Nuevo México envió una expedición punitiva contra los indios, la que saqueó e incendió 10 pueblos, abandonados por sus habitantes. Los 511 indios que el destacamento de castigo detuvo, fueron ajusticiados. Las incursiones terroristas que los colonizadores españoles efectuaban sobre los pacíficos pueblos indios, continuaron en los años posteriores. En el año 1689, cuando los españoles atacaron el pueblo de Cia, centenares de indios fueron asesinados —entre ellos mujeres y niños— e incendiadas las viviendas. Parte de los indios prefirió morir dentro de sus casas e llamas que entregarse prisioneros⁴².

Mientras tanto, los indios no emprendieron iniciativa alguna de consideración para echar a los colonizadores más lejos hacia el sur y extender la sublevación a las provincias vecinas. Limitadas por intereses locales, varias tribus y pueblos iniciaron una lucha encarnizada entre sí. Aquella gran unión de las tribus que garantizara durante unos cuantos días la liberación completa de todo Nuevo México de la colonización, se dividió en dos bandos que luchaban entre sí. Una de las causas de esta división fue la rivalidad entre los caciques locales y el acrecentamiento de la lucha entre los caciques y el comunero simple.

Los colonizadores españoles utilizaban con habilidad las contradicciones entre los sublevados. En el año 1692, Vargas, gobernador de Nuevo México, emprendió una campaña hacia el interior de las regiones abarcadas por la sublevación. La expedición se aproximó a las murallas de Santa Fe. En ayuda de Santa Fe se acercaban destacamentos de indios de los pueblos vecinos. Sin embargo, los caciques indios eran partidarios de la paz con los

españoles. Domingo, cacique de la tribu Tegua, y Vargas llamaron a los defensores de la fortaleza a abrir las puertas a los españoles.

Después de prolongados parlamentos, el destacamento de Vargas entró en la fortaleza. Se levantó en el centro de la ciudad una enorme cruz de madera. Los monjes bendijeron con agua bendita a los indios "renegados". Poco tiempo después, acompañado de destacamentos que iban a caballo y a pie, llegó Tupatu, el jefe principal de la tribu taño, para parlamentar con Vargas. Vargas lo nombró jefe de 13 pueblos. Después de Tupatu comenzaron a llegar otros caciques. Apoyándose en ellos, Vargas emprendió una campaña hacia el interior del país. En un plazo de cuatro meses recorrió con su tropa 23 pueblos, en los cuales vivían indios de 10 tribus diferentes.

Pero los éxitos de Vargas fueron precarios, En general, los indios abandonaban sus pueblos antes de que entrase a ellos la tropa española. La juventud se marchaba más lejos, hacia el norte. En el pueblo Jamez, unos cuantos centenares de indios pintados de colores guerreros y armados con arcos y lanzas intentaron oponer resistencia a los españoles, a lo que se opusieron los jefes, que recibieron al destacamento español con cruces en las manos⁴³.

Una vez conseguida la precaria y superficial paz, Vargas se apresuró a instalar en la provincia a colonos españoles. En octubre de 1693, 66 familias españolas y 18 frailes, acompañados de un gran convoy, cien soldados y tres cañones, llegaron a las murallas de Santa Fe. Los colonizadores exigieron a los indios que abandonasen la ciudad y se trasladasen a los pueblos vecinos. El destacamento español, por orden de Vargas, emprendió un asalto a la ciudad. Los indios defendieron heroicamente cada casa, lanzaban una lluvia de piedras a los soldados y les echaban agua hirviendo. Cuando los españoles tomaron a Santa Fe, 70 indios hechos prisioneros fueron ejecutados y 400 más distribuidos como esclavos entre los soldados y colonos españoles. Los españoles se repartieron entre sí los productos alimenticios que los indios habían aprovisionado para el invierno.

La crueldad de los colonizadores reavivó la lucha liberadora de los indios. Hacia principios del año 1694, de los 23 pueblos de Nuevo México solamente cuatro reconocían el dominio español. Los indios construían campamentos fortificados en las cumbres de las colinas y los habitantes de Taos se preparaban para la defensa en el interior de su pueblo.

Las tentativas de Vargas para echarlos del campamento fortificado en la meseta de San Ildefonso acabaron en un fracaso completo.

Al no tener éxito en las batallas a campo abierto, Vargas empleó uno de los métodos más infames inventado por los colonizadores en la guerra contra los indios. Para obligar a los indios a entregarse, los amenazaba de muerte por hambre, aniquilando las siembras y apoderándose de los productos alimenticios que se llevaban a Santa Fe. La colonia española, que contaba ya con más de mil personas, vivía de los atracos a los indios. Los colonizadores consideraban humillante dedicarse a trabajos físicos. Pasaban hambre y hasta se morían, cuando no lograban apoderarse de los productos de los indios, pero se negaban a trabajar.

Tan sólo a fines del año 1694, logró Vargas restablecer el dominio español en una parte considerable de Nuevo México. Los colonizadores comenzaron la reconstrucción de sus haciendas destruidas por los indios en 1680.

En respuesta a ello, en junio de 1696 los indios iniciaron nuevamente la lucha armada, instalando en las montañas campos fortificados y depósitos de productos. Vargas recurrió otra vez a la táctica habitual de los españoles: destruía las siembras, se apoderaba de los productos alimenticios y de la vestimenta de los indios, enviándolo todo a Santa Fe. Para sí se apropiaba de una parte considerable del botín de guerra (esclavos, pieles, etc.)

La sublevación fue ahogada hacia fines del año 1696. A pesar de su derrota, los indios de Nuevo México conservaron para siempre sus tradiciones de libertad⁴⁴.

La sublevación de los indios en Nuevo México fue de gran influencia para las tribus de las provincias vecinas. Como señalara un contemporáneo, el ejemplo de los indios de Nuevo México alentó a los tarahumaras y a otras tribus indias de Nueva Vizcaya a la nueva sublevación armada⁴⁵.

La segunda mitad del siglo XVII se caracteriza por la acelerada penetración de los colonizadores españoles en Nueva Vizcaya. Los españoles, como de costumbre, emplearon todos los medios de violencia existentes para obligar a los indios a trabajar en sus minas, haciendas y estancias, que de año en año se volvían más numerosas. Según palabras de un contemporáneo, en las minas de Parral trabajaban grupos de indios de la tribu Concho, que fueron conducidos hasta allí, por más de 100 leguas (cerca de 600 Km.), con un yugo en el

cuello y escoltados. Detrás de ellos caminaban las mujeres y los niños, hambrientos y extenuados⁴⁶. Los indios sujetos a las minas o haciendas perdían para siempre su libertad. En caso de ser vendida la mina o la hacienda, aquellos eran traspasados al nuevo dueño junto con los bienes inmuebles. Los terratenientes y eclesiásticos quitaban a los indios las mejores tierras. El gobernador de la provincia comunicó al virrey que los indios de la población de Cocomorachic habían abandonado su pueblo, debido a que el cura local les había quitado toda la tierra⁴⁷. Los terratenientes más grandes de la provincia eran los misioneros jesuitas. Los jesuitas manejaban el gran comercio del pan, concentrando en sus almacenes grandes reservas de trigo. Los indios odiaban profundamente a "los padres negros", como llamaban a los jesuitas. Los tarahumaras estuvieron preparando una sublevación armada durante seis años. A Sonora, Sinaloa y otras provincias vecinas fueron enviados mensajeros con un llamamiento a la lucha conjunta.

La sublevación comenzó el 2 de abril de 1690 en varios pueblos al mismo tiempo. Los sublevados mataban a los colonizadores, destruían las haciendas y minas, incendiaban las iglesias (en poco tiempo los indios quemaron 22 iglesias). Los conchos, pimas y otras tribus se incorporaron a la sublevación.

En la montaña Simpa, los insurrectos combatieron al ejército del general español Retaña. A la propuesta de entregarse, los indios contestaron que preferían morir en combate antes que entregarse a los españoles⁴⁸.

El aplastamiento de la sublevación duró varios años. En 1695, los tarahumaras y los pimas se levantaron nuevamente contra los colonizadores.

Merced a la lucha viril de los indios, los colonizadores ya no pudieron consolidar su dominio en el norte y noroeste del país hasta fines del siglo XVII.

En 1692, un levantamiento popular, que algunos historiadores mexicanos consideran "el mayor de toda la época de los Virreyes"⁴⁹, demostró la inestabilidad de la dominación española, incluso en el centro del país, o sea, en la capital del virreinato.

A fines del siglo XVII, México era una de las ciudades más grandes del Hemisferio Occidental. En sus escritos, Vázquez de Espinosa decía que a comienzos del siglo XVII ya vivían allí más de 15 mil españoles, 80 mil indios y 50 mil negros y mulatos entre libres y

esclavos"⁵⁰. En dicha ciudad estaban concentrados, además de las instituciones administrativas, numerosos, talleres, mercados, establecimientos comerciales. etc.

Los pobres de la ciudad, heterogéneos en el sentido técnico (indios, mestizos, mulatos, negros, zambos, etc.) estaban unidos por un sentimiento de profundo odio hacia los colonizadores españoles ("gachupines") y por aspiraciones, no del todo claras ni formalizadas, a la independencia del país.

El comienzo de la década de los 90 del siglo XVII se distinguió por la agudización de la miseria y las necesidades de los trabajadores de México.

En el año 1691, en las regiones centrales del país cayeron lluvias extraordinarias por su duración y su fuerza. El agua inundó los campos, caminos y calles de México. Se derrumbaban las casas construidas de ladrillo, Debido a la interrupción del transporte de los productos alimenticios, comenzó el hambre⁵¹.

La cosecha de otoño del año 1691 y la de 1692 fue gravemente afectada por el hongo y el gusano, parásitos que minaban las siembras. Los terratenientes y los comerciantes en pan guardaban los víveres para enriquecerse con el alza de los precios.

En el pueblo y entre los representantes de la clase dominante existía la opinión de que el culpable principal del hambre, era el mismo virrey, el conde Gálvez, quien había comprado el trigo para revenderlo más tarde a precios especulativos⁵².

Durante la primera mitad del año 1692, la ciudad quedó sin pan más de una vez. Se elevaron tanto los precios, que el sueldo diario de un peón apenas si alcanzaba para una libra de pan, Al mismo tiempo, por orden del virrey se activizaron los trabajos de disecación de los lagos y pantanos, y la construcción de canales, caminos y diques, los que durante todo el siglo XVII se llevaron a cabo en los alrededores de México. Decenas de miles de indios de México y de las ciudades y pueblos vecinos fueron forzados a participar en estas obras. Riva Palacio decía: "La obra del desagüe causaba terror a los indios"⁵³.

A comienzos de junio de 1692, la indignación de las masas populares se transformó en insurrección armada. En vísperas de la insurrección, los indios acordaron apoderarse de la ciudad, incendiar el palacio del virrey y matarlo⁵⁴.

El 8 de junio, por la mañana, durante el servicio divino en la catedral, se oyeron entre la muchedumbre de mujeres indias maldiciones dirigidas al virrey que se encontraba presente. En la segunda mitad del día en el mercado de pan fueron vendidos los últimos restos de trigo. Al dispersar a la muchedumbre hambrienta, los empleados del mercado mataron a una india. Las mujeres enfurecidas, con el cuerpo de la asesinada, se dirigieron al palacio del arzobispo, pero éste se negó a recibirlas.

Reunidas en la plaza delante del palacio del virrey, los indios empezaron a tirar piedras a las ventanas y puertas del palacio, gritando improperios hacia la persona del virrey, que logró ocultarse en el monasterio de San Francisco. Los indios rechazaron con éxito el ataque del destacamento que guardaba el palacio. A las filas de los sublevados se incorporaban cada vez más refuerzos de las afueras de la ciudad. Se trataba de indios armados con arcos, flechas y lanzas. Más tarde, el virrey, en uno de los documentos oficiales, calificó la sublevación del año 1692 de movimiento de los indios y de la capa inferior del pueblo.

Poco tiempo después, se contaban por miles los sublevados que luchaban contra los soldados y los servidores armados del virrey. A pesar de las grandes pérdidas, los sublevados llegaron hasta palacio e incendiaron las puertas que conducían al interior del mismo. El fuego envolvió el palacio, la casa consistorial de la ciudad, la cárcel, etc. El resplandor del incendio se veía a más de 20 Km. de México.

Según un contemporáneo, los indios, para expresar su odio al yugo español, incendiaron también el palacio que perteneció a Cortés, conquistador de México⁵⁵.

Entre las filas de los sublevados resonaron gritos de: "Mueran los Españoles gachupines que nos comen nuestro pan" Las indias decían: "vamos con alegría a esta guerra y quiera Dios que se acaben en ella los españoles". "¿No es nuestra esta tierra?"... "¿pues qué quieren en ella los españoles?" — declaraban los sublevados⁵⁶.

El pueblo recibió con una lluvia de piedras a la procesión de jesuitas y al mismo arzobispo cuando éstos intentaron convencer a los sublevados de que se fueran a sus casas⁵⁷. Un grupo importante de sublevados intentó penetrar en el monasterio de San Francisco para llevarse al virrey; sin embargo, no emprendieron un verdadero ataque contra el monasterio.

Hacia la noche del 8 de junio, toda la ciudad estaba en manos de los sublevados, a excepción de los monasterios, que desempeñaban el papel de puntos de resistencia de los colonizadores.

Los sublevados tenían todas las posibilidades de terminar con los colonizadores, mas no las aprovecharon. Tarde en la noche, la mayor parte de los sublevados se retiraron para sus casas, quedando solamente algunos grupos en las calles que desarmaban a los españoles que les salían al paso. Los elementos menos estables empezaron a saquear las tiendecillas en la plaza frente al palacio en llamas del virrey.

Algunos contemporáneos de la insurrección opinaban que ésta había sido preparada de antemano por los indios conforme a un plan⁵⁸. En realidad, los indios se habían preparado de ante- mano, por lo visto para el ataque al palacio del virrey. Sin embargo, la marcha de la rebelión, después del asalto al palacio, demuestra que los sublevados carecían de un plan general de acción, de una clara perspectiva y de un centro único de dirección. El pueblo actuó por lo general en forma espontánea con gran heroísmo y desinterés en la lucha contra los odiados colonizadores, mas no supo ni afianzar ni desarrollar sus éxitos.

El 9 de junio por la mañana, el virrey, acompañado de 200 jinetes y de españoles armados, salió del monasterio y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Todos los españoles aptos para manejar armas fueron movilizados, se formaron seis compañías de caballería, dos de negros y dos de mulatos. El virrey promulgó una orden que prohibía a los indios, bajo amenaza de muerte, reunirse en grupos de más de cinco personas⁵⁹. Poco tiempo después, se dio la orden de desterrar a los indios fuera de los límites de la ciudad.

Comenzó la represión contra los participantes de la insurrección. El 11 de junio fueron fusilados tres indios y el cuarto de los condenados a muerte murió en la cárcel a consecuencia de los golpes. Ese mismo día se hizo efectiva la sentencia del tribunal que ordenaba cortar las manos a cuatro de los participantes en la insurrección. Las manos cortadas fueron ensartadas en estacas y expuestas a la vista pública. En los días subsiguientes colgaron a seis indios y 30 fueron castigados a latigazos. Por orden del tribunal fue quemado públicamente un mestizo acusado de haber incendiado el patíbulo el

día de la insurrección. Posteriormente fue ajusticiado el indio José de la Cruz, considerado dirigente de la sublevación.

Cuando en México se desataba la bárbara represión contra los participantes de la sublevación, la influencia de ésta comenzaba a propagarse en las ciudades y pueblos vecinos.

El 14 de junio comenzó la sublevación de los indios en la ciudad de Tlaxcala, ubicada a 100 Km. de México. Los indios, que se habían reunido en Tlaxcala, exigieron al alcalde que les vendiese, a precios accesibles, las reservas de trigo de la región, que aquél comprara. Al recibir una negativa como respuesta, intentaron incendiar la casa del alcalde, más fueron rechazados por los españoles armados. Entonces, los indios quemaron los edificios donde estaban situados los locales administrativos, apoderándose en Tlaxcala y en los pueblos vecinos de los almacenes de trigo que pertenecían al alcalde. Parte del trigo fue puesto en venta a los precios corrientes⁶⁰. La sublevación abarcó además de Tlaxcala tres pueblos vecinos. Un contemporáneo señalaba que en la insurrección habían participado solamente los plebeyos y los indios maseguals (los pobres), mientras que los caciques y los nobles estaban de parte del alcalde⁶¹. Para aplastar la insurrección, el virrey mandó desde México dos compañías de caballería. Durante la sublevación y su represión, los indios perdieron más de cien hombres, 60 fueron ajusticiados después de haber sido aplastada aquella.

A comienzos de julio, llegaron a México noticias de una sublevación de los indios en la ciudad de Guadalajara.

La sublevación de 1692 provocó mayor odio a los españoles entre las amplias capas de la población mexicana, incluso entre los mestizos y criollos. En las paredes de las casas, e incluso en las del palacio del virrey, aparecieron octavillas en las que se ridiculizaba a gachupines y al mismo virrey. El virrey encolerizado, publicó llamamientos en los que prometía recompensar al que señalase a los autores de las "indignantes octavillas". Sin embargo, a la mañana siguiente los llamamientos del virrey habían sido arrancados por personas desconocidas, mientras que las octavillas siguieron apareciendo. Aumentaron también los asesinatos de patronos por los indios y los negros.

A pesar de la derrota, la sublevación de los indios y de los pobres de la ciudad en 1692 abrió una nueva etapa en la lucha libertadora contra el dominio colonial español.

La lucha de las masas populares contra la dominación de los colonizadores españoles durante la segunda mitad del siglo XVII desmiente convincentemente la concepción propagada entre los historiadores burgueses y de tendencia conservadora y liberal (L. Alemán, González Obregón, Bravo Ugarte, Riva Palacio) que pretende asegurar que la población india, que tan virilmente opusiera resistencia a los conquistadores españoles durante el período de la conquista de México, se entregó a merced de los vencedores y soportó con pasividad el yugo de la explotación colonial.

La realidad es que 150 años después de la conquista de México la lucha de la población india contra los colonizadores no había disminuido sino que, por lo contrario, había aumentado tanto en la periferia como en el centro del país.

Allí, donde los indios actuaban en forma enérgica y organizada, lograban expulsar durante un período más o menos largo a los colonizadores.

Durante los años comprendidos entre 1660 y 1661, los indios de una serie de provincias del sur de México expulsaron a los colonizadores españoles logrando durante un año gozar de la independencia, Como resultado de la sublevación del año 1680, los indios de Nuevo México lograron librarse por un lapso de 12 años de la opresión colonial y de la explotación feudal esclavista. El 8 de junio de 1692 los indios insurrectos de México se apoderaron de la capital del virreinato.

Los obstáculos principales que impedían la creación del frente único de las masas oprimidas contra los colonizadores, eran el hecho de que los cabecillas indios se pasaban al lado de los españoles y las agudas cualidades que existían entre determinadas tribus y nacionalidades.

Tanto la mortandad masiva de los indios, debida a la cruel explotación, como las sublevaciones populares, obligaron a los colonizadores a abandonar gradualmente las formas más crueles y bárbaras, aparte de la coerción económica (como la esclavitud, la encomienda y el repartimiento) por otras formas de explotación enmascaradas bajo el reclutamiento voluntario, denominado reclutamiento libre, peonaje, etc.

A pesar de la derrota de algunas sublevaciones, la lucha de los trabajadores indios de México iba quebrantando la opresión colonial española y preparando su hundimiento definitivo, el que tuvo lugar en el primer cuarto del siglo XIX.

¹ L. González Obregón. **Rebeliones indígenas y precursores de la independencia mexicana**. México, 1952, págs. 45, 105, 114, 206.

² **México a través de los siglos**, t. II. México, 1957, pág. 907.

³ A.G. Saravia. **Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya. Las sublevaciones**. México, 1956; R. Ramos, **Historia de la tercera rebelión tarahumara**. Chihuahua, 1950; J. Rubio Mañé. **Introducción al estudio de los virreyes de Nueva España**, t. II, México, 1959.

⁴ **Ensayos acerca de la historia moderna y contemporánea de México**, bajo la redacción de M. S. Alperovich y N. M. Lavrov, Moscú, 1960.

⁵ A. Vázquez de Espinosa. **Descripción la Nueva España en el siglo XVII**. México 1944, pág. 20.

⁶ A. de Robles. **Diario de sucesos notables**, t. 1I. México, 1946, págs. 42, 44, 46, 95, 102, 118-120.

⁷ L. B. Simpson. **The Encomienda in New Spain**. Berkeley-Los Ángeles, 1850, pág. XI.

⁸ **Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España**, t. VI. México, 1845, pág. 117.

⁹ **Ibid.**, t. VIII, págs. 18-21.

¹⁰ **Ibid.**, t. VIII, pág. 76.

¹¹ **Ordenanzas del trabajo, siglo XVI y XVII**, México, 1947, pág. 65.

¹² **Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España**, tomo I, pág. 323.

¹³ **Ibid.**, t. II, págs. 221, 317; t. IX, pág. 263.

¹⁴ **Ibid.**, t. I, pág. 102.

¹⁵ C. Marx. **El Capital**, t. I, Buenos Aires, 1956, pág. 137.

¹⁶ **Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España**, t. VII, pág. 457.

¹⁷ **Ibid.**, t. VIII, pág. 3.

¹⁸ A. G. Saravia. **Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya...**, vol. III, pág. 292.

¹⁹ **Ibid.**, vol. III, pág. 290.

²⁰ A. G. Saravia. **Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya...**, vol. III, pág. 310.

²¹ **Ibid.**, vol. III, pág. 325.

²² **Ibid.**, vol. III, pág. 323.

²³ A. G. **Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya...**, pág. 334.

²⁴ A. Vázquez de Espinosa. **Descripción de la Nueva España en el siglo XVII**, págs. 148, 152, 201.

²⁵ **Documentos inéditos o muy raros para la historia de México**, t. X, México, 1907, pág. 97.

²⁶ **Ibid.**, pág. 104.

²⁷ **Documentos inéditos...**, pág. 139.

²⁸ **Ibid.**, págs. 123, 131.

²⁹ **Documentos inéditos**, pág. 129.

³⁰ **Ibid.**, pág. 131.

³¹ **Documentos inéditos**, pág. 144.

³² **Ibid.**, pág. 81.

³³ **Documentos inéditos...**, pág. 71.

³⁴ **Ibid.**, págs. 88-89.

³⁵ **Ibid.**, pág. 89.

³⁶ **Documentos inéditos...**, pág. 133.

-
- ³⁷ **Documentos inéditos...**, pág. 147.
- ³⁸ **Documentos inéditos...**, pág. 172.
- ³⁹ **Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España**, t. VIII, pág. 47.
- ⁴⁰ **First Expedition of Vargas into New Mexico**. Albuquerque, 1940, págs. 10, 14.
- ⁴¹ **First Expedition of Vargas into New Mexico**. Albuquerque, 1940, págs. 16; R. Mañe J. Introducción al estudio de los virreyes de Nueva España, pág. 154.
- ⁴² **First Expedition...**, págs. 16, 18; R. Mañe J. **Introducción...**, tomo II, pág. 155.
- ⁴³ R. Mañe J. **Introducción...**, t. II, pág. 180.
- ⁴⁴ En el período de la guerra mexico-norteamericana del año 1846, los indios de Nuevo México opusieron decisiva resistencia a las tropas norteamericanas que invadieron el país. Y en el período de la sublevación de los años 1680-1696, el foco principal de la lucha liberadora fue el pueblo de Taos.
- ⁴⁵ R. Ramos. **Historia...**, pág. 55.
- ⁴⁶ **Ibid.**, pág. 53.
- ⁴⁷ **Ibid.**, pág. 24.
- ⁴⁸ **Ibid.**, pág. 38.
- ⁴⁹ Bravo Ugarte. **Historia de México**, t. II, México, 1947, pág. 281.
- ⁵⁰ Vázquez de Espinoza. **Descripción de la Nueva España en el siglo XVII**, pág. 118.
- ⁵¹ A. De Robles. **Diario de sucesos notables**, t. II, pág. 231.
- ⁵² L. González Obregón. **Rebeliones indígenas...**, pág. 413; R. Mañe J. **Introducción...**, tomo II, pág. 54.
- ⁵³ **México a través de los siglos**, t. II, pág. 666.
- ⁵⁴ R. Mañe J. **Introducción...**, t. II, pág. 44.
- ⁵⁵ **Documentos inéditos...**, pág. 241.
- ⁵⁶ L. González de Obregón. **Rebeliones indígenas...**, pág. 414.
- ⁵⁷ **Documentos inéditos...**, pág. 246.
- ⁵⁸ **Documentos inéditos...**, pág. 248.
- ⁵⁹ A. De Robles. **Diario de sucesos notables**, t. II, pág. 258.
- ⁶⁰ R. Mañe J. **Introducción...**, t. II, pág. 58.
- ⁶¹ **Documentos inéditos...**, pág. 350.

El estudio de la historia de los países de América Latina en la URSS (1956-1963)¹

Por M. S. Alperóvich

El estudio de la historia de los países de América Latina es una de las ramas más jóvenes de la ciencia histórica soviética. En la Rusia prerrevolucionaria y durante la primera década posterior a la Revolución Socialista de Octubre no se estudiaba prácticamente la historia de estos países, solamente a finales de los años veinte empezaron los historiadores soviéticos a ocuparse de la historia de la América Latina. Es en este período cuando aparecen los trabajos de S. S. Pestkovski (primer representante diplomático de la URSS en México), de G. M. Jakobson y otros. A principios de los años treinta fue organizado el Buró de América del Sur y del Caribe, adjunto al Departamento de Colonialismo del Instituto de economía y de política mundiales de la Academia de Ciencias de la URSS, que durante varios años fue el centro alrededor del cual se agruparon los soviéticos.

Sin embargo, en esta primera etapa, el estudio de la historia de Latinoamérica se caracterizó por su esquematismo y su tendencia al sociologismo, defectos de los cuales adolecía en aquel tiempo gran parte de la ciencia histórica soviética. Esto se notaba sobre todo en la investigación de la historia del movimiento revolucionario (**Historia de las revoluciones mexicanas** de A. Volski. **El ascenso revolucionario y el movimiento obrero en los países de América Latina en los primeros años de la postguerra, de la lucha nacional libertadora en los países de la América del Sur y el Caribe** de Genrij Ya-n, etc.) En los trabajos de este período encontramos graves errores de hecho y de teoría, resultado de la utilización indiscriminado de las fuentes y literaturas burguesas.

Hacia la mitad de los años treinta se produjo un viraje hacia el estudio concreto de los más importantes acontecimientos y hechos de la historia de los países latinoamericanos y su sucesión cronológica. Sin embargo, hasta principios de los años cuarenta, dicho estudio se limitó a la elaboración de cuestiones aisladas y no tuvo un carácter sistemático. Fue solamente en vísperas de la Guerra Patria (1941-1945) cuando V. M. Miroshevski en los capítulos escritos por él en la **Historia Moderna de los países coloniales y dependientes**, hizo la primera tentativa de síntesis de los problemas cruciales de la historia de la América Latina, desde el punto de vista marxista. A pesar de algunos defectos esenciales, esta primera tentativa de sistematizar la exposición del pasado histórico de los países latinoamericanos tuvo una grande y positiva significación.

En el período de postguerra, el estudio de la historia de América Latina en la Unión Soviética avanzó notablemente. Se amplió el círculo de instituciones de investigación científica y escuelas superiores que, en una u otra forma (estudio de problemas científicos, preparación de especialistas, publicaciones, etc.) se ocupan de asuntos latinoamericanos. El Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de los países de América del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS se convirtió en el centro científico más importante de estudio de la historia de América Latina, y del que a su vez derivó más tarde el Departamento de América Latina. En 1961, dentro del sistema de la Academia de Ciencias, fue creado el Instituto de América Latina. Aumentó sensiblemente el número de investigadores que se ocupan del estudio de los problemas de historia latinoamericana. Empezaron a trabajar en esta dirección no sólo los historiadores de Moscú y Leningrado, sino también los de otras ciudades, a saber: Ivánovo, Voronezh, Cheboxarly, Kalinin, Minsk, Kischiniov, etc.

Aumentó considerablemente el número de las publicaciones de investigaciones históricas. En la primera década de la postguerra se publicaron las

monografías de M. A. Grechev, M. V. Danilévich, L. I. Zúbok, Y. V. Knorózov, V. M. Miroshevski y E. L. Shifrín, el trabajo colectivo **Los indios de América**², y una serie de valiosos artículos científicos que aparecieron en las páginas de diferentes publicaciones periódicas. La revista **Problemas de Historia**, empezó a dedicar más atención a la temática latinoamericana. La revista **Historia Moderna y Contemporánea** que edita desde 1957 el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS publica sistemáticamente materiales sobre la historia de los países latinoamericanos. Hay que señalar también la aparición, en los últimos años, de una serie de trabajos sobre este tema en las memorias científicas de muchos centros de enseñanza superior.

Un importantísimo acontecimiento que dio un empuje muy serio al estudio de la historia de los países latinoamericanos así como a otros ramos de las ciencias históricas fue el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética que hizo un llamado a realizar una profunda y multilateral investigación de los problemas de la historia de la sociedad humana desde el punto de vista del marxismo-leninismo, a la superación de la nociva herencia del culto a la personalidad, a la completa erradicación de los elementos de dogmatismo en el trabajo ideológico.

El estudio de las cuestiones de la lucha nacional libertadora de América Latina se caracterizó en la tribuna del XXI Congreso del Partido como una de las tareas primordiales en el campo de las ciencias sociales³.

Para una justa orientación política y científica de los historiadores latinoamericanistas soviéticos tiene una enorme importancia la Declaración de la Conferencia de Moscú de los Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros (noviembre de 1960). En este histórico documento se señala que "la victoria de la revolución cubana dio un fuerte impulso a la lucha de los pueblos de Latinoamérica por su completa liberación nacional", y también se dice que en

América Latina se abrió un frente de lucha activa contra el imperialismo⁴. Caracterizando la influencia revolucionaria del ejemplo de Cuba en otros países latinoamericanos, N. S. Jruschov, en su informe al XXII Congreso del Partido dijo: "Una pequeña isla perdida en el mar, se ha convertido ahora en un faro de la libertad que alumbra el camino hacia el progreso a todos los pueblos de América Latina⁵. El pleno de junio de 1963 del CC del Partido Comunista de la Unión Soviética dedicó gran atención al movimiento nacional-liberador de los pueblos latinoamericanos.

Las resoluciones de los Congresos XX, XXI y XXII del Partido, de su Comité Central, de la Conferencia de Moscú de Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, determinaron las tareas y la dirección fundamental en el estudio de la historia de América Latina y permitieron alcanzar grandes éxitos en este campo.

Un hecho significativo en el avance de la investigación de la historia de los países latinoamericanos, es el notable aumento de la producción científica. Si en los años 1946-1948 como media anual aparecían tres trabajos, en 1956 fueron publicados ocho, en 1957 doce, en 1958 quince, en 1959 veinte, en 1960 treinta y en 1961 casi cincuenta. La cantidad de publicaciones sobre historia de América Latina durante 8 años (1956-1963) sobre pasa aproximadamente en tres veces la de los años precedentes de régimen soviético, es decir, casi cuatro décadas.

Gran importancia tiene el hecho de que en el período que estudiamos finalmente se terminó con la costumbre (que se prolongó durante muchos años) de ignorar en nuestra literatura científica la historia de América Latina. Los manuales de historia de la Edad Media y de Historia Moderna para las escuelas superiores, editadas en la Unión Soviética antes de la Guerra Patria y en la primera década de postguerra, por regla general no tratan para nada la historia de los países latinoamericanos⁶. La única excepción en este campo es el tomo I de la **Historia Moderna de los países coloniales y dependientes** en la cual se intentó hacer una

exposición sistemática de los principales problemas de la historia de América Latina desde el punto de vista marxista⁷. Por lo que respecta a los manuales de Historia Universal para los centros de enseñanza superior que fueron editados en la segunda mitad de los años cincuenta y principio de los sesenta, casi todos contienen capítulos especiales dedicados al desarrollo histórico de los países latinoamericanos en el período correspondiente. Tales capítulos se encuentran en los tomos I, II y III de los manuales de la Historia Moderna para las universidades e instituciones pedagógicas, y también en una serie de manuales de Historia Contemporánea, historia de las relaciones internacionales y otras publicaciones⁸. Por primera vez en la Unión Soviética, se han preparado y publicado, manuales especiales de estudio para las universidades del Estado sobre historia contemporánea de América Latina⁹. En las páginas de la monumental **Historia Universal**¹⁰ se han reflejado los momentos más importantes de la historia de América Latina en épocas diferentes.

En 1956-1963 los historiadores latinoamericanistas escribieron una serie de trabajos que abarcan un amplio círculo de cuestiones.

En la obra fundamental **Los indios de América**¹¹ al mismo tiempo que se caracteriza la composición étnica, las costumbres y la cultura de la población actual de Latino-América, se muestra el desarrollo de las civilizaciones indias antes de la conquista europea, se ilustran las particularidades de la colonización española y de la colonización portuguesa, y se analiza el proceso de formación de las naciones latinoamericanas. Gran atención se dedicó a los trabajos de generalización sobre la historia de los más grandes países de América Latina. En 1960 vio la luz el libro **Ensayos de historia moderna y contemporánea de México**¹² que abarca la historia del país desde fines del siglo XVIII hasta el final de la segunda guerra mundial, con un corto resumen del período anterior. En 1961 fue publicado el libro **Ensayos de historia de la Argentina**¹³ en el cual la exposición de los hechos llega hasta la caída

de Perón (1955), En 1962 fue editado **Ensayos de historia de Brasil**¹⁴ (estudios cronológicos desde principios del siglo XVI hasta principios de los años sesenta del siglo XX). Los ensayos sobre la historia de México, la Argentina y el Brasil son trabajos colectivos preparados por el Departamento de Historia de América del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, con la participación de una serie de especialistas que no son colaboradores del Departamento. Dichos trabajos contienen una exposición sistematizada de los más importantes acontecimientos de la historia de estos países, y se presta una atención especial al movimiento nacional-libertador, a la lucha de las fuerzas progresistas contra la reacción y el imperialismo extranjero. Vale la pena hacer notar que los citados trabajos son la primera tentativa (no sólo en la historiografía soviética sino en la historiografía marxista en general) de estudiar los problemas fundamentales de la historia de los más grandes países latinoamericanos.

En 1961 el Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias de la URSS publicó un voluminoso trabajo colectivo consistente en una serie de artículos sobre la historia, etnografía, cultura y problemas contemporáneos de Cuba¹⁵. Cerca de la mitad del libro está dedicado a temas históricos. Un carácter análogo tiene dos (editados por el mismo Instituto) sobre diferentes problemas del Ecuador y el Brasil (este último preparado conjuntamente por el Instituto de Etnografía y el Instituto de América Latina)¹⁶.

Entre las investigaciones de los hombres de ciencia soviéticos, dedicados al estudio de las civilizaciones precolombinas, llaman la atención los trabajos sobre el descifrado de la escritura de los mayas, Un valioso aporte a la solución de este extraordinario y complejo problema (sobre el cual trabajaron sin éxito durante todo el siglo pasado muchos sabios extranjeros) llevó a cabo el talentoso investigador leningradense Y. V. Knorózov. El trabajo fundamental¹⁷ publicado por él en 1963 es un balance y síntesis de prolongadas investigaciones científicas, cuyos resultados

previos fueron publicados por el autor en el transcurso de los años cincuenta, La justeza de las conclusiones de Y. V. Knorósov fue corroborada en gran medida por los datos obtenidos en el Instituto de Matemáticas, Sección siberiana de la Academia de Ciencias de la URSS, donde E. V. Evréinov, Y.G. Kósarev y V. A. Ustínov realizaron en 1960 la experiencia de descifrar la escritura maya con ayuda de una máquina calculadora electrónica¹⁸, Los investigadores soviéticos se interesan también en el estudio de algunas otras culturas indias antiguas de América¹⁹.

Durante la última década, el americanista de la ciudad de Alma Atá D. J. Tsukérnik publicó una serie de trabajos que tenían como objetivo revisar las premisas y puntos de vista generalmente aceptados en la literatura científica sobre los grandes descubrimientos geográficos²⁰.

De acuerdo con la bien conocida concepción marxista, el descubrimiento, conquista y colonización de América estuvieron condicionados por el desarrollo de la industria y el comercio, la formación de las relaciones capitalistas en el seno de la sociedad feudal y la aparición de la burguesía, que provocaron a fines del siglo XV y principios del XVI, en los países de Europa Occidental, la tendencia a buscar caminos comerciales y a dominar los países del Asia Occidental y del Sur, ricos en metales preciosos, especias y otras riquezas. A. J. Tsukérnik afirma que las expediciones de Colón se debieron ante todo al deseo de apoderarse de esclavos, cuya demanda, según sus palabras, había aumentado grandemente en aquella época. Además Colón, según afirma el autor, sabía perfectamente que la expedición encabezada por él no había llegado a Asia sino a un continente desconocido de cuya existencia parece que él tenía indicios aún antes de su primer viaje, e intencionadamente actuó con falsedad.

Como consecuencia de la ruidosa propaganda de prensa y radio que se hizo en torno de ella, la hipótesis de Tsukérnik tuvo una considerable resonancia en

España, Portugal, Inglaterra, los Estados Unidos y América Latina, Sin embargo esa hipótesis es muy discutible y fue duramente criticada en la literatura histórico-geográfica soviética. Se pronunciaron decididamente contra ella considerándola inconsistente e infundada, M. A. Kogan y V. L. Afanásiev²¹, los que plantearon que dicha teoría no era en absoluto original y que en mucho se acercaba a la concepción de la llamada "escuela escéptica" en la americanista burguesa.

En los últimos años los hombres de ciencia soviéticos empezaron a interesarse por varios problemas sociales, económicos y otros del período colonial de la historia de América Latina a los cuales no se les prestaba atención anteriormente. En los trabajos dedicados a estos temas han sido reflejadas particularidades de la explotación de la población aborígen en las colonias españolas, la situación de las posesiones sudamericanas de España y Portugal en el siglo XVIII y principios del XIX, la catastrófica disminución de la población indígena mexicana como resultado de su bárbaro aniquilamiento por los colonizadores y el inhumano trabajo en los campos y las minas, el desarrollo del sistema esclavista en las plantaciones del Brasil y la heroica lucha de los negros esclavos contra sus sojuzgador en el siglo XVII²².

El estudio de la historia del movimiento democrático y libertador en la América Latina, de la lucha revolucionaria de sus pueblos por su libertad independencia nacional, contra el colonialismo, el imperialismo extranjero las fuerzas de la reacción feudal, constituye una de las principales tareas de la historiografía soviética latinoamericanista. La actualidad de esta tarea, su significación política y científica, se de terminan por el hecho de que la lucha antiimperialista de los pueblos de América Latina se convierte cada vez en un factor importante en el movimiento **nacional-libertador** mundial. "Las fuerzas del movimiento de liberación nacional, —señala N. S. Jruschov— se multiplican enormemente en relación con el hecho de que en los últimos años se abrió un

frente más de lucha activa contra el imperialismo americano. Este frente es América Latina. Todavía no hace mucho tiempo un enorme continente se caracterizaba con un solo término: América. Y este término reflejaba en gran parte su contenido. La América Latina se hallaba atada de manos y pies por el imperialismo yanqui. Ahora, los pueblos latinoamericanos con su lucha están demostrando que el continente americano no es patrimonio de los Estados Unidos de América. Latinoamérica se parece a un volcán en erupción. La lava de la lucha revolucionaria ha barrido con los regímenes dictatoriales en una serie de países Latinoamericanos. En todo el mundo ha sido oído el trueno de la revolución cubana. La revolución cubana no solamente resiste los ataques del imperialismo, sino que se extiende y profundiza, abanderando una nueva y más alta etapa de la lucha nacional-libertadora, cuando al poder llega el pueblo, cuando el mismo pueblo se hace dueño de sus riquezas"²³

Estudiando un amplio círculo de cuestiones, relacionadas con el desarrollo del movimiento libertador de los pueblos de América Latina, los historiadores soviéticos muestran en particular un profundo interés por los problemas de las guerras de independencia del primer cuarto del siglo XIX (1810-1826). El gran interés por el tema citado se explica por el hecho de que hasta mediados de los años cincuenta estas cuestiones casi no eran objeto de una investigación científica en la URSS²⁴, y se las trató muy débilmente en la literatura marxista. Y sin embargo ellas tienen una enorme significación para la justa comprensión de problemas tan importantes como la formación de las naciones y de los Estados nacionales en América Latina, el carácter económico- social y político del desarrollo de los países latinoamericanos, su dependencia del imperialismo extranjero etc. La actualidad del estudio de las guerras de independencia es aún mayor por el hecho de que en 1960 los pueblos de América Latina y de otros países celebraron una fecha memorable: el 150 aniversario de este importantísimo acontecimiento histórico.

Todo ello hace indispensable una profunda investigación marxista de una serie de cuestiones complejas, relacionadas con las premisas, carácter, fuerzas motrices, marcha, significado histórico y consecuencias del movimiento de independencia latinoamericano de fines del siglo XVII y principios del XIX y una lucha decidida contra la falsificación de los historiadores reaccionarios burgueses, que tratan de tergiversar su esencia.

Sin embargo hasta el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, la historiografía soviética no estuvo en grado de realizar un detallado estudio científico de los más importantes problemas de las guerras de independencia de Latinoamérica, debido a las tesis erróneas y a las apreciaciones sectarias que durante muchos años dominaron nuestra literatura histórica. A pesar de que en diferentes publicaciones soviéticas se reconocía el significado progresista de las luchas de independencia de los pueblos latinoamericanos contra los colonialistas, durante mucho tiempo prevaleció la tendencia a considerar tales luchas no como un amplio movimiento general nacional, sino exclusivamente como la causa de un puñado de "separatistas criollos" que no gozaban del apoyo de las masas. Interpretando dogmáticamente una caracterización negativa de la personalidad y actuación del insigne jefe de las guerras de independencia de América del Sur, Simón Bolívar, que en su tiempo hiciera Carlos Marx (que, como es sabido, disponía sólo de fuentes muy tendenciosas y no contaba con muchos datos importantes,²⁵ algunos autores soviéticos no sólo reprodujeron esa apreciación unilateral sino que con frecuencia la hacían extensiva a otras personalidades del movimiento libertador e inclusive al movimiento mismo.

Las resoluciones históricas del XX Congreso del Partido crearon un clima favorable para un profundo y objetivo análisis de los problemas fundamentales de las guerras de independencia en América Latina y una revisión crítica de algunas ideas incorrectas y evaluaciones injustas que se dieron en el pasado. Es verdad que

los historiadores soviéticos hasta ahora no han producido trabajos fundamentales sobre esta cuestión. Ellos deben aparecer en un futuro próximo, cuando sea completada la serie de monografías prevista en el Plan septenal. Sin embargo en los últimos años se han alcanzado ciertos éxitos en este campo, que han sido materializados en la publicación de una serie de no muy grandes pero sí importantes trabajos de investigación.

Hay que señalar un artículo colectivo de cuatro autores que fue publicado a fines de 1956 en la revista **Problemas de historia**²⁶, En dicho artículo se planteó una serie de cuestiones de principio relacionadas con la evaluación del carácter, las fuerzas motrices y el significado histórico de las guerras de independencia. Los autores criticaron algunos puntos de vista que habían sido expresados anteriormente en nuestra literatura histórica y en particular se pronunciaron contra la incorrecta apreciación de Simón Bolívar y otros personajes del movimiento libertador. En 1958 vio la luz el folleto de I. R. Lavretzki sobre Bolívar, y en 1960, en la serie **Vida de hombres ilustres** escrita por el mismo autor, una biografía más detallada de este patriota sudamericano.²⁷ En los citados trabajos, el autor trató de dar una caracterización objetiva de la actuación y papel de Bolívar, tergiversados en la historiografía burguesa, y en un pasado no lejano reflejado erróneamente en nuestra literatura. En la revista **Historia Moderna y Contemporánea**, en las **Memorias científicas sobre Historia Moderna y Contemporánea** del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, en el libro "América Latina en el pasado y en el presente" y en otras publicaciones, vieron la luz una serie de artículos en los que se trataban diferentes problemas del movimiento libertador de fines del siglo XVIII y principios del XIX y sus premisas históricas (ya sea en toda América Latina en conjunto como en países por separado) y también aspectos internacionales de las guerras de independencia.

Algunos de estos trabajos contienen un panorama general del movimiento libertador latinoamericano en el primer cuarto del siglo XIX, otros plantean diferentes cuestiones de principio²⁸ o tratan de investigaciones dedicadas a los acontecimientos revolucionarios en diferentes regiones del continente: el movimiento de infidencia en el Brasil (años ochenta del siglo XVIII), la revolución de los esclavos en Haití a fines del siglo XVIII y principios del XIX. La guerra de independencia en La Plata, y la lucha contra el yugo colonial en México²⁹. En todos estos trabajos se examinan una serie de problemas, muchos de los cuales exigen un estudio más detallado y profundo, y algunas tesis asumen un carácter polémico. Siendo imposible en el marco del presente artículo, detenernos por separado en cada uno de los trabajos citados más arriba, hay sin embargo que subrayar un rasgo importante, característico a todos ellos. Nos referimos al hecho de que estudiando la historia de las guerras de independencia de la América española, la mayoría de los investigadores soviéticos se muestran inclinados a considerar que en esencia ellas tenían carácter de revoluciones burguesas.

Tienen un gran valor las investigaciones de los autores soviéticos sobre la actividad de los círculos gobernantes y de otras capas sociales de Rusia en relación con la lucha de independencia de las colonias españolas y portuguesas, investigaciones que por primera vez se han llevado a cabo a base de documentos de archivo, de la prensa rusa, de memorias y notas de viaje de los contemporáneos.³⁰ La publicación de documentos del Archivo de política exterior de Rusia y del Archivo central estatal histórico de Leningrado³¹, proporcionan nuevos datos sobre esta cuestión. Un cuidadoso estudio de los materiales que se poseen lleva a la conclusión de que, en contra de la versión tradicional de los historiadores burgueses, según la cual, la actitud de Rusia hacia las colonias que se rebelaban se hallaba determinada sólo por su fidelidad hacia la Santa Alianza, en realidad la política del gobierno zarista estaba condicionada también por otros

factores. Por lo que respecta a la parte progresista de la sociedad rusa, sus simpatías estaban de parte de los patriotas latinoamericanos.

Es muy interesante la tesis expuesta por la historiografía soviética (y apoyada en citas de numerosas fuentes) acerca de la inexistencia al principio de los años veinte del siglo XIX, de una real amenaza de intervención armada de La Santa Alianza en América Latina³².

Se consagró al 150 aniversario del inicio de la guerra de liberación de las colonias españolas de América una asamblea especial ampliada del Consejo Académico del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, en la cual se rindió un informe sobre los problemas fundamentales de las guerras de independencia (1810-1826)³³. Con motivo del 150 aniversario de la guerra de independencia de los pueblos de América Latina, se realizó en el Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de la URSS una sesión científica consagrada a ese acontecimiento. Los materiales de esta sesión han sido publicados en libro aparte.³⁴

En una serie de trabajos se estudian el desarrollo del movimiento nacional-liberador, antifeudal y antiimperialista, así como el movimiento obrero en los países de América Latina después de la guerra de independencia. El libro de A. B. Bélentki está consagrado a la heroica lucha de los patriotas de México dirigidos por el héroe nacional Benito Juárez contra los intervencionistas franceses.³⁵ La lucha del pueblo cubano por su liberación del yugo de los colonistas españoles en el último tercio del siglo XIX es tratada en la monografía de A. M. Zórina³⁶.

En diversos artículos publicados han sido reflejadas la resistencia del pueblo mexicano a la agresión de los EE.UU. a mediados del siglo XIX y los momentos cruciales de la revolución burguesa y de la guerra civil de 1854-1860 en México³⁷; en base a materiales de archivo han sido estudiados algunos problemas de la etapa inicial del movimiento obrero y la propagación del marxismo en América Latina

(en particular, por primera vez se ha puesto de relieve la actividad de las secciones latinoamericanas de la I Internacional), se han investigado los procesos económicos-sociales que tuvieron lugar en el Brasil a mediados del siglo pasado y los participantes del desarrollo del movimiento obrero brasileño a fines del siglo XIX y principios del XX,³⁸ se ha descrito la organización social de los indios de la parte norte de la América del Sur durante este período³⁹, se han analizado los puntos de vista del jefe e ideólogo del movimiento libertador cubano de los años ochenta-noventa, José Martí, y se han dado a conocer muy interesantes datos acerca de la participación directa de representantes de los círculos progresistas de la sociedad rusa en la lucha armada de los patriotas cubanos contra los colonialistas españoles⁴⁰.

Se ha continuado el estudio de diferentes aspectos de la revolución mexicana (1910-1917) que desde hace mucho tiempo han llamado la atención de los historiadores soviéticos. En los trabajos sobre este tema de M. S. Alperovich, B. T. Rudenkoy M. Lavróv, se analizan las premisas, causas, tareas históricas, curso, fuerzas motrices y significado de la revolución mexicana, a la cual los autores caracterizan como democrático-burguesa. En su ensayo de biografía novelada I. Lavretski nos pinta una brillante figura del glorioso jefe del campesinado del norte de México Francisco Villa⁴¹.

Hay que señalar también la publicación en la URSS de investigaciones originales sobre la historia moderna de los países de América Latina, escritas por historiadores latinoamericanos progresistas, y en las que se estudian las premisas ideológicas de la guerra de independencia y sus particularidades en el Río de la Plata, cuestiones de historia económica de México en la primera mitad del siglo XIX, la lucha revolucionaria del campesino brasileño en los años noventa del siglo pasado⁴².

Existen también una serie de trabajos dedicados al período de historia contemporánea, sobre todo a los problemas del movimiento obrero y campesino, a la lucha nacional-liberadora de los pueblos de América Latina.

El estudio de los mismos tiene una enorme significación política y científica. "Con lo grande que fue la epopeya de la independencia de América, con lo heroica que fue aquella lucha —se dice en la Segunda Declaración de La Habana—, a la generación de latinoamericanos de hoy les ha tocado una epopeya mayor y más decisiva todavía para la Humanidad. Porque aquella lucha fue para librarse del poder colonial español, de una España decadente, invadida por los ejércitos de Napoleón. Hoy le toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo. Frente a la fuerza más importante del sistema imperialista mundial y para prestarle a la Humanidad un servicio todavía más grande del que le prestaron nuestros antepasados".

La elaboración científica de los problemas de la historia contemporánea se lleva a cabo en el marco de una aguda lucha ideológica con la historiografía reaccionaria burguesa, con las concepciones nacional-reformistas y revisionistas, y también examinando con espíritu crítico una serie de concepciones erróneas que se encontraban difundidas en nuestra literatura histórica en el ambiente del culto a la personalidad de la época de Stalin.

Tuvo una gran significación para la profunda investigación marxista de las cuestiones citadas arriba, la crítica que se hizo desde la tribuna del XX Congreso del Partido, sobre la apreciación sectaria del papel de la burguesía nacional de los países coloniales y dependientes, que se dieron en las tesis del VI Congreso de la Comintern, donde, directamente se afirmaba que la burguesía nacional de Latinoamérica "se encuentra en el campo de la contrarrevolución". Para un análisis objetivo y científico de los procesos que tuvieron lugar en los países latinoamericanos, fue preciso también vencer la influencia de las apreciaciones

subjetivas y erróneas de Stalin, el cual calificó arbitrariamente a estos países como "el núcleo agresivo de la ONU", atribuyéndoles el deseo ferviente de desencadenar una nueva guerra (febrero de 1951), y en su discurso en el XIX Congreso del Partido caracterizó a toda la burguesía (y por lo tanto a la burguesía nacional de los países coloniales y dependientes, desde el momento que no hizo ninguna reserva) como el principal enemigo del movimiento liberador, incapaz de contribuir a la lucha por la independencia nacional y la soberanía. Todo esto desorientaba a los historiadores, les impedía un análisis completo del complejo desarrollo económico-social y político de los diferentes Estados latinoamericanos, apreciar correctamente el carácter, particularidades y perspectivas del movimiento nacional-liberador. En tales condiciones, algunos autores se mostraban inclinados a subestimar el papel de la burguesía nacional y el grado de su participación en el movimiento antiimperialista: veían el régimen de Perón en la Argentina y de Vargas en el Brasil y otros, como fascistas, subestimando y exagerando al mismo tiempo las fuerzas y posibilidades reales de la clase obrera, de los partidos comunistas, del movimiento de los partidarios de la paz y de otras organizaciones progresistas de los países latinoamericanos.

Los temas de los trabajos sobre historia contemporánea son muy variados. Carácter de resumen tiene el folleto de N. M. Lavróv que trata el desarrollo del movimiento popular de masas en Latinoamérica en el periodo entre las dos guerras mundiales⁴³. Se le acerca por el tema y la cronología el folleto de V. I. Ermoláiev acerca del movimiento obrero y nacional-liberador latinoamericano después de la segunda guerra mundial⁴⁴. M. V. Danilévich investiga el papel del proletariado latinoamericano en la lucha libertadora de los años cuarenta-cincuenta⁴⁵. En la recopilación de artículos preparada por la Academia de Ciencias Sociales adjuntas al C.C. del PCUS se da a conocer el desarrollo del movimiento revolucionario en Argentina, Chile y Cuba en los años cincuenta⁴⁶. El libro de A. N.

Glinkin da una detallada exposición y síntesis de gran cantidad de material sobre la historia del Brasil en los años de la segunda guerra mundial y en el período postbélico y la monografía de A. M. Sivolóbov contiene un análisis de las relaciones agrarias en este país en base a los materiales de los años cincuenta del presente siglo⁴⁷. En un folleto, E. L. Nitoburg da cuenta del desarrollo del movimiento libertador en Venezuela y del derrocamiento de la dictadura terrorista de Pérez Jiménez (1958)⁴⁸.

En el quinto aniversario de la victoria de la revolución popular en Cuba, los Institutos de América Latina y de Etnografía de la Academia de Ciencias de la URSS prepararon y publicaron un trabajo colectivo⁴⁹, en el cual se estudian los diferentes aspectos de este importantísimo acontecimiento y su influencia en la lucha de liberación de los países latinoamericanos. A la Revolución Cubana están también consagrados los folletos de V. V. Andriánov, S. A. Gonionski, E. L. Nitoburg, K. M. Obiden⁵⁰ y otros autores.

En los artículos publicados se muestra la actitud de la opinión progresista latinoamericana hacia la revolución socialista de Octubre en Rusia, se da un resumen general del movimiento revolucionario en los países latinoamericanos más grandes después de la primera guerra mundial, se investiga la cuestión de la creación del Partido Comunista de la Argentina y su actividad durante los años veinte-treinta y también en la segunda mitad de los años cincuenta, se analizan los puntos de vista del prominente investigador del movimiento revolucionario peruano y latinoamericano José Carlos Mariátegui⁵¹ se estudia la esencia y marcha de la lucha de clases en el Brasil a finales de los años veinte y primera mitad de los treinta, la resistencia de los patriotas nicaragüenses a la agresión imperialista de los E.U. los problemas del desarrollo de la economía Argentina en los años treinta, la nacionalización de las propiedades de las compañías petroleras extranjeras en México (1938), la actuación de las fuerzas progresistas" cubanas en los años de la

segunda guerra mundial y la lucha del proletariado cubano en defensa de la Confederación de Trabajadores de Cuba (1944-1948), el movimiento de liberación de Chile después de la segunda guerra mundial la guerra civil de 1948 en Costa Rica, la situación del campesinado argentino en el periodo de postguerra: han sido seguidos del destino histórico de los indios mexicanos y el proceso de formación de la población contemporánea de los países de las Indias Occidentales, caracterizada la lucha de la clase obrera y del campesinado de México y Colombia al final de los años cincuenta y principio de los sesenta, descubiertas las raíces sociales del nacional-reformismo latinoamericano y sus relaciones con el imperialismo⁵².

Se ha consagrado una serie de artículos al estudio de las premisas históricas, económicas, sociales internacionales y otros problemas de la revolución socialista cubana.⁵³

Un valioso aporte al estudio de la historia contemporánea de los países latinoamericanos ha sido la publicación en la Unión Soviética de varios interesantes trabajos sobre la influencia de la Revolución de Octubre en el desarrollo del movimiento revolucionario de América Latina escritos por los dirigentes de los partidos comunistas R. Ghioldi (Argentina) y R. Arismendi (Uruguay), por los prominentes historiadores marxistas F. R. Pintos (Uruguay). Y E. Ramírez de Necochea (Chile) y J. Le Riverend (Cuba)⁵⁴. Gran interés representan los trabajos científicos de uno de los dirigentes de la revolución cubana, presidente de la Academia de Ciencias de Cuba y prominente hombre de ciencia, A. Núñez Jiménez, sobre historia de la revolución cubana, la reforma agraria en el país y sobre otras cuestiones⁵⁵ preparadas por el autor especialmente para las ediciones soviéticas. Gran importancia tiene la publicación de los artículos de R. Arismendi sobre los problemas de la revolución latinoamericana⁵⁶.

La historiografía soviética ha dedicado grandes esfuerzos a desenmascarar la política agresiva de los EE.UU. Y las potencias europeas hacia América Latina. El libro de N. V. Koroliov contiene un abundante material sobre las contradicciones entre las potencias imperialistas y su lucha por el control de América Latina⁵⁷. L. Y. Sliozkin en su monografía⁵⁸ demuestra la esencia imperialista de la política de EE. UU. En América del Sur en el período de la crisis económica mundial de 1929-1933. En una amplia investigación, S. A. Gonionski⁵⁹ examina las relaciones mutuas de los Estados Unidos con los países latinoamericanos durante y después de la segunda guerra mundial. El autor muestra los métodos con ayuda de los cuales los imperialistas norteamericanos sometieron a su control los países latinoamericanos⁶⁰. Al mismo tiempo dibuja el cuadro del aumento en estos países del movimiento antimperialista en defensa de la independencia nacional. El tema del libro de Z. I. Romanova es la expansión económica del imperialismo norteamericano en los países latinoamericanos⁶¹. Los trabajos de M.V. Antiásov y B. L. Gvozdariov⁶² contienen un abundante material que testimonia sobre la utilización que los imperialistas americanos hacen de la idea del panamericanismo y de todo el sistema panamericano como un arma para la conservación y fortalecimiento de sus posiciones en los países de América Latina. Como se señala en la Declaración de la Conferencia de Moscú de Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, los imperialistas americanos utilizan tales formas de alianzas regionales como la Organización de Estados Americanos para conservar su control económico y político y arrastrar a los países latinoamericanos en la realización de sus intenciones agresivas.⁶³

En nuestra literatura histórica ha sido también caracterizada la tan pregonada "política del garrote", practicada por los EE. UU., a principios del siglo XX; ha sido descubierta la esencia imperialista de la llamada "política del buen vecino" en relación con los países latinoamericanos promulgada en los años treinta

por los círculos gobernantes de los EE. UU.; se ha analizado la política económica del gobierno de F.D. Roosevelt en la América Latina durante el período de la segunda guerra mundial; se han desenmascarado los objetivos expansionistas de la "Alianza para el Progreso"⁶⁴.

Se ha analizado en una serie de trabajos, la política agresiva de los EE. UU. Inglaterra y Francia en diferentes países de América Latina. Así, N. Y. Potókava, cita varios hechos que atestiguan cómo los círculos gobernantes de los EE. UU. Prepararon y desencadenaron a mediados del siglo XIX una guerra de usurpación contra México, que terminó con la anexión de más de la mitad del entonces territorio de la República Mexicana⁶⁵. Las causas, curso y fracaso de la intervención armada anglo-franco-española a México, y también el carácter imperialista de la política de los EE. UU. hacia este país durante la revolución de 1910-1917 son mostradas en el libro ya antes citado de A. B. Bélenki y en la monografía de M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko.

L. Y. Sliozkin y L. C. Vladímirov, investigaron la política agresiva del imperialismo americano en relación a Cuba en el período de lucha del pueblo cubano por su independencia en 1895-1898⁶⁶. En los trabajos de E. L. Nitoburg ha sido mostrada la agresión de los EE. UU. Contra Cuba en la primera mitad de los años treinta, y B. M. Marín analiza la actuación anticubana del gobierno de Washington durante los dos primeros años después de la victoria de la revolución popular en Cuba.⁶⁷

S. A. Gonionski ha descrito el papel de los imperialistas americanos en la "separación" de Panamá de Colombia (1903) que fue acompañada por la usurpación de la zona del Canal de Panamá por los EE. UU.⁶⁸ Objeto de las investigaciones de N. R. Matvéeva ha sido la expansión inglesa en la cuenca del Río de la Plata a mediados del siglo pasado, ilustrada con el ejemplo del Paraguay.⁶⁹

La ampliación del interés científico e los historiadores soviéticos latinoamericanistas lo muestra la atención que empezaron a dedicar en los últimos años a la cuestión de la influencia de la iglesia Católica en el desarrollo histórico de los países latinoamericanos. En el libro de J. R Lavretzki se muestra el papel de la iglesia y la actuación del clero en América Latina, empezando por la conquista y hasta mediados del siglo XX⁷⁰. Tiene gran importancia el desenmascaramiento de la posición enemiga de la iglesia y de las altas jerarquías del clero encabezados por el Papa hacia el movimiento revolucionario en el primer cuarto del siglo XIX en el continente americano caracterizar la presencia reaccionaria de la lucha armada e las fuerzas clericales de México contra el Estado en la segunda mitad de los años veinte del presente siglo, escribir el papel de la iglesia en las diferentes etapas de la historia del Ecuador.⁷¹

Como indudable adelanto hay que señalar la aparición en la literatura soviética de las primeras investigaciones sobre historia de la cultura y del pensamiento social. Ellas se refieren ya sea a toda Latinoamérica ya sea a algunos países por separado (Brasil, Perú, México, Cuba). En relación con esto, hay que citar la valiosa monografía de E. V. Kinzhálov sobre el arte de los pueblos antiguos de América Central y del Sur, que contiene un riquísimo material para el estudio de las civilizaciones maya, azteca e inca, así como un trabajo colectivo sobre el aporte de la población india de América al tesoro de la cultura universal⁷². Se ha dedicado a diferentes problemas de la historia y de la filosofía de las literaturas latinoamericanas una serie de artículos en nuestras publicaciones periódicas.⁷³

Es completamente comprensible el aumento de interés de los investigadores soviéticos hacia las relaciones históricas, económicas, culturales, científicas etc., entre nuestro país y América Latina. A este tema han sido consagrados varios trabajos⁷⁴, cuyos autores, utilizando ampliamente materiales de archivo y de

prensa, llevaron al campo científico muchos hechos nuevos que antes eran desconocidos o poco conocidos.

Al éxito del estudio de la historia de Latinoamérica en la URSS en el período examinando, ha contribuido sin duda alguna la publicación de una serie de artículos de carácter historiográfico, ya que anteriormente los problemas de historiografía latinoamericanas no eran reflejados por lo general en nuestra literatura científica. En los trabajos publicados se enfocan algunas cuestiones de la historia de México y Venezuela, las relaciones entre los EE. UU. y los países latinoamericanos, los problemas del movimiento obrero y comunista en América Latina, la apreciación de la revolución cubana en la literatura histórica de los Estados Unidos y los países latinoamericanos.⁷⁵

Es muy actual, tanto desde el punto, de vista científico como políticamente, el artículo de los historiadores de la República Democrática Alemana Walter Markowy y Manfredo Kossok, que desenmascara a los apologistas contemporáneos de los conquistadores y colonizadores españoles de América⁷⁶.

La prensa soviética publica periódicamente resúmenes críticos de las publicaciones extranjeras que ayudan a estudiar la historia de América Latina. Un carácter decididamente polémico tiene el estudio de los materiales que publica la revista burguesa norteamericana "The Hispanic American Historical Review" En relación con el décimo aniversario de la revista histórica central de México **Historia Mexicana**, en 1962 se publicó un resumen de su contenido en los años 1951-1961. Gran interés presenta para los lectores soviéticos el análisis crítico del contenido del órgano del Partido Unido de la Revolución Socialista Cubana, la revista **Cuba Socialista**.⁷⁷

En los últimos tiempos, en las páginas de las publicaciones sobre instituciones científicas, órganos de prensa, sistemas de preparación de cuadros, organizaciones en el trabajo de investigación en el campo de la historia y de las

ciencias conectadas con ella de algunos países latinoamericanos (Cuba, México, Venezuela)⁷⁸. También se publicaron a principios de los años sesenta varios artículos sobre el estado del estudio en la URSS de la historia y otros problemas de América Latina y sobre las tareas principales que tienen ante sí los historiadores latinoamericanistas soviéticos.⁷⁹

El estudio de la historia de los países latinoamericanos en la Unión Soviética es facilitado grandemente por la publicación de algunos documentos y otros materiales (en parte originales, pero sobre todo traducciones) y también por traducción de libros extranjeros sobre diferentes cuestiones, relacionadas con el pasado histórico de América Latina.

Importante fuente para el estudio de la Revolución Socialista Cubana y otros problemas de la historia de Cuba, ha ido la publicación de documentos encontrados en los fondos del Archivo Central Estatal Histórico militar, del Archivo Central Estatal de la Marina de Guerra y en el Archivo Central estatal de la Revolución de Octubre⁸⁰ así como también de materiales referentes a la amistad soviético-cubana y el viaje de Fidel Castro a la Unión Soviética en la primavera de 1963⁸¹, los documentos oficiales del gobierno revolucionario de Cuba, los discursos e intervenciones del jefe de la revolución cubana Fidel Castro, los trabajos de Ernesto Guevara y Blas Roca, las obras de José Martí⁸². Representan un gran aporte la publicación de la traducción rusa de los folletos del historiador cubano Emilio Roig de Leuchsenring, del conocido publicista mexicano Mario Gill del escritor argentino Alfredo Varela, de los autores progresistas norteamericanos como el periodista Joseph North y del eminente historiador Phillip S. Foner⁸³

Contienen un abundante material sobre la historia de la Argentina, el Brasil, Chile, México, Uruguay, Perú, Bolivia y otros estados de América Latina los textos (publicados en la URSS) de las constituciones y programas de los partidos comunistas de esos países,⁸⁴ y también las traducciones de los trabajos de los

historiadores, publicistas y dirigentes del movimiento obrero, entre ellos los libros de Alfred B. Thomas, Antonio Nuñez Jiménez, Genaro Checo, Victorio Codovilla, Rubens Iscaro, Rocha Pombo, Rui Faco, Elías Laferte, Hernan Ramírez, Necochea, Mario Gill, Francisco R. Pintos, Guillermo Toriello, Jaime Díaz Rossotto, José Carlos Mariátegui, Raúl Ruiz González.⁸⁵

Hay que señalar el aumento en los últimos años de los contactos con investigadores extranjeros especialistas en historia de América Latina. Es significativo en cuanto a ello la aparición en las publicaciones periódicas soviéticas de trabajos originales sobre temas latinoamericanos, escritos por historiadores progresistas de la Argentina, el Brasil, Cuba, Uruguay, Chile y de la República Democrática Alemana. En 1960 vio la luz el libro América Latina en el pasado y en el presente en el cual, al lado de artículos de autores soviéticos hay otros de hombres de ciencia argentinos, cubanos, mexicanos, salvadoreños, uruguayos. Los trabajos colectivos Cuba y Brasil, citados antes fueron preparados con la activa participación de autores cubanos y brasileños. Gran importancia tienen los viajes de historiadores soviéticos a los países latinoamericanos sus encuentros y contactos personales, el intercambio de información científica y literaria con los historiadores latinoamericanos.

Al mismo tiempo los latinoamericanistas soviéticos se pronuncian decididamente criticándola desde las posiciones marxistas contra la ideología burguesa y la historiografía reaccionarias. Como ejemplo de tal polémica científica, podemos citar los artículos sobre los puntos de vista del filósofo y sociólogo mexicano progresista burgués Leopoldo Zea, las respuestas a los ataques del Prof. americano D. G. Oswald a la ciencia historiográfica soviética y la valoración unilateral que hace el autor mexicano S. S. Medina y Ortega de la literatura que se edita en la URSS sobre historia de América Latina.⁸⁶

Resumiendo con pleno fundamento podemos llegar a la conclusión de que, después del XX Congreso del Partido, los investigadores soviéticos, inspirados y armados con las resoluciones históricas del mismo, han aumentado en forma notable el estudio de una serie de problemas de la historia de los países latinoamericanos. Ello explica el creciente interés hacia los trabajos soviéticos sobre historia de Latinoamérica en el extranjero, donde han aparecido opiniones sobre los mismos y han sido publicadas las traducciones de algunos trabajos.

Así por ejemplo, en China se ha editado el libro L. Y. Sliozkin **La guerra hispanoamericana** y la monografía de V. M. Miroshevski **El movimiento libertador en las colonias americanas de España**, en Hungría se ha publicado el trabajo de I. Lavretzki **La sombra del Vaticano sobre la América Latina**, y en Bulgaria la biografía de Bolívar del mismo autor. En México vio la luz la traducción española de la monografía de M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko **La Revolución Mexicana de 1910-1917 y la política de los EE. UU.** Allí mismo fue editado en 1960 una colección de artículos (en traducción española) de tres autores soviéticos que estudian diferentes aspectos de la Revolución Mexicana.⁸⁷

Gran resonancia internacional tuvo el artículo colectivo ya citado "Sobre la guerra de liberación de las colonias españolas en América". Fue publicado en China, la Argentina, Colombia, Chile, Cuba y otros países latinoamericanos. Este trabajo mereció la aprobación del prominente dirigente del movimiento comunista norteamericano y eminente historiador marxista William Z. Foster, el cual le dedicó un artículo especial en el órgano teórico del Partido Comunista de los Estados Unidos, la revista **Political Affairs**⁸⁸. En Argentina, Uruguay y Francia se han publicado traducciones del artículo de V. I. Ermoláiev "Nacimiento de las primeras organizaciones obreras y círculos marxistas en los países latinoamericanos"; en los EE. UU., y Moscú se ha traducido el análisis crítico de la revista **The Hispanic American Historical Review** perteneciente a la pluma de I.

Lavretski; en la República Democrática Alemana, el artículo de M. S. Alperóvich "Ascenso del movimiento nacional-liberador y democrático en América Latina después de la segunda guerra mundial".

Además, en publicaciones extranjeras han aparecido algunos trabajos originales de historiadores soviéticos, por ejemplo: "Por qué escribí la biografía de Bolívar" de I. Lavretzki (Venezuela); "Hidalgo y la insurrección popular en México" de M. S. Alperóvich (RDA).⁸⁹

Se han publicado reseñas y artículos de los trabajos de autores soviéticos sobre historia de América Latina en Argentina, Brasil, Venezuela, Colombia, Cuba, México, Ecuador, Francia, Italia, los EE. UU., Polonia y Rumania. En 1959 la importante revista histórica de la República Democrática Alemana publicó una amplia reseña titulada "El estado del estudio de la historia de América Latina en la Unión Soviética",⁹⁰ donde se valora grandemente el trabajo de los historiadores latinoamericanistas soviéticos. Este artículo en su traducción española fue publicado en México en 1961, y en la prensa burguesa norteamericana apareció una nota especial sobre él⁹¹. En 1959, el Fondo español de la Biblioteca del Congreso de los EE. UU. publicó un índice bibliográfico "América Latina en las publicaciones soviéticas"⁹² que abarca el período de postguerra. En febrero de 1961 la revista **The Hispanic American historical Review** publicó la reseña ya citada de J. G. Oswald sobre la literatura histórica soviética, sobre temas latinoamericanos que ha sido publicado en la URSS después de la guerra⁹³. A pesar de que el autor se refiere en forma sumamente parcial y tendenciosa a los trabajos de los latinoamericanistas soviéticos, el mismo hecho de la aparición de este artículo,⁹⁴ así como los datos que hemos citado anteriormente, demuestran que nuestros adversarios no están en grado de ignorar los éxitos alcanzados en los últimos tiempos por esta joven rama de la historiografía soviética.

Una prueba del valor y actualidad de los trabajos de los historiadores latinoamericanistas soviéticos es también la resonancia que dichos trabajos han tenido en la misma América Latina, donde inclusive, investigadores burgueses que por su ideología están muy lejos del marxismo, reconocen a menudo nuestro aporte al estudio del pasado histórico de sus países y su significado. Así es como en agosto de 1961 el Seminario de historiografía contemporánea mexicana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, editó el libro citado arriba del Prof. A. Ortega y Medina **Historiografía soviética iberoamericanita (1945-1960)**⁹⁵, el cual contiene un análisis crítico de los trabajos científicos sobre historia de los países latinoamericanos publicados en la URSS después de la segunda guerra mundial. Aunque rechaza el método de investigación de los historiadores soviéticos—el materialismo histórico— y les hace una serie de imputaciones⁹⁶, el autor reconoce al mismo tiempo que, "el aporte soviético a nuestra historiografía es importante y se caracteriza por méritos objetivos y subjetivos". El subraya que en la actualidad es imposible estudiar la historia de América sin tener en cuenta los trabajos de los historiadores soviéticos en este campo.⁹⁷

Sin embargo, los círculos reaccionarios se muestran inclinados a subrayar principalmente el lado negativo del libro de Ortega y Medina. Lo mismo sucede con las reseñas escritas por el mismo Oswald y por Ignacio Iglesias⁹⁸, redactor en jefe de la revista ultra reaccionaria en español **Cuadernos** (editada en París). Este último, siguiendo a Ortega y Medina "echa en cara" venenosamente a los historiadores soviéticos el haberse alejado de las erróneas apreciaciones anteriores sobre el movimiento libertador latinoamericano del primer cuarto del siglo XIX y del papel histórico de sus dirigentes, especialmente de Bolívar. Es sintomático que ocupa una posición análoga el autor de un folleto de propaganda editado no hace mucho por el servicio de información de los EE. UU. en Colombia bajo el título

"sensacional" de **Bolívar, visto por el comunismo**⁹⁹ folleto que contiene las más groseras especulaciones antisoviéticas y anticomunistas.

Si los representantes de la historiografía burguesa reaccionaria reciben agresivamente los trabajos soviéticos sobre historia latinoamericana, los historiadores progresistas latinoamericanos en cambio los han recibido con plena realidad. Así, por ejemplo, el descifrado de la antigua escritura maya por los hombres de ciencia soviéticos fue altamente apreciado en México, y en particular, en la patria de los mayas Yucatán¹⁰⁰. El eminente historiador mexicano A. Cué Casanovas publicó en la prensa una reseña objetiva, y bien intencionada sobre las investigaciones soviéticas referentes a la Revolución Mexicana de 1910-1917¹⁰¹. Es sintomático que inclusive J. G. Oswald, que se ha creado la triste fama de calumniador principal de la literatura científica que se edita en la URSS sobre problemas latinoamericanos en su artículo "La Revolución Mexicana en la historiografía soviética"¹⁰², publicado en México se vio obligado a abstenerse de ataques demasiado directos y groseros, y expresar sus acostumbrados juicios tendenciosos sobre la historiografía soviética en una forma más velada.

La resonancia que nuestro trabajo sobre América Latina ha tenido en el extranjero, especialmente las apreciaciones positivas de los historiadores progresistas que, a pesar de sus muchos defectos, la historiografía latinoamericanista soviética empieza a salir a la arena internacional.

Sin embargo, al lado de los evidentes adelantos y relativo mejoramiento en el estudio de la historia de la América Latina, en esta rama de nuestra historiografía existen todavía grandes lagunas que es necesario llenar lo más rápidamente posible. América Latina es un enorme continente y una de las zonas más importantes del movimiento nacional-liberador; son más de 20 Estados (sin contar las colonias americanas, inglesas, francesas y holandesas), con una población total que supera los 200 millones de habitantes. Por esto mismo, hay que

reconocer que hasta la fecha se ha hecho muy poco. La cantidad de trabajos publicados, sobre todo las monografías, están muy lejos de responder a la demanda creciente. Muchos problemas importantes de los siglos XIX y XX han sido poco investigados. Las cuestiones relacionadas con el destino histórico de las poblaciones indígenas han sido débilmente estudiadas. En la Unión Soviética casi no se estudia la historia de una serie de países latinoamericanos, por ejemplo, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, Uruguay, Ecuador, La Guayana Británica, Jamaica, Trinidad y Tobago, Puerto Rico y una serie de islas del archipiélago de las Indias Occidentales.

En los últimos tiempos, el estudio de la historia de América Latina en la Unión Soviética ha tomado un carácter más profundo y concreto, y su nivel científico se ha elevado. Esta rama de la ciencia histórica se ha ligado más íntimamente con la vida, con la actualidad, con las exigencias de la construcción comunista, con las tareas actuales de la lucha contra el imperialismo y el colonialismo. Su peso y su papel en el sistema de las ciencias sociales y en la lucha ideológica han crecido grandemente.

¹ El presente ensayo abarca sólo los trabajos sobre historia de la América Latina publicados en la Unión Soviética en el período indicado, y no incluye la literatura sobre temas latinoamericanos que tratan de cuestiones puramente políticas, económicas, geo gráficas, jurídicas, filológicas, etc. Y aún dentro de ese marco este estudio no pretende agotar el tema —ya que el objetivo del autor es solamente mostrar qué problemas estudian en los últimos tiempos los historiadores latinoamericanistas soviéticos. Una bibliografía más completa de las publicaciones sobre historia de América Latina hasta 1960 se da en la guía "Literatura sobre historia moderna y contemporánea de los países de América Latina publicada en la URSS de 1945 a 1960" (Historia Moderna y Contemporánea, 1960, No. 4, págs. 175-178), y también en nuestro ensayo incluido en la colección América Latina en el pasado y en el presente, Moscú, 190, págs. 450-463.*

² M. A. Grechiev. La expansión imperialista de los EE.UU. en los países de América Latina después de la segunda guerra mundial. Moscú, 1954*; M. V. Danilévich. La situación y la lucha de la clase obrera de los países de América Latina. Moscú, 1953*; L. I. Zúbok. La política imperialista de los EE.UU. en los países de la cuenca del Caribe. 1900-1939. Moscú-Leningrado, 1948*. Y. V. Knorózov. El sistema de escritura de los antiguos mayas. Moscú, 1955*; V. M. Miroshovski. Los movimientos de liberación en las colonias americanas de España desde la conquista hasta las guerras de independencia (1492-1810) Moscú-Leningrado, 1946*; E. L. Shifrin. La expansión del imperialismo americano en México después de la segunda guerra mundial. Moscú, 1952*, Los indios de América. Ensayos etnográficos. Moscú 1955*

³ **El XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.** Actas taquigráficas, Moscú, 1959. t. I. pág. 359*.

-
- ⁴ **Documentos de la Conferencia de representantes de Partidos Comunistas y Obreros en Moscú**, Nov. 1960. Moscú, 1960, págs.33-34*.
- ⁵ N. S. Jruschov. "Sobre el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética". **Materiales del XXII Congreso del PC de la Unión Soviética**. Moscú, 1961, pág. 203*.
- ⁶ **Historia de la Edad Media**. Moscú, 1939; t. II*; **Historia Moderna**. Moscú, 1939; parte I-II*; **Historia Moderna**. Moscú, 1954, t. II*
- ⁷ **Historia Moderna de los países coloniales y dependientes**. Moscú, 1940, t. I. (cap. IV, XVIII, XXXIII)*.
- ⁸ **Historia Moderna**. Moscú, t. II; **Historia Moderna**. Moscú, 1960*, t. III; manual para los institutos pedagógicos. Moscú, 1963*, parte I; **Historia Contemporánea**. Moscú, 1959*, parte II, **Historia Contemporánea de los países de Europa Occidental y América**. Moscú, 1959*, t. 1; S. L. Voroshilov, V. G. Revunénkov, V. K. **Historia Contemporánea. Países pequeños de Europa Occidental, Países de América Latina, Canadá**. Moscú, 1960*; **Historia del movimiento obrero internacional y del movimiento nacional-liberador**. Moscú, 1959*, parte I; **Historia de las relaciones internacionales y la política exterior de la URSS**. Moscú, 1961, t. I; Moscú, 1962*, t. II.
- ⁹ V. G. Revunénkov. **Historia de los países de América Latina en la época contemporánea**. Moscú, 1963.
- ¹⁰ Ver **Historia Universal**. Moscú, 1958, t. IV, (cap. III)* Moscú, 1959, t. VI (cap. VIII)*; Moscú, 1960, t. VII, (cap. XXI)*; Moscú, 1961, t. VIII, (cap. XV)*; Moscú, 1962, t. IX, (cap. XI, sección 6, cap. XXIV).
- ¹¹ **Los indios de América**, Moscú, 1959, t. II*.
- ¹² **Ensayos de Historia Moderna y Contemporánea de México**. Moscú, 1960*.
- ¹³ **Ensayos de Historia de la Argentina**. Moscú, 1961°.
- ¹⁴ **Ensayos de Historia del Brasil**. Moscú, 1962*.
- ¹⁵ **Cuba. Ensayos histórico-etnográficos**. Moscú, 1961*.
- ¹⁶ Ecuador. **Ensayos histórico-etnográficos**, Moscú, 1963*. **Brasil (economía, política, cultura)**. Moscú, 1963*.
- ¹⁷ Y. V. Knorózov. La escritura de los indios mayas. Moscú-Leningrado, 1963*.
- ¹⁸ E. V. Evréinov, Y. G. Kósariev, V. A. Ustínov. **El empleo de las máquinas calculadoras electrónicas en la investigación de la escritura de los antiguos mayas**, t. 1-3 Novosibirsk, 1961*; de los mismos autores. **La técnica del cálculo en las investigaciones histórico-filológicas (Análisis de los antiguos manuscritos mayas con ayuda de calculadoras electrónicas)**. "El mensajero de la Academia de Ciencias de la URSS", 1962, No. 1. Ver también: Y. Y. Knorózov. "El descifrado de la escritura maya por medio de máquinas". (**Problemas de lingüística**, 1962, No.1)*.
- ¹⁹ R. V. Kinzhálov. "El estado actual del problema olmeca" (**Etnografía soviética**, 1962, 1962, No. 2)*.
- ²⁰ D. J. Tukérnik expuso su punto de vista en una serie de artículos, enlazados por una concepción unida y que fueron publicados en 1952-1960 en la ciudad de Almá Atá, y también en **Noticias de la sociedad geográfica pansoviética** (Moscú). Apareció en una forma resumida. El artículo: D. Tukérnik. "Cómo fue descubierta América" en (**Nuevo Mundo**, 1962, No, 12, págs. 217-241)*.
- ²¹ M. A. Kogan y V. L. A. Afanasiev. "¿Hay fundamentos para revisar la concepción generalmente aceptada sobre la prehistoria y los objetivos del primer viaje de Colón?" (**Noticias de la Sociedad geográfica pansoviética**). 1961, cuaderno 5*.
- ²² M. S. Alperóvich. "Sobre el carácter y forma de explotación de los indios en las colonias americanas de España (siglos XVI- XVIII)" ("**Historia Moderna y Contemporánea**", 1957, No. 2*); del mismo autor. "América del Sur en los siglos en el libro: V. Hagen. América del Sur los llamó. Moscú, 1961*"; del mismo autor. "El problema de la cantidad de población de México en el período colonial" (**Etnografía soviética**, 1962, No. B. 1. Koval. "Sobre el papel de la esclavitud en las plantaciones de las colonias para la acumulación primitiva de capitales en Europa Occidental (en base de materiales de historia del Brasil)" **Edad Media**, Cuaderno 23, Moscú, 1963*; A. M. "Sobre el problema del estado negro de Palmares en el Brasil" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1956, No 2)*.
- ²³ N. S. Jruschov. **Por las nuevas victorias del movimiento mundial comunista**. Moscú, 1961, pág. 42*.
- ²⁴ La única excepción fueron los trabajos de V. M. Mirosshevski en los cuales se examinaban las premisas y algunos aspectos de las guerras de independencia. Véase su monografía arriba citada sobre los movimientos libertadores en las colonias americanas de España y los artículos "Catalina II y Francisco Miranda" (**El**

marxista-histórico, 1940, No. 2)*, “José Gaspar Francia, jefe de la democracia revolucionaria paraguaya” (**Problemas de historia**, 1940, No. 4)*

²⁵ Véase la nota 231 al artículo de Carlos Marx “Bolívar y Ponte” en: C. Marx y F. Engels. **Obras**. 2ª. ed. Moscú, 1959. t. 14 págs. 753-754*.

²⁶ M. S. Alperóvich, V. I. Ermoláiev, I. R. Lavretski, S. I. Iemiónov. “Sobre la guerra de independencia en las colonias españolas de América (1810-1826)” **Problemas de Historia**. 1956, No. 11*.

²⁷ I. R. Lavrétzki. **Simón Bolívar**, Moscú, 1958*; del mismo autor. **Bolívar**. Moscú. 1960.*

²⁸ N. M. Lavróv. “La lucha nacional-libertadora en América-Latina a finales del siglo XVIII y principios del XIX y la formación de estados nacionales independientes”.* Véase N. M. Lavróv y N. I. Sómin. **El movimiento nacional-libertador de los pueblos de América al final del siglo XVIII y principios del siglo XIX**, Moscú, 1957*; V. I. Ermoláiev. “Algunas cuestiones sobre la lucha de independencia de las colonias americanas de España y Portugal”. (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1960, No. 3);* A. A. Gúber. N. M. Lavróv. “El 150 aniversario de la guerra de independencia de América Latina”, (**Historia Moderna y Contemporánea**. 1960, No. 4).*

²⁹ A. M. Jazánov. “Héroe de la lucha de independencia del Brasil”. En el libro **América Latina en el pasado y en el presente** págs. 310-339*; L. Y. Sliozkin. “La revolución de los negros esclavos en la isla de Santo Domingo (Haití) en 1791-1803”. (**Memorias científicas de Historia Moderna y Contemporánea**, Cuaderno II, Moscú, 1956)*; A. L. Shtrajov. “La lucha de liberación del pueblo de La Plata en los años 1810-1816”. (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1960, No. 4)*; M. S. Alperóvich. “El papel de las masas populares en la guerra de independencia de México” (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1960, No. 5)*.

³⁰ L. A. Shur. “La América española y portuguesa en la prensa rusa del siglo XVIII y del primer cuarto del siglo XIX”. **América Latina en el pasado y en el presente**. págs. 340-369*; L. Y. Sliozkin. “La guerra de independencia de la América española valorada por los diplomáticos rusos (1810-1816)”. Allí mismo, págs. 370-384*; del mismo autor. “Sobre la solidaridad de la opinión pública progresista rusa con los patriotas de América Latina”. (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1960, No. 4)*, del mismo autor. “La actitud de Rusia en relación con la América española a finales del siglo XVIII y principios del XIX”. (**Problemas de Historia**, 1963, No. 6)*; B. N. Komissárov. “El Brasil con el primer cuarto del siglo XIX en las descripciones de los navegantes rusos” (**Mensajero de la Universidad de Leningrado**, No. 14, serie Instituto de Filosofía y Literatura, cuaderno No. 3, Leningrado, 1961)*; del mismo autor. “Nueva fuente rusa sobre historia y etnografía del Brasil en los años veinte del siglo XIX”. (**Etnografía soviética**, 1963, No. 3)*.

³¹ “Actitud de Rusia hacia Latinoamérica al empezar la guerra de independencia”. **Archivo histórico**, 1962, No. 3.*

³² N. N. Boliovitinov. “Sobre la cuestión de la amenaza de intervención de la Santa Alianza en América Latina. De la pre-historia de la doctrina Monroe” (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1957, No. 3.)*; del mismo autor: La doctrina Monroe. Moscú, 1959*; La evolución de la doctrina Monroe desde el momento de su aparición hasta principios de los años sesenta del siglo XX es tratada en el trabajo N. N. Boljovítinov. “La doctrina Monroe: leyenda y realidad”. (**Economía mundial y relaciones internacionales**. 1960. No. 9)*; L. M. Románov. **La doctrina Monroe, arma de la política intervencionista de los Estados Unidos en Latinoamérica**. Moscú, 1962.*

³³ Ver **Mensajero de la Academia de Ciencias de la URSS**, 1960, No. 6, págs. 113-114*; **Problemas de Historia**, 1960, No. 3 págs. 172-174.*

³⁴ **El movimiento nacional-liberador de América Latina en la etapa contemporánea**. Moscú, 1961.* Sobre otras actividades consagradas a esta importante fecha histórica ver: G. A. Mélnikova, L. V. Pegúsheva. “El 150 aniversario de la guerra de independencia de los países de Latinoamérica en la URSS”. **Mensajero de historia de la cultura universal**, 1961, No. 5)*

³⁵ A. B. Bélenki: **La derrota de la intervención extranjera por el pueblo mexicano (1861-1867)**. Moscú, 1959*. Ecos de la intervención en México en la prensa inglesa, francesa y rusa de los años sesenta del siglo XIX, analizados en el artículo de M. T. Pánchenkova: “La prensa internacional sobre los objetivos de la expedición mexicana de 1861-1867” (**Trabajos del Instituto estatal histórico-archivista de Moscú**, 1955, t. IX)*.

³⁶ A. M. Zórina. **Del pasado heroico del pueblo cubano**. Moscú 1961. Un análisis más detallado de esta monografía así como de otros trabajos soviéticos sobre la historia de Cuba se da en el artículo: A. V. Efímov y

-
- E. L. Nitoburg. "Ecos de la revolución cubana en las publicaciones soviéticas". En el libro **Cinco años de revolución cubana**, Moscú, 1963, págs. 266-279*.
- ³⁷ G. I. Ivanóv. "La lucha del pueblo mexicano contra la agresión americana (de la historia de la guerra mexicano-americana de 1846-1848)". (**Memorias científicas del Instituto pedagógico estatal de Ivánovo**), 1957, t. XI*; V. L. Afanásiev. "La constitución mexicana de 1857" (**Noticias del Instituto pedagógico estatal de Voronezh**), 1958, t. XXVI*.
- ³⁸ E. I. Ermoláiev. "Aparición de las primeras organizaciones obreras y círculos marxistas en los países de Latinoamérica (1870-1900)". (**Problemas de historia**, 1959, No. 1)*; B. I. Koval, "La cuestión sobre el desarrollo económico-social del Brasil a mediados del siglo XIX". (**Problemas de historia**, 1963, No. 2)*; del mismo autor: "Movimiento obrero en el Brasil a fines del siglo XIX y principios del XX". (**Problemas de Historia**, 1960, No. 11)*.
- ³⁹ L. A. Fainberg. "Sobre las formas de organización social de los indios de la parte noroccidental de la cuenca del Amazonas a fines del siglo XIX y principios del siglo XX" (**Ensayos etnográficos americanos**, Moscú, 1960)*.
- ⁴⁰ O. S. Ternovoi. "El prominente pensador cubano José Martí (1853-1895)". (**Problemas de filosofía**, 1959, No. 2)*; del mismo autor: "El héroe nacional de Cuba José Martí, luchador contra el imperialismo de los EE. UU." (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1962, No. 1)*; L. A. Shur. "Sobre la participación de los voluntarios rusos en la guerra nacional-libertadora del pueblo cubano en 1895- 1898". (**Problemas de historia**, 1963, No. 1)*.
- ⁴¹ M. S. Alperóvich, B. T. Rudenko. **La Revolución Mexicana (1910-1917) y la política de los EE. UU.** Moscú, 1958*; N. M. La Lavrov. "La Revolución Mexicana de 1910-1917". **La primera revolución rusa de 1905-1907 y el movimiento revolucionario internacional parte II**, Moscú, 1956*; I. L. Ravretski. Pancho Villa. Moscú, 1962*.
- ⁴² Jesualdo. "Eugenio Espejo, pensador ecuatoriano del siglo XVIII" en el libro **América Latina en el pasado y en el presente** Moscú, 1960*; F. R. Pintos y L. Sala. "Sobre algunas premisas y contradicciones de la revolución libertadora del Río de la Plata" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1961, No. 4)*; Chávez Orozco, Luis. "De la historia del desarrollo industrial de México". **América Latina en el pasado y en el presente**, págs. 395-419*; Facó, Rui. "La guerra campesina en Los Canudos (Brasil)" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1959, No. 1)*.
- ⁴³ N. M. Lavrov. **Los movimientos obrero y nacional-liberador en los países de América Latina en la primera etapa de la crisis general del capitalismo**, Moscú, 1956.*
- ⁴⁴ V. I. Ermoláiev. **Los movimientos obrero y nacional-liberador en los países de América Latina después de la segunda guerra mundial**. Moscú, 1958*. Un breve resumen de los acontecimientos fundamentales de la lucha de liberación en el período de postguerra se da en los artículos: A. M. Sivolóhov. "Ascenso del movimiento nacional-libertador en los países de América Latina". (**Problemas de Latinoamérica contemporánea**, Moscú, 1959)* y M. S. Alperovich. "Progreso del movimiento nacional-liberador y democrático en Latinoamérica después de la segunda guerra mundial". (**La enseñanza de la historia en la escuela**, 1959, No. 4)*.
- ⁴⁵ M. V. Danilévich. **La clase obrera y el movimiento liberador de los pueblos de América Latina**. Moscú, 1962*.
- ⁴⁶ **La lucha por un frente obrero y antiimperialista en los países de América Latina**. Moscú, 1963*.
- ⁴⁷ A. N. Glinkin. **Historia contemporánea de Brasil (1939-1959)**. Moscú, 1961.* A. M. Sivolóhov. **Las relaciones agrarias en el Brasil contemporáneo**. Moscú, 1959*.
- ⁴⁸ E. L. Nitoburg. **El viento de la libertad en El Dorado del petróleo**. Moscú, 1960*.
- ⁴⁹ **Cinco años de revolución cubana**. Moscú, 1963*.
- ⁵⁰ V. V. Andriánov. **Cuba libre**. Moscú, 1960*; S. A. Gonionski. **Cuba avanza**. Moscú, 1962*; E. L. Nitoburg. **Cuba en lucha por su liberación e independencia**. Moscú, 1959*.
- ⁵¹ Un complemento y objetivo análisis de la ideología de Mariátegui y su papel en el movimiento revolucionario del Perú tiene un significado extraordinario, ya que en el pasado (años treinta-cuarenta) en nuestra literatura se encontraba extendida la idea de que los puntos de vista de este revolucionario marxista eran "populistas" y "liberales".

⁵² V. I. Ermoláiev. "La actitud de personalidades progresistas latinoamericanas sobre la Gran Revolución Socialista de Octubre". (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1957, No.4)*; N. M. Levróv. "Los países de América Latina en el período de ascenso revolucionario de 1917-1923", en el libro **La Rusia soviética y el mundo capitalista en los años 1917-1923**, Moscú, 1957*; V. I. Ermoláiev. "Ascenso del movimiento revolucionario en América Latina (1918-1923)" en el libro **Significado internacional de la Gran revolución socialista de Octubre*** Moscú, 1958; del mismo autor. "El Partido Comunista argentino, primera sección de la III Internacional en América Latina". (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1959 No. 3)*; V. B. Gladki. "El Partido Comunista de la Argentina en lucha por un curso nuevo y democrático para el país (1955-1959)". (**Noticias de la Universidad de Moscú**. Serie filosofía, periodismo, 1960, No. 6)*; S. I. Semiónov. A. F. Shulgovski. "El papel de José Carlos Mariátegui en la creación del Partido Comunista peruano". (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1957, No. 5)*; B. I. Koval. "La lucha de clases en el Brasil en el período de la crisis económica mundial de 1929-1933" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1958, No. 1)*; del mismo autor: "La historia de los combates revolucionarios de 1935 en el Brasil" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1962, No. 2); N. S. Lárin "De la historia de la lucha de liberación del pueblo de Nicaragua contra la intervención armada de los EE.UU. en los años 1927-1933" (**Problemas de historia**, 1960, No. 8)*; A. I. Stróganov. "El desarrollo económico de la Argentina en los años 1929-1939. Recopilación de trabajos científicos de los aspirantes al grado de candidatos a doctor en ciencias históricas de la Facultad de Historia de la Universidad de Estado de Moscú, Moscú, 1963*; A. F. Shulgovski. "La nacionalización de la industria petrolera en México" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1960, No. 1)*; E. A. Grinévích. "El movimiento democrático y la situación mundial" (**Memorias científicas del Instituto de relaciones internacionales**. Cuaderno 13. Moscú, 1963)*; B.S. Nikíforov. "De la historia del movimiento obrero en Cuba" (**Problemas de Historia**, 1961, No. 9)*; E. V. Kopnov. "La lucha nacional libertadora del pueblo chileno después de la segunda guerra mundial (1945-1955)" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1957, No. 1)*; I. E. Ribalkin. "La guerra civil de 1948 en Costa Rica" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1959, No. 4)*; L. García. "Las relaciones agrarias en la Argentina contemporánea" (**Informes científicos de las escuelas superiores**, serie Ciencias económicas, 1961, No. 2)*; L. F. Foroshaieva. "La población indígena contemporánea de México" (**Ensayos etnográficos americanos**, Moscú, 1960)*; A. D. Dridzo. "La población de Cuba" (**Etnografía soviética**, 1960, No. 2)*; del mismo autor: "La población de Jamaica" (**Etnografía soviética**, 1962, No. 5)*; L. A. Fainbeng. "La población de Trinidad y Tobago" (**Etnografía soviética**, 1962, No. 6)*; O. Konstantinov. "Una nueva etapa del movimiento obrero y comunista de México" (**Cuestiones del movimiento internacional obrero y nacional-liberador en la etapa contemporánea**. Moscú, 1963)*; A. A. Molochkova. "Sobre la autodefensa campesina en Colombia", Allí mismo; A. Shulgovski. "El imperialismo y la ideología nacional-reformista en América Latina" (**Economía Mundial y relaciones internacionales**, 1961, No. 8)*.

⁵³ O. Oltianu. "La reforma agraria en la Cuba revolucionaria" (**Noticias de la Universidad de Moscú**. Serie Derecho, 1961, No. 3)*; N. N. Razumóvich. "La revolución cubana y el nuevo estado independiente" (**El estado soviético y el derecho**, 1961, No. 7)*; I. Kalinin "La clase obrera y la revolución cubana". En el libro **El movimiento obrero en los países capitalistas** (1959-1961, Moscú, 1961)*; I. A. Serebróvskaia. "Sobre las dos etapas de la nacionalización de la industria en Cuba" (**Memorias científicas de la cátedra de Ciencias Sociales de las escuelas de enseñanza superior de Leningrado**, serie Economía Política. Cuaderno 4. Leningrado, 1962)*; P. Gulman. "La reforma económica en la república de Cuba" (**Informes científicos de las Escuelas superiores** Serie Ciencias Económicas. Moscú, 1963, No. 5)*; E. Grinévích. "Cuba antes de la revolución". (**La vida internacional**, 1963, No. 7)*; A. Mijáilov. A. Grékov. "El pueblo cubano en lucha por su libertad e independencia". (**Revista histórico-militar**, 1963, No. 7)*; S. Mijáilov. "La revolución cubana y América Latina" (**La vida internacional**, 1963, No. 12)*; B. Gorbachov. A. Kalinin. "El faro del socialismo en el continente americano". (**El Comunista**, 1963, No. 18)*; R. I. Vetrov y R. I. Gainutdínov. "Sobre el carácter, fuerzas motrices y desarrollo futuro de la revolución en Cuba" (**Ensayos de los post-graduados en ciencias Históricas de la Universidad de Kazán**, 1963)*.

⁵⁴ R. Ghioldi. **La revolución socialista de Octubre y el desarrollo del movimiento revolucionario en la Argentina**, Moscú, 1957)*; R. Arizmendi. **La Gran Revolución Socialista de Octubre y el desarrollo del movimiento revolucionario en Uruguay**. Moscú, 1957)*; F. R. Pintos. "La influencia del leninismo en el movimiento obrero del Uruguay". (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1960, No. 2)*; E. Ramírez Necochea. "Ascenso del movimiento obrero en Chile en los años 1917-1922". (**Historia Moderna y**

Contemporánea, 1960. No. 5)*; J. Le Riverend. "Como recibió el pueblo cubano la Gran revolución Socialista de Octubre". (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1963, No.5)*.

⁵⁵ A. Núñez Jiménez. **La reforma agraria en Cuba. Un corto ensayo histórico**. Moscú, 1960*: del mismo autor. **La república de Cuba. Ensayo histórico**. Moscú, 1963*; del mismo autor: "La bancarrota de la tiranía de Machado" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1962, No. 6)*.

⁵⁶ R. Arismendi. "La América Latina sale a la palestra. Algunos problemas de la revolución continental". (**El Comunista**, 1961, No. 5)*.

⁵⁷ N. V. Korolióv. **Los países de América Latina en las relaciones internacionales (1898-1962)**. Kishiniov, 1962*.

⁵⁸ L. Y. Sliozkin. **La política de los Estados Unidos en la América del Sur (1929-1933)**. Moscú, 1956*.

⁵⁹ S. A. Gonionski. **América Latina y los EE.UU., 1939-1959. Ensayos de historia de las relaciones diplomáticas**. Moscú, 1960*.

⁶⁰ A la expansión militar del imperialismo norteamericano en el Hemisferio Occidental está dedicado el artículo: K. S. Tarásov. "Expansión estratégica militar de los EE. UU. en los países de América Latina después de la segunda guerra mundial" (**Problemas de América Latina contemporánea**, págs. 39-74)*.

⁶¹ Z. I. Romanova. **Expansión económica de los EE.UU. en América Latina**. Moscú, 1963*.

⁶² M. V. Antiásov. **Panamericanismo contemporáneo**, Moscú, 1960*; B. I. Gvozdaríov. **La Organización de Estados Americanos**, Moscú, 1960*.

⁶³ **Documentos de la Conferencia de Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros**, pág. 25*.

⁶⁴ M. A. Okúneva. "Origen y carácter de la doctrina latinoamericana de Teodoro Roosevelt". (**Historia Moderna y Contemporánea** 1961, No. 5)*; E. L. Vitoburg. "De la historia de la 'política del buen vecino' (**Memorias científicas del Instituto pedagógico de Chuvashia**. 1958, cuaderno VIII)*; M. L. Loziuk. "Algunas cuestiones de las relaciones económicas entre los EE.UU. y los países de América Latina en los años de la segunda guerra mundial" (**Memorias científicas de la Universidad de Kíev**, t. 18, cuaderno 4, 1960)*; S. Mijáilov y B. Rudenko. "La Alianza para el Progreso: nueva forma de expansión imperialista". (**El Comunista**, 1963, No. 10)*; Y. P. Eliutin. "La Alianza para el Progreso: nueva arma de la política imperialista de los EE. UU. en América Latina" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1963, No. 3)*.

⁶⁵ N. V. Potóková. **La agresión de los EE.UU. contra México. 1846-1848**. Moscú, 1962*.

⁶⁶ L. Y. Sliozkin. **La guerra hispano-americana**. Moscú 1956*; L. S. Vladímirov. **La diplomacia de los EE.UU. en el período de la guerra hispano-americana de 1898**. Moscú, 1957*.

⁶⁷ E. L. Nitoburg. "La intervención en Cuba bajo la máscara de "buena vecindad" (1933-1934) (**Memorias científicas del Instituto pedagógico de Chuvashia**, 1956, cuaderno III)*; del mismo autor: "Sobre la cuestión de la intervención de los EE.UU. en Cuba en 1933". (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1963 No. 2)*; B. M. Merin. Historia del rompimiento de las relaciones diplomáticas entre los EE.UU. y Cuba (1959-enero de 1961). (Memorias científicas del instituto pedagógico de la región de Moscú, 1963, t. 115, **Historia universal**, cuaderno 4)*.

⁶⁸ S. A. Gonionski. **Historia de la "revolución" panameña** Moscú, 1958*.

⁶⁹ N. R. Matveeva. "Expansión colonial de Inglaterra en el Paraguay (De la historia de las relaciones anglo-paraguayas en los años cuarenta-cincuenta del siglo XIX)". (**Memorias científicas del Instituto Pedagógico de Kalinin**) 1962, t. 26, Cátedra de historia)*.

⁷⁰ Lavretski. **La sombra del Vaticano sobre la América Latina**. Moscú, 1961*.

⁷¹ I. Lavretski. "La Iglesia Católica y la "guerra de independencia de la América española" (**Historia Moderna y Contemporánea** 1961, No. 3)*; N. S. Lárin. La revuelta contrarrevolucionaria de los clericales en México (1926-1929) (**Problemas de historia de la religión y el ateísmo** cuaderno XI, Moscú 1963)*; I. R. Grigulévich. La Iglesia Católica en la historia del Ecuador (**Ecuador. Ensayos Histórico-etnográficos**, Moscú, 1963)*; del mismo autor: "La Iglesia en el Brasil contemporáneo". **Brasil. Economía política, cultura**. Moscú, 1963*.

⁷² R. V. Kinzhálov. Arte de América antigua, Moscú, 1962*; **La cultura de los indios. El aporte de la población aborigen de América a la cultura universal**. Moscú 1963*.

⁷³ M. Antiásov. "Problemas de la unidad cultural de los países de Latinoamérica y los EE.UU." (**Mensajero de historia de la cultura universal**, 1959 No. 3)*; A. F. Shulgovski. "Romanticismo y positivismo en América Latina". (**Mensajero de historia de la cultura universal**, 1960, No. 4)*; I. A. Terterián. **Euclides da Cunha: héroe nacional del Brasil**. Moscú, 1959*; de la misma autora: "Sátira anticolonial de Tomás Antonio

Gonzaga y su papel en el desarrollo del realismo en el Brasil" (**Noticias de la Academia de Ciencias de la URSS, sección de literatura y filosofía**, 1961, t. XX, cuaderno 4)*; J. A. Bazarián. "El prominente pensador brasileño del siglo XIX, Tobías Barreto". (**Mensajero de historia de la cultura universal**, 1959, No. 6)*; del mismo autor: "El pensador progresista brasileño Euclides da Cunha" (**Mensajero de historia de la cultura universal**, 1961, No. 5)*; V. N. Kutéischikova. "El papel de José Carlos Mariátegui en el desarrollo de la cultura nacional del Perú" (**Mensajero de historia de la cultura universal**, 1960 No. 6)*; del mismo autor. "El iniciador de la literatura mexicana Fernández Lizardi" (**Noticias de la Academia de Ciencias de la URSS sección de literatura y filología**, 1961, cuaderno 2)*; I. R. Grigulevich "Progreso de la revolución cultural en Cuba". (**Problemas de historia**, 1963 No. 2)*; También hay que anotar los trabajos citados antes sobre los puntos de vista del prominente pensador y revolucionario cubano José Martí.

⁷⁴ R. Sh. Ganelin. "Tentativas de desarrollar las relaciones económicas entre Rusia y los países latinoamericanos a finales del siglo XIX y principios del XX", en el libro *Los monopolios y el capital extranjero en Rusia*. Moscú Leningrado, 1962*; del mismo autor. "De la historia de los ligazones económicos de Rusia con México y el Brasil a mediados del siglo XIX" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1963, No. 6)*; V. N. Kutéischikova. "La creación de L. N. Tolstoi y la vida social literaria en América Latina a finales del siglo XIX y principios del XX" en el libro *De la historia de las relaciones literarias en el siglo XIX*. Moscú, 1962*; L. A. Shur. "Las literaturas de América Latina en Rusia" en el libro **La literatura de ficción de América Latina en la prensa rusa**. Moscú, 1960*; del mismo autor: "Las literaturas latinoamericanas en Rusia a principios del siglo XIX" en el libro **Ligazones internacionales de la literatura rusa**. Moscú 1963*; B. V. Lukin, A. M. Chernikov. "Proyecto de la expedición académico soviética a América del Sur (Historia de las ligazones científicas latinoamericanas-soviéticas)" (**Mensajero de la Ac. de Cien. de la URSS** 1963, No. 7)*.

⁷⁵ M. S. Alperóvich. "El estudio de algunas cuestiones de historia moderna y contemporánea de México en la literatura burguesa norteamericana de postguerra" (**Informes y comunicaciones del Instituto de historia de la Academia de Ciencias de la URSS**, cuaderno 10, Moscú, 1956)*; del mismo autor: "Historia de las relaciones entre México y los EE.UU. en la historiografía de postguerra". (**Problemas de historia** 1958, No. 3)*; del mismo autor. "Historiografía mexicana contemporánea de la guerra de independencia" (**Problemas de historia** 1961, No. 2)*, L. V. Sliozkin. "El concepto de "buena vecindad" en la historiografía americana" en el libro *Contra la falsificación de la historia*. Moscú, 1959*; A. I. "La política de los EE.UU. en América Latina en los años de la segunda Guerra Mundial en el planteamiento de los historiadores burgueses americanos" (**Problemas de historia**, 1961, No. 11)*; I. Lavretski. "Nuevas investigaciones sobre historia de Venezuela" (**Problemas de historia**, 1961, No. 8)*; E. S. Dabaguían. "Literatura sobre historia del movimiento obrero comunista de los países latinoamericanos" (**Problemas de historia del PCUS**. 1962, No. 1)*; B. M. Merin. "Los últimos trabajos americanos sobre la revolución cubana" (**Problemas de historia**, 1963, No. 5)*.

⁷⁶ W. Markow. M. Kossok. "Sobre las tentativas de la historiografía reaccionaria de rehabilitar al colonialismo español en América" (**Historia Moderna y Contemporánea**, 1960, No. 4)*.

⁷⁷ I. Levretski. "Un análisis crítico de la revista **The Hispanic American Historical Review** (1956-1958)" (**Problemas de historia**, 1959, No. 12)*; I. R. Grigulevich. "La primera revista venezolana etnográfica— **Revista venezolana de Sociología y Antropología** (Etnografía soviética 1961, No. 3)*; M. S. Alperóvich. "Historia mexicana" (**Problemas de historia**, 1962, No. 2)*; Y. G. Mashbits. "El órgano teórico de la revolución cubana— la revista **Cuba Socialista** (**Problemas de historia**, 1962 No. 11)*; (Ver también **El Comunista**, 1962, No. 8)*; (**Problemas de filosofía**, 1962, No. 8)*.

⁷⁸ O. I. Kirik. "El archivo nacional de Cuba (El **archivo histórico**, 1961, No. 1)*; I. Lavretski. "El historiador cubano Roing de Leuchsring" (**Problemas de historia**, 1962, No. 5)*; M. S. Alperovich. "La ciencia histórica en México". (**Problemas de historia**, 1962, No. 8)*; E. V. Diomushkina. "La ciencia histórica en Venezuela" (**Problemas de historia**, 1963, No. 7)*; A. N. Glinkin. "La literatura econó- temporáneos" en el libro **Brasil, (economía, política, cultural)**, Moscú 1963*; I. R. Grigulevich. "La etnografía y antropología en Cuba después de la revolución" (**Etnografía soviética**, 1963, No. 6)*.

⁷⁹ M. S. Alperóvich. "El estudio de la historia de América Latina en la Unión Soviética (breve resumen)" en el libro **América Latina en el pasado y en el presente**; del mismo autor: "El estudio de la historia de los países de América Latina" en el libro **La ciencia histórica soviética en el período del XX al XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (Historia de Europa Occidental y América)**. Moscú, 1963*; S. S.

Mijáilov. "El estudio de América Latina en la Unión Soviética (algunos resultados y las tareas presentes)" (**Problemas de historia**, 1962, No. 4)*.

⁸⁰ "La agresión de los Estados Unidos a Cuba (1898-1912)" (**El archivo histórico**, 1961, No. 3)*; "Dos documentos sobre el movimiento liberador cubano", I. Ibid, 1960, No, 5*.

⁸¹ "Los pueblos de la URSS y Cuba unidos para siempre". Moscú, 1963*; "¡Viva Cuba!". Moscú, 1963*.

⁸² **Las leyes fundamentales de la República de Cuba**, Moscú, 1962*; Fidel Castro. **Discursos e intervenciones**, Moscú, 1960*; del mismo autor. **Discursos e intervenciones 1961-1963**. Moscú, 1963*; E. Guevara. **La guerra de guerrillas**. Moscú, 1961*. Blas Roca. **Cuba, territorio libre de América**. Moscú, 1961*; del mismo autor. **Los fundamentos del socialismo en Cuba**. Moscú, 1961*, José Martí. **Obras escogidas**, Moscú, 1956*; del mismo autor. **Escenas norteamericanas**. Moscú, 1963.

⁸³ E. Roing de Leuchsenring. **José Martí antiimperialista**. Moscú, 1962*; Mario Gill. **¡Cuba sí! ¡Yanquis no!** Moscú, 1961*. A. Varela: **Cuba revolucionaria**. Moscú, 1962*; J. North. **La revolución cubana**. Moscú, 1960*; del mismo autor. **Cuba, esperanza del Continente**. Moscú, 1961*; Ph. S. **Historia de Cuba y sus relaciones con los EE.UU. (1492-1845)**. Moscú, 1963*; Se da una completa lista de las publicaciones sobre historia de Cuba, en el libro bibliográfico **Cuba en la prensa soviética**. Moscú, 1963*.

⁸⁴ **Constituciones de los Estados del Continente americano** Moscú, 1957-1959 ts. I-III*; **Documentos de los programas de los partidos obreros y comunistas de los países de América**, Moscú, 1962*.

⁸⁵ A. B. Thomas. **Historia de América Latina**, Moscú, 1960*. A. Núñez Jiménez. **El imperio yanqui enemigo de América Latina**. Moscú, 1962*; G. Carnero Checa. **Ensayos sobre los países latinoamericanos**, Moscú, 1960*; V. Codovilla. **Artículos y discursos 1926-1956**, Moscú, 1957*; R. Iscaro. **Nacimiento y desarrollo del movimiento sindical en Argentina**. Moscú, 1962*; R. Pombo. **Historia del Brasil**, Moscú, 1962*; R. Faco. **El Brasil, siglo XX**.* Moscú, 1962*; E. Laferte. **La vida de un comunista**. Moscú, 1961*; E. Ramírez Necochea. **Historia del movimiento obrero en Chile**. Moscú, 1961*; M. Gil. **Nuestros buenos vecinos**. Moscú, 1959*; F. R. Pintos. **Batle y el proceso de desarrollo histórico en el Uruguay**. Moscú, 1962*; del mismo autor. **Historia del movimiento sindical en Uruguay**. Moscú, 1963*; G. Toriello. **La batalla por Guatemala**. Moscú, 1956*; J. Díaz Rossotto. **Carácter de la revolución guatemalteca**. Moscú, 1962*; J. C. Mariátegui. **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**. Moscú, 1963*; R. Ruiz González. **Bolivia; Prometeo de los Andes**. Moscú, 1963*.

⁸⁶ **Mensajero de historia de la cultura universal**, 1960. No. 4, págs. 8-19 (**Problemas de historia**, 1961, No. 2. págs. 206-208; 1962, No. 3, págs. 186-187, No. 12 págs. 160-165)*.

⁸⁷ M. S. Alperóvich, B. T. Rudenko. I. M. Lavrov. **La revolución mexicana (cuatro estudios soviéticos)**, México, 1960.

⁸⁸ W. Z. Foster. "The Latin-America revolution of 1610-1826". (**Political affairs**, 1960, November).

⁸⁹ I. Lavretski. "Por qué escribí la biografía de Bolívar". (Revista de historia, No. 6, Caracas, febrero de 1961); M. S. Alperovich. "Hidalgo und der Volksaufstand in México" (**Lateinamerika zwischen Emanzipation und Imperialismus 1810-1860**. Berlín, 1961).

⁹⁰ M. Kossok. "Zum Stand der Sowjetischen Geschicht schreibung über Lateinamerika-2 (**Zeitschrift fur Geschichtswissenschaft**, 1959, Hf. 2).

⁹¹ W. Schiff. An East German concerning recent Soviet historical writings on Latin America ("The Hispanic American historical review", 1960, No. 1).

⁹² **Latin America in Soviet writings, 1945-1958: a bibliography**, Washington, 1959.

⁹³ J. G. Oswald. "Soviet news and notes" (**The Hispanic American historical review**, 1961, No.1).

⁹⁴ Para más detalles ver nuestra nota sobre el mismo en la revista **Problemas de historia**, 1962, No. 3, págs. 156-187*.

⁹⁵ J. A. Ortega y Medina. **Historiografía soviética iberoamericanista (1945-1960)**. México, 1961.

⁹⁶ No teniendo posibilidad en el marco del presente artículo de polemizar con Ortega y Medina sobre la esencia de sus observaciones críticas, nosotros debemos señalar que, aunque algunas de ellas son fundadas, la mayoría (de ellas,) y sobre todo aquellas que se refieren al método, merecen la más decidida objeción de nuestra parte. Se hace una crítica detallada de una serie de actitudes (desde nuestro punto de vista) de Ortega y Medina en la bien argumentada reseña de J. G. Mashbitz sobre su libro. Ver **Problemas de historia**, 1962, No. 12, pp. 160-165*.

⁹⁷ J. A. Ortega y Medina. op. cit. págs. 9-192.

⁹⁸ J. G. Oswald. **Historiografía soviética iberoamericanista, 1945-1960 (The Hispanic American historical review** 1963, No. 3, págs. 416-418)*; I. Iglesias. "Historiografía soviética iberoamericanista" (**Cuadernos**, No. 59, París, abril de 1962, págs. 89-91)*

⁹⁹ J. González. **Bolívar visto por el comunismo**. Bogotá, s.d,

¹⁰⁰ J. Burmand. "El asombroso método para leer la escritura Maya (**Revista de la Universidad de Yucatán**, Julio-Agosto de 1961, No. 16)*.

¹⁰¹ Ver "El Nacional", 23.x.1960.

¹⁰² J. G. Oswald. "La Revolución Mexicana en la historiografía soviética", (**Historia Mexicana**, vol. XII, No. 3, págs. 346-357)* Hay que señalar que el contenido del artículo de Oswald es mucho más amplio que su título ya que su autor se puso ante sí el objetivo no sólo de "examinar las interpretaciones que han sido hechas por los investigadores soviéticos sobre la Revolución Mexicana de 1910" sino también "valuar las tendencias generales de la historiografía soviética acerca de la América Latina".

La ideología del colonialismo¹

Por Nelson Werneck

El hombre está asistiendo, en los días en que vivimos, a un acelerado proceso de deterioro de las áreas coloniales, surgiendo para el mundo, desde la última guerra, nuevas naciones y, por consiguiente, una nueva composición de fuerzas en el campo internacional. Ese proceso, empero, es muy antiguo: tuvo inicio con la Revolución Industrial y transformó el escenario americano, haciendo surgir las naciones que constituyen nuestro Continente.

Cualquier estudioso sabe, por otra parte, que el proceso de deterioro de las áreas coloniales a que estamos asistiendo difiere, fundamentalmente, de aquél del cual resultó la actual composición de América. Hoy hay un contenido revolucionario inequívoco en los movimientos emancipadores. En la fase histórica en que el Brasil conquistó la independencia, no había, al menos necesariamente, tal contenido. Era posible alcanzar la autonomía manteniendo la estructura anterior de producción y moldeando las instituciones de acuerdo con aquella estructura. Es que el colonialismo encontraba en la independencia de determinadas áreas, que se constituían en países pero no en naciones en el riguroso sentido del término, una natural prolongación. Transformábase, apenas, de político, caracterizado por la subordinación a otra área, que era la metrópoli, en económico. Dejaba de existir la metrópoli en el significado tradicional, y dejaban la nación, o las naciones que pasaban a funcionar como metrópolis, de sujetarse a los gravámenes del dominio: las áreas, ahora configuradas como autónomas, tenían libertad formal en el campo administrativo, podían regir el territorio.

Por el estudio sucesivo de destacados escritores, verificase la presencia de esa ideología, cuyos mitos y preconceptos pretenden infundir la convicción, inclusive

revistiéndose de apariencias científicas, de que hay países naturalmente destinados a dirigir y países naturalmente destinados a subordinarse a los primeros. En forma esquemática, éstos configuran una estructura de producción industrial amplia, y aquéllos permanecen, y deben asimismo permanecer, como proveedores de materias primas o de productos alimenticios que los primeros, por condiciones ecológicas o económicas, no pueden producir o no están interesados en producir. De esa división natural —que corresponde a la división del trabajo en el campo, especializándose las zonas geográficas en la producción de determinados bienes de consumo— resulta el colonialismo. Del colonialismo, tal ideología.

La ideología del colonialismo comienza a aparecer cuando la expansión europea se define en los descubrimientos ultramarinos. Adquiere sus dimensiones más amplias, entretanto, cuando, con la Revolución Industrial, determinadas áreas del inundo, la americana principalmente, emancípanse de sus metrópolis antiguas, constituyéndose en nuevos países. Mantenido la estructura colonial de producción, tales países dejan de gravitar en torno de sus ex-metrópolis para gravitar en torno de otras, no tituladas así, que regulan su desenvolvimiento económico. A través de la ideología del colonialismo, las capas cultivadas de los pueblos oriundos de la fase colonial estricta —abonadas como están sus condiciones de clase — son ganadas para la aceptación de la subordinación económica, atribuyéndola a factores no materiales: superioridad de raza, superioridad de clima, superioridad de situación geográfica, que predestinan a las nuevas metrópolis. Es, en suma, una preparación al imperialismo, a cuya agonía estamos asistiendo, en esta fase de descomposición colonial, bajo nuevas condiciones.

La trasulturación, esto es, la imitación, la copia, la adopción servil de modelos extraños, en el campo político como en el campo artístico, deriva de todo eso: es la forma de penetración de la ideología del colonialismo. Los pueblos subordinados no la escogen por un acto de voluntad. Son naturalmente conducidos

a recibirla porque, al mismo tiempo que justifica la supremacía de las naciones colonizadoras, justifica, internamente, la supremacía de la clase o de las clases que se benefician de la subordinación, asociándose a las fuerzas económicas externas que la imponen. Un pueblo comienza a tener el derecho a repudiar la ideología del colonialismo cuando, a consecuencia de transformaciones estructurales en el campo de la producción interna, su sociedad no define como predominante, o absoluta en su dominio, a la clase interesada en la subordinación económica, cuando las fuerzas económicas internas pasan a exigir un lugar al sol, pasan a disputar una posición. La opción a la ideología del colonialismo sólo entonces es un acto de volición y cuando esto acontece, tal ideología entra en crisis y comienza a desmoronarse.

¹ (De la Introdução a la obra de Nelson Werneck Sodré: "A Ideologia do colonialismo. Seus reflexos no pensamento brasileiro". Rio de Janeiro, Estado de Guanabara, Ministerio da Educação e Cultura, 1961. Fragmentos traducidos por María Villar Buceta.)

LA CRÍTICA

La enajenación de la historia* Los marxistas*

Acaba de salir a la luz, en español, un libro de André Gorz, **Historia y enajenación**¹, en el que se pretende sentar las bases de una revisión de los fundamentos teóricos del marxismo. Nada más loable que la intención de enriquecer, desarrollar y ampliar el instrumento ideológico del movimiento más importante de nuestros días: la marcha de la clase obrera por conquistar la libertad.

Más no creemos que esa sea la intención del señor Gorz. Su libro es —según sus propias palabras— un producto de "la necesidad que he sentido de fundar el movimiento comunista... en algo más que sobre pretendidas necesidades históricas" (subrayado nuestro). André Gorz desenvaina la espada de su "necesidad sentida" contra la "necesidad histórica" y su primera estocada se metamorfosea en una renuncia desesperada: "que la historia vaya inexorablemente en cierto sentido, no basta para que yo quiera ir en ese sentido".

Así planteado el problema, vemos que Gorz ha digerido mal la concatenación dialéctica entre necesidad y libertad. La confusión entre estas dos categorías es una característica constante de su obra.

Al analizar la política del gobierno francés de Guy Mollet en Argelia y la política del CC del PCUS en Hungría se plantea la necesidad de adoptar una posición crítica, que se desdobra en crítica externa y crítica interna. La primera se dirige contra un Mollet, "lo denuncia y lo acusa"; la segunda se dirige "a los individuos de nuestro propio grupo", al socialismo.

Es imposible, según Gorz, aplicar la crítica interna a un Mollet o a un empresario capitalista, pues su acción es motivada por un proceso histórico necesario que no admite más crítica que la externa. La crítica externa se dirige contra la necesidad. Por

el contrario, la crítica interna se enfoca hacia la libertad, hacia el socialismo que debe ser, no un proceso, sino "una empresa concertada con el fin de someter al mundo a fines humanos".

Una vez más vemos al señor Gorz separando metafísicamente la libertad y la necesidad; ve al capitalismo como el imperio de la necesidad feroz y absoluta, al margen de la libertad; y observa al socialismo como el reino de la libertad pura, producto de una empresa concertada; el socialismo, para Gorz es un contrato social rusioniano proyectado hacia el futuro en el que los hombres firman —esta vez— su libertad. Gorz expresa la utopía libertaria de un pequeño burgués que al ver que los actos de un Partido Comunista de la Unión Soviética no emanan de una libertad ética, química y filosóficamente pura, deduce que "si el comunismo no es sino un proceso determinado, que arrastra a los dirigentes impidiéndoles su sentido, pierde en efecto su finalidad humana, no es mejor que el capitalismo, no hay una diferencia profunda entre el comité central del P.C.U.S. y el consejo de ministros molletistas". Gorz, teóricamente marxista, se nos revela en la práctica como antimarxista.

El error de Gorz consiste en no ver que la necesidad y la libertad son dos caras de la misma moneda; en el socialismo no se oponen; se funden. Gorz se plantea el problema de no querer ir en el sentido que ya la historia y en esto se revela su impotencia pequeñoburguesa para comprender y dirigir la historia. Su crítica está enajenada.

El hombre creador si quiere ir en el sentido de la historia; más aún, lucha por conquistar la libertad, lo cual es el verdadero sentido de la historia, y en este acto, en esta praxis revolucionaria, comprende la necesidad, la toma, y con ella forja su nueva libertad.

Más adelante, Gorz analiza esa gran tragedia del hombre que vive en un mundo capitalista; la división y el desdoblamiento de su conciencia como producto de una

sociedad que separa al creador de lo creado, al productor de lo producido, y en la que el objeto producido parece adquirir una realidad propia y autónoma.

Desde el punto de vista de su dicotomía metafísica libertad-necesidad, Gorz no es capaz de ver más que las formas que adopta la enajenación, pero no su esencia. Ante el planteamiento de Marx según el cual lo que son los individuos coincide con lo que producen y con el modo como producen, Gorz dice; "Pero si los individuos son lo que hacen y tal como se manifiestan, y coinciden con su producción ¿en qué sentido puede constituir ésta para ellos una enajenación?" Al responder a este interrogante se plantea que "hay que atenerse a las apariencias", alejándose así de un criterio objetivo. Y al continuar sus disquisiciones afirma que el producto aparece como "otra cosa", como "cosa de otros"; pero como resulta que los medios que tenemos a nuestra disposición para satisfacer las necesidades están "marcados por la actividad de los otros", el simple hecho de vivir es ya una enajenación.

De esto se deduce que las soluciones que elaboramos en el acto de vivir "están determinadas por el campo práctico y se nos manifiestan como necesidades que no podemos dejar de realizar... son negaciones generales de nuestra actividad singular". De nuevo vemos surgir a la necesidad, la vida, como categoría inherente al capitalismo y engendradora de la enajenación; "encontramos la enajenación —dice Gorz— como necesidad".

Gorz no se ha contentado con presentarnos una crítica enajenada, sino que ve la necesidad —en tanto que la separa de la libertad— como una causa de la enajenación o la enajenación en sí misma. No nos presenta la enajenación como un fenómeno histórico, ni ve sus causas en las contradicciones sociales.

Pero cuando Gorz aborda el problema del advenimiento del socialismo, se revela con claridad su posición antidialéctica y ahistórica. Elimina a priori la política y la estrategia de los movimientos proletarios contemporáneos pues "están sujetos al reino de la necesidad y a sus determinaciones enajenantes". El advenimiento del

socialismo no es un proceso fincado en la evolución general de la sociedad —según Gorz— sino una exigencia humana autónoma; separa la necesidad del surgimiento del socialismo de sus causas reales e históricas; separa al proletariado de la sociedad que lo ha engendrado y éste no podrá luchar por el socialismo en función de las contradicciones del capitalismo —pues no hay tales— sino en base a una "necesidad propia que tiene de libertad" que para Gorz no es más que una necesidad abstracta de libertad ética; dice Gorz; "el comunismo, para nosotros, no es, contrariamente a lo que Marx había previsto, una necesidad inscrita en los hechos".

El libro de Gorz es un claro ejemplo de un pensador inteligente que al hablar de la enajenación y la moral en la historia contribuye con ello a tratar de enajenar la ideología proletaria; viejo intento que adopta nuevas formas: el pensamiento burgués se infiltra en la ideología revolucionaria en un esfuerzo por arrebatarse a la clase obrera su instrumento ideológico.

La posición revisionista de Gorz es un síntoma de la decadencia y esterilidad de la ideología burguesa, que busca su salida tratando de enajenar la ideología de los hombres que han creado el mundo en que vivimos y que ahora reclaman y obtienen el producto de su trabajo secular. El libro de Gorz no es una crítica de la enajenación sino la enajenación de la enajenación expresada por un intelectual desesperado.

Con una sola frase Gorz se define así mismo: "Para nosotros, no hay otra esperanza posible, ni condición más desesperante que permanecer atrapados en nuestras enajenaciones presentes por miedo a que su superación engendre otras enajenaciones".

El drama de la enajenación, diría yo, devora a sus propios monstruos, no creados por la razón sino por el miedo.

*

El libro de W. Mills que comentamos² es más la obra de un antólogo que de un crítico profundo de "los marxismos". Casi las tres cuartas partes de libro están dedicadas a

transcribir textos marxistas, desde K. Marx y Engels hasta Jruschov y el "Che" Guevara. A pesar de haber algunas lagunas en la selección (por ejemplo, no aparece Lukács), ésta resulta sumamente útil para comprender el desarrollo sufrido por las ideas marxistas.

La antología que hace Mills de Marx nos presenta el conocido párrafo del Prólogo de la **Contribución a la crítica de la economía política**, en donde Marx hace una síntesis de su pensamiento; el **Manifiesto Comunista**, una cita de **El capital** y las **Tesis sobre Feuerbach**. De Engels nos cita párrafos de **Del socialismo utópico al socialismo científico**.

Después de esta compilación, W. Mills analiza y critica el caudal de ideas marxistas en cuatro capítulos; después hablaremos de esta parte.

A continuación dedica el capítulo VIII a los pensadores socialdemócratas; aparecen unos párrafos de **La revolución social** de Kautsky, una cita de Bernstein en favor del reformismo y la respuesta de Rosa Luxemburgo a las tesis de Bernstein.

El capítulo siguiente está dedicado a Lenin y a Trotsky; los textos de Lenin citados se refieren a la caracterización de la nueva etapa imperialista del capitalismo, a los problemas de la teoría del Estado, a la Revolución de Octubre y a la construcción del socialismo. Los textos escogidos de Trotsky giran en torno al problema de la Revolución permanente.

El capítulo X reseña únicamente a Stalin y el que le sigue alberga a sus críticos más importantes, que lo ven desde diferentes ángulos: Luxemburgo, Trotsky, Hilferding, Borkenau y Deutscher.

Tres representantes del movimiento comunista internacional hablan a través del XII capítulo: Jruschov, Togliatti y Mao Tse-tung. Los documentos escogidos son realmente importantes para comprender la teoría marxista contemporánea: el **Discurso ante el XX Congreso del PCUS**, las **Respuestas a nueve preguntas sobre el stalinismo** y **Que florezcan cien flores**. Este capítulo contiene además el

Llamamiento a todos los pueblos del mundo por los 81 partidos marxistas leninistas y extractos de la minutas del VIII Pleno del CC del Partido Obrero Unificado Polaco.

Al final, redondean la antología G.D.H. Cole, Kardelj y el "Che" Guevara, como representantes del "marxismo fuera del bloque".

Al margen de la selección de autores marxistas, Mills quiere hacer una sistematización de la teoría marxista en un "inventario de ideas" compuesto por 17 cláusulas. Lo primero que llama la atención es la falta de ligazón entre los diversos puntos: es simplemente una lista de las principales tesis del Marxismo sobre la evolución de la sociedad, la estructura capitalista y la revolución socialista. En segundo lugar llama la atención el hecho de que W. Mills excluye por completo los problemas de la filosofía materialista, método que sigue también en la selección de textos marxistas. W. Mills solamente ve los aspectos económicos, sociológicos y políticos del marxismo. La explotación de esto la encontramos más adelante, cuando Mills afirma que "Para nosotros, el 'método dialéctico' es un revoltijo de trivialidades, o una forma del lenguaje anfibológico, o un oscurantismo presuntuoso, o las tres cosas" (p. 115, cita 6). Según el autor la dialéctica en Marx no es más que una forma de lenguaje, "el vocabulario del hombre formado en Hegel". Podemos entender ahora la razón por la cual W. Mills solo ve una parte del marxismo y comprendemos por qué no fue capaz de expresar la ligazón interna de las diversas tesis que reseña.

W. Mills, en sus observaciones críticas, discrepa de la clasificación "fuerzas productivas" y "relaciones de producción", arguyendo la vaguedad de los conceptos; tampoco cree que los conceptos "base económica" y "superestructura" tengan validez científica: según él no se ha aclarado cómo la base determina la superestructura.

Asimismo, no cree que las luchas de clase sean la médula del desarrollo histórico; no está de acuerdo en que exista un proceso de polarización en la estructura de

clases; no cree que en todos los casos el Estado sea un instrumento coercitivo de las clases propietarias; en fin, sus críticas y discrepancias son innumerables.

No obstante, Mills se autodenomina marxista. Y su manera de ser marxista, con todo y que significa en muchos casos la renuncia a tesis fundamentales para comprender y transformar en forma creadora a la sociedad, juega un papel de gran importancia en la lucha ideológica contra las posiciones reaccionarias de muchos científicos sociales norteamericanos. W. Mills, a través de sus diversas obras, ha combatido la burocratización y la militarización de la ciencia social, ha descubierto el carácter anticientífico de los sociólogos que se revuelcan en un practicismo sin salida o en un abstraccionismo estéril. Wright Mills, que ha surgido de los medios científicos norteamericanos, se ha levantado contra ellos, descubriendo su carácter retrógrado y su papel en el desarrollo de la ciencia social moderna.

J. BARTRA

La Economía Política de Oskar Lange

Comentamos el primero de una obra de tres tomos³ cuyo propósito es abarcar el conjunto de los problemas esenciales de la economía política.

El tomo reseñado trata de los temas generales de la economía política, su relación con las demás ciencias y las principales corrientes que la caracterizan. El tomo segundo constituye una exposición más profunda de los problemas que estudia la economía: la teoría de la reproducción y la acumulación, la producción mercantil y la ley del valor y un análisis comparativo de las diferentes formaciones socioeconómicas. El último tomo estará consagrado "al análisis detallado del modo de funcionamiento y de la ley del movimiento de la formación capitalista así como de la formación socialista".

El libro de Lange, constituye una de las aportaciones más notables al pensamiento económico en los últimos años. Es tan rico en sugerencias y observaciones agudas, en formulaciones críticas novedosas sobre el pensamiento económico

contemporáneo, que difícilmente podría emitirse una opinión apreciativa general dentro de los límites de una reseña.

La Economía Política, no es sólo una exposición brillante y diáfana de los principales aspectos del pensamiento económico de los clásicos del marxismo. Es, sobre todo, una exposición del pensamiento marxista contemporáneo en función de la literatura científica y la experiencia histórica actuales. El autor no se limita como se hace en otras obras similares, a seguir en forma general el esquema del Capital. Adapta la exposición a la necesidad de incluir las aportaciones del pensamiento contemporáneo y de profundizar en aquellos problemas que ocupan la atención de los economistas en la actualidad.

Uno de los aspectos más interesantes, es la abundante referencia al pensamiento polaco marxista y avanzado, que proporciona al lector una introducción de sorprendente interés al pensamiento social en ese país.

No es siempre en la línea fundamental, del pensamiento en donde hay que buscar las aportaciones más interesantes y a veces más discutibles de Lange, sino en observaciones que parecen marginales o en los numerosos apéndices que acompañan al texto. Tal es por ejemplo, su teoría sobre las capas sociales, expresada en forma sucinta en menos una página. En ella, sostiene que el carácter conservador de las relaciones de producción no es defendido solamente por la clase cuyos privilegios sociales están ligados a las relaciones de propiedad de los medios de producción sino también por capas sociales cuya posición se deriva de la superestructura de la formación social existente, tales como los empleados y los sacerdotes. "Este fenómeno de la existencia de capas sociales conservadoras, — afirma Lange— cuya posición social se deriva de la forma existente de la superestructura, puede igualmente producirse en las formaciones sociales no antagónicas, por ejemplo en la formación socialista. Esto puede tener por resultado, cierto carácter "tumultoso" del desarrollo social, aún en formaciones... en las cuales

no hay lucha de clases. Sin embargo, los obstáculos resultantes son superados, no sin lucha es verdad, pero sin revolución social" (pp. 49-50).

Los primeros tres capítulos, incluyen un estudio del objeto de la ciencia económica, así como los elementos del materialismo histórico y el análisis de los conceptos de ley económica y ley de la economía política. El capítulo cuarto se refiere al "método de la economía política", con una referencia especial al papel de la abstracción y a los métodos de verificación estadística e histórica y la relación entre inducción y deducción en el análisis económico. Contiene también, referencias interesantes a los modelos teóricos de Marx y otros autores contemporáneos.

El capítulo V está dedicado al estudio del principio de la racionalidad económica y la praxeología y contiene un apéndice sobre "fundamentos matemáticos de la programación". Los materiales son de gran novedad y demuestran un profundo dominio de la teoría, y la práctica de la econometría y la programación, que hacen de ese capítulo uno de los más estimulantes de la obra.

Los capítulos VI y VII están dedicados a la crítica de las principales tendencias burguesas del pensamiento económico así como al estudio del problema de la determinación social de los conocimientos científicos en la economía política y su papel social.

La preparación teórica e histórica del autor le permite presentar esos problemas en una forma original y profunda a la vez. La economía clásica, la escuela histórica alemana y la corriente marginalista son sometidas a un análisis y a la confrontación con la economía marxista. La importancia del tema y la innegable competencia del autor, hacen esperar que en los siguientes tomos serán tratados con más profundidad y detalle.

Concluyendo, podemos decir que la línea seguida por Lange, señala un nuevo camino, más fecundo y prometedor para la economía marxista que, esperamos, será seguido por otros investigadores.

La Ciencia en la historia de México

Consideramos de utilidad publicar una breve nota sobre el libro de Eli de Gortari⁴ no obstante su considerable retraso. Tres razones pueden explicarla: la seriedad y solidez de la obra, la escasez de publicaciones contemporáneas sobre este tema y por supuesto, la novedad de esta revista.

El libro de Eli de Gortari es la culminación de un intenso trabajo de investigación y docencia del autor que abarca quince años y ha sido parcialmente divulgado a través de decenas de artículos, conferencias y del libro *La ciencia en la Reforma*.

A lo largo de 461 páginas de amplio formato y tipo pequeño, el autor da a conocer en forma extensa, sistemática y precisa el grado de desarrollo de la ciencia en México así como sus vinculaciones y aportaciones al conocimiento científico universal. Apoyada en consultas de más de 350 libros y publicaciones y presentando un serio análisis de las principales etapas de la historia de México, esta obra ocupa un sitio especial no sólo entre aquellas referentes a la ciencia en nuestro país sino también entre las de historia de México.

De la herencia de los antiguos mexicanos, E. de G. hace resaltar "las hazañas científicas más conspicuas" como el sistema de cálculo vigesimal, el uso del cero, el calendario tan preciso como el gregoriano, los avances astronómicos, el trabajo de los metales, las construcciones y obras hidráulicas y algunos procedimientos químicos; "la farmacopea — afirma el autor — nunca había recibido ni recibió tampoco después una aportación cuya magnitud, riqueza y significación fuesen comparables a las que adquirió con los conocimientos de los antiguos mexicanos la medicina del siglo XVI ". Esta misma ciencia, en sus otras ramas, alcanzó en nuestro

país un grado de desarrollo comparable al de la medicina europea y asiática de entonces.

Después de la época prehispánica, tres son las etapas en que la ciencia en México despliega avances notorios. La primera se produce entre los años de 1770 y 1810 y coincide con el arribo al poder de la burguesía en Francia y el comienzo de la revolución industrial en Inglaterra y Holanda, fenómenos ambos que propician las reformas liberales en España y sus colonias. La segunda se da en el último tercio del siglo XIX y los primeros años del XX y está condicionada por la Reforma de 1857 que al quebrantar el poder económico de la iglesia y romper los moldes teocráticos en la enseñanza y en la investigación, abrió un cauce para el libre flujo de las ideas renovadoras en la ciencia. Finalmente, "La época actual de florecimiento de la investigación científica se ha producido como resultado de la Revolución Mexicana y de la situación que prevalece en el mundo".

En los inicios del régimen colonial —dice E. de G.— como resultado del efímero liberalismo imperante en España, se seculariza la enseñanza y se abren paso la ciencia y la filosofía modernas; en cambio, en las postrimerías de esta época, los frutos del conocimiento humano se dan clandestinamente, no pocas veces recubiertos de tradicionalismos y profesiones de fe que les resguarden de las represiones inquisitoriales. El anatema que en Europa feudal cae contra Galileo y Bruno, en México lo sufre el físico Ignacio Bernal, quien por renegar de las estrecheces tomistas es destituido de su cátedra en el Seminario Palafoxiano de Puebla el mismo día en que expresa su heterodoxia.

Sin embargo en México la ciencia también se separa de la teología y en el siglo XVII los científicos de nuestro país integran los elementos culturales de los colonizadores con los autóctonos y hacen el primer intento por formular el inventario de las riquezas nacionales. José Antonio Alzate y Bartolache preside esa magna obra.

La ciencia en el México independiente se desarrolló bajo la necesidad de la incipiente burguesía de librar las vallas feudales que el clero impuso a la economía y estuvo estrechamente influida por la evolución del capitalismo en escala mundial. Es la época —recuerda Eli de Gortari— en que "la historia se convirtió en universal" y "con la técnica y para la técnica, se desarrolló intensamente la investigación científica". Bajo el lema del liberalismo económico se produce el gran movimiento de la Reforma que tras lanzar al libre cambio los bienes del clero, liberaliza la enseñanza y la investigación científica. Entra en esa época a nuestro país el positivismo Comtiano, fecundando nuestra ciencia con su visión racional y materialista del universo pero legándonos también su ángulo metafísico, negativo, que el porfirismo recogería en el lema "orden y progreso".

En la actualidad como consecuencia de la revolución mexicana se ha extendido la educación elemental, se ha intensificado la educación superior y se han creado muchos centros de investigación científica, "los trabajos de investigación que se realizan en México tienen la seriedad y el rigor requeridos" pero hace falta seguir creando esas condiciones ya que de lo contrario, como sucedió a fines de la colonia y durante el porfiriato, "se volverían a frustrar las inmensas posibilidades que ahora existen para el desenvolvimiento y la transformación de México".

Muchas con las conclusiones y reflexiones que suscita este libro. Enumeramos las que nos parecen sobresalientes:

La ciencia, como toda otra superestructura de la sociedad, sólo puede ser estudiada basándonos en el nivel que las fuerzas productivas han alcanzado en esa época y el grado de desarrollo de las necesarias relaciones que los hombres contraen en el proceso de la producción económica. En períodos de crecimiento económico la ciencia progresa y, de manera inversa, el estancamiento económico y el clima oscurantista que produce, agostan los veneros de la creación científica, encadenan a Prometeo.

La ciencia en México tiene un sólido asiento: de las más profundas raíces de nuestra nacionalidad —la vida y la obra de los antiguos mexicanos— ascienden las aportaciones mexicanas a la ciencia y aunque a veces es negada su paternidad se enlazan y se entreveran con el conocimiento universal.

Habiendo generado nuestro pueblo obras científicas de valor y originalidad irrecusables, no es tampoco nuestro país una isla de creación. Por el contrario, nuestro acervo recibe el pólen de otras culturas diseminado por un constante viento, a veces doloroso y a veces fraterno, de interrelaciones materiales e intelectuales.

Por último, debe hacerse resaltar la prevención que hace el autor de la obra comentada sobre los peligros de estancamiento de nuestro desarrollo científico, que si bien registra avances de una gran importancia, acusa también las limitaciones que le impone una clase social universalmente caduca y nacionalmente vacilante y temerosa.

I. GARCIA

Pedagogía y Marxismo

Alcira Legaspi⁵ expone la teoría marxista clásica de la educación y de la pedagogía demostrando que, en la sociedad de clases antagónicas "la educación es, por un lado, un vehículo de la continuidad histórica del conocimiento humano, una forma de transmisión de la experiencia universal de la sociedad humana..., pero es también, por otro lado, el instrumento gracias al cual una clase social o un elemento de esta clase... se encarga de modelar un tipo de hombre determinado, según intereses bien definidos y condicionados, en última instancia, por las relaciones de producción." Con justeza la autora nos previene contra la interpretación vulgar del marxismo que subraya exclusivamente el carácter clasista de la educación, la falsa neutralidad de la pedagogía, descuidando el otro elemento.

Para Alcira Legaspi la "experiencia" es, naturalmente, la actividad concebida en el sentido marxista, rechazando el sentido pragmático o vitalista del término. La

autora, a lo largo del libro, combate con energía a los pedagogos que prosperan esencialmente en los Estados Unidos. Estos pedagogos, pretextando otorgar a la personalidad del niño una función predominante en la escuela, escamotean el papel del maestro y crean una oposición ilusoria entre enseñar y aprender: reducen el concepto de actividad a una simple concepción naturalista y no social de la formación del hombre. Se revela el fondo irracional del pragmatismo, esa "humillación de la teoría" y del vitalismo.

"La teoría pragmática de la educación es el resultado natural de la sociedad norteamericana, arquetipo del capitalismo monopolista. Esta pedagogía, en apariencia siempre atenta al desarrollo de las cualidades innatas de cada individualidad infantil, a la revelación de las más ricas cualidades de su ser interior, refleja de hecho un contenido social diametralmente opuesto. Si la despojamos del vocabulario confuso y a veces sugestivo empleado, encontramos (a través de la exaltación aparente de la espontaneidad del desarrollo del niño y por consiguiente de la pretendida no injerencia en el despliegue de su verdadera personalidad) una fórmula pedagógica que mutila atrocemente la personalidad del niño y que condena de una manera fría y calculada a millones de niños de hogares obreros a una enseñanza y a una educación de segunda categoría, apenas orientadas a la adaptación a su papel social de productores..."

Aplicando estas reflexiones al caso de Francia el lector puede observar como la pedagogía gaulista americanizada emplea, teóricamente, los "métodos activos" y el "florecimiento" del niño; pero en la práctica elabora un sistema escolar ferozmente adaptado a las necesidades de todo género del capitalismo, que aparta a los hijos de los obreros y de los campesinos del ciclo de observación, empujándolos hacia las clases terminales o sea a las profesionales manuales. También excluye a la mayoría de los niños pertenecientes a las clases medias y a las capas superiores de la clase trabajadora del liceo y del bachillerato destinándolos al "segundo ciclo corto" y al

diploma de estudios. Sin ser muy perspicaces reconocemos en este sistema la ley del "triunfo del más apto" defendida por los positivistas, quienes aplican las leyes biológicas a la sociedad humana, y por los pragmáticos para quienes el éxito es el criterio de lo verdadero.

El pragmático se niega a buscar en la sociedad humana las causas principales de las deficiencias del alumno y prefiere tomar en cuenta las "cualidades innatas", siendo el objeto de la educación la libre manifestación de éstas. Alcira Legaspi emplea contra Dewey los análisis hechos por Georges Snyders ("La Pensée, revüe du rationalisme moderna, Nos. 47, 48, 49.). La autora cita textos sumamente reveladores del filósofo yanqui, como por ejemplo el que sigue extraído de "La escuela y la sociedad":

"El mundo en el cual vivimos es un mundo donde cada quien tiene una función y una ocupación, algo que hacer; unos son dirigentes y otros subordinados. Pero lo importante tanto para los unos como para los otros es que cada quien recibe la educación que le permita ver el significado grande y humano que su trabajo cotidiano implica".

La pedagogía gaulista llama "adaptabilidad" a esta educación que prepara a la resignación.

El profesor progresista de Nueva York, Harry Wells, nota: "Para permitir el máximo desarrollo posible del impulso encaminado a producir beneficios a los patrones, la escuela debe centrarse en las ocupaciones que la clase capitalista necesita. En resumen, la escuela pública debe ser esencialmente una escuela profesional que enseñe cómo se realizan los trabajos sin enseñar la teoría del por qué. Saber cómo sin saber por qué debe ser la meta de la enseñanza. Bajo esta forma, los "impulsos" de la clase trabajadora tendrán la oportunidad de desarrollarse. Dewey establece que en la nueva educación, "las ocupaciones se convierten en los centros que articulan la vida escolar".

También en Francia se quiere transformar la escuela de los pobres, —las clases terminales— en una enseñanza "práctica" y "pre-profesional", sin ningún contenido cultural.

La verdadera tarea crítica del pedagogo marxista debe consistir en desembarazar a la experiencia pedagógica i n novadora y a las valiosas investigaciones psicológicas, biológicas y fisiológicas, de la contaminación del irracionalismo, del pragmatismo y de las diversas corrientes positivistas. Los métodos pasivos, escolásticos y pseudo-intelectuales deben ser desechados de la enseñanza; el niño debe jugar en la escuela, descubrir y experimentar; al mismo tiempo, su individualidad y su desarrollo psíquico requieren una atención cuidadosa. La pedagogía marxista se apropia de todas aquellas orientaciones que conducen hacia la formación de un pensamiento independiente, productivo y creador, o sea hacia un pensamiento infantil auténtico, rechazando las concepciones que llevan a pensar que la experiencia individual del niño puede, por si sola, reproducir la experiencia universal del género humano.

Pero, una vez asentado esto, es imposible ignorar el planteamiento del problema de las metas de la educación. Desde este punto de vista, expresiones tales como "la escuela de la vida", "preparar al niño para la vida", "desarrollar la personalidad del niño", para Decroly y Piaget adquieren un significado muy diferente del que expresa la pluma de Dewey. Nos encontramos ante la relación "entre el democratismo utópico, protestante pero elegíaco, del pequeño burgués y el espíritu reaccionario de los portavoces de los monopolios...".

Es éste un texto de Wallon, extraído del órgano de la Federación Internacional de los sindicatos de maestros (agosto, 1956), que le sirve a la autora para precisar su pensamiento. Wallon dice que hay una pedagogía utópica del mismo modo que hubo un socialismo utópico; esta pedagogía denuncia con razón las tendencias formalistas del viejo sistema de enseñanza. Juzga que la enseñanza es demasiado intelectual y le otorga una importancia casi exclusiva a las operaciones manuales y

sensoriales. Pero la conclusión consiste en reducir la función del maestro al infantilismo y a concebir a la escuela como un microsмос, tan independiente como sea posible de la sociedad real; es decir, separar la escuela de la vida pretextando introducir en ella más vida.

La verdadera forma de introducir la vida y la actividad en la escuela se realiza mediante la enseñanza politécnica del socialismo: nada más opuesto al contenido y a los métodos de la escuela tradicional. La escuela soviética, por ejemplo, rechaza el formulismo; de la antigua enseñanza y los métodos superficiales, los cuales rebajan las metas de la escuela a un pragmatismo estrecho e impiden la formación de un conocimiento serio y profundo, o sea el pleno desarrollo de la persona. La escuela socialista vigila la aplicación de los conocimientos de los alumnos en la práctica y la realización de una obra socialmente útil de carácter creador. Esta escuela representa un fenómeno pedagógico nuevo, tanto cualitativa como cuantitativamente.

La autora opone al obscurantismo del mundo capitalista el vasto desarrollo de la enseñanza y de la cultura en los países socialistas. Observa que de los 500 millones de niños que viven en la superficie del globo, 200 millones carecen de escuela. En América Latina, en la India, en el Medio y Extremo Oriente (salvo en Estados socialistas), el porcentaje de analfabetos va de un 50 a un 80%; en África de un 80 a un 85% en Arabia Saudita, en Yemen, el Nepal y en Etiopia, del 95 al 99%. Existen muchos analfabetos aún en los Estados Unidos. En América Latina sólo del 15 al 25% de los alumnos terminan el ciclo normal de estudios primarios.

En el régimen socialista, la naturaleza misma de la sociedad asegura el desarrollo de cada uno de los individuos y de su personalidad. Los últimos capítulos de esta obra seria y apasionante están consagrados al estudio del sistema de enseñanza soviético. Este estudio está basado en una investigación personal y directa.

G. COGNIOT

-
- ¹ André Gorz. **Historia y enajenación**. 350 pp. No. 57 de la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica. México, 1964. Título del original francés: La morale de l'histoire.
- ² C. Wright Mills. **Los marxistas**. 430 pp. traducción de José Luis González. Ediciones Era, S. A. México, 1964.
- ³ Oskar Lange **Economie Politique, Tome I, Problemas generales**. París 1962, Presses Universitaires de France.
- ⁴ Eli de Gortari: **La Ciencia en la historia de México**. México, 1963. F.C.E.
- ⁵ Alcira Legaspi de Arismendi; **Pedagogía y Marxismo**. Ediciones Pueblos Unidos. Montevideo, 1963.